

Robert M. Sonntag

# EL GREMIO SECRETO DE LOS LIBROS



Lectulandia

En 2035 ya no hay libros impresos, tampoco periódicos, ni revistas. Para Rob no es un gran problema, nunca ha conocido otra cosa. Ha crecido en un mundo interconectado y trabaja para una megacorporación que digitaliza cualquier documento impreso que llegue a sus manos, para que así el conocimiento sea accesible a todos, ¡en cualquier momento! ¡Además gratis! Genial, ¿no?

Todo cambia cuando Rob descubre la existencia del Gremio Secreto de los Libros, una organización prohibida cuyos miembros son libreros que han tenido que cerrar sus librerías, escritores, traductores, periodistas y editores sin editorial. Entonces, su foto aparece en todos los canales de televisión, convertido en un peligroso terrorista. En la batalla por el conocimiento, el monopolio y el poder él, es el enemigo público número 1.

**Lectulandia**

Robert M. Sonntag

# **El gremio secreto de los libros**

ePub r1.0  
Titivillus 12.10.15

Título original: *Die Scanner*  
Robert M. Sonntag, 2013  
Traducción: Alfonso Castelló  
Retoque de cubierta: Harishka

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Fanni-2-Fanni*

Clic. ¡Olvida el ruido! En 2035 ya no se oye ningún clic. Zzzp. Así suena el futuro. Así suena todo. Absolutamente todo. Es lo que se oye en julio de 2035.

Así era también con vosotros. Y con el viejo. Y con Ultramet. Y con el gran estallido. Y con todo. Pero vamos por partes.

## El viejo

*Zzzp*. La puerta de nuestro compartimento del metrodeslizador se abrió.

—Buenos días, y perdonen la interrupción. Me llamo Lukas y hace cinco meses que vivo en la Zona C, y por desgracia dependo de su ayuda. Si tuvieran algo de dinero para mí... —dijo señalando el receptor móvil que colgaba de su cinturón—. O si no un par de pastillas de aroma, o un par de horas para mi cuenta de móbril... —Se tocó el soporte del móbril de la cabeza, que reaccionó con un *zzzp*. Solo tenía cristal en un lado, el otro ojo nos miraba directamente—. Me viene bien cualquier cosa. Y perdonen la interrupción.

Odiaba a los de la Zona C. Me recordaban la amenaza constante que suponía descender de la Zona A a la Zona Caos, como llamábamos los de la Zona A a la Zona C. También me recordaba a mi jefe, Nomos. «¡O cumplís la cuota o a la Zona C!», solía decir. Odiaba a Nomos tanto como a los de la Zona C. Y odiaba el metrodeslizador.

El metrodeslizador atravesaba la ciudad a toda velocidad por el raíl magnético. Aceleraba y frenaba en cuestión de minutos, de estación a estación, y yo no podía soportar tantas curvas.

Íbamos tres en el compartimento veinte. Yo iba agarrado a los reposabrazos; enfrente de mí se sentaba Jojo, mi mejor amigo, y a mi lado había un viejo, con el que empezó todo.

Era uno de mis últimos viajes en metrodeslizador. No me refiero de esa semana o ese día, sino de toda mi vida. En poco tiempo todo aquello iba a convertirse en saber antiguo para mí, pero en aquel momento, en el compartimento con Jojo y el viejo, no tenía ni idea.

El viejo a mi lado hizo un gesto con la cabeza al de la Zona C, que sonrió y desconectó su receptor móvil de pagos. *Zzzp*. Volvimos a quedarnos solos en el compartimento cuando se fue el de la Zona C. El viejo tenía el pelo largo y gris. De su sudadera negra con capucha asomaba el cuello de una camisa amarilla.

Yo estaba perplejo; nunca había visto a una persona con tanto pelo. Yo era calvo, Jojo también, y seguro que los demás pasajeros del deslizador, sin importar la edad o si eran hombres o mujeres. Era un mundo limpio y rasurado. Calvo. Calvo y bueno.

Me quedé mirando al hombre. Él me echó un vistazo y sonrió. Apurado, desvié la mirada hacia la ventana, hacia las franjas de cemento que iban pasando. Cada franja era un bloque de viviendas; en cada bloque vivían doscientas familias; cada familia tenía un hijo, siempre que el gobierno zonal aprobara la solicitud de los padres. Y no todos podían tener hijos; como mis vecinos, por ejemplo. Habían superado el examen financiero (los dos A+), pero habían suspendido la prueba de aptitud genética (¡con una desviación de más del 1,3 por ciento sobre el valor normal!).

Las gotas de lluvia golpeaban la ventana de nuestro compartimento y dejaban finas trazas.

—Mañana tenemos que buscar en el parque.

—Eso va a ser eterno. ¿Cuál es nuestra cuota? —pregunté.

—Vamos mal. Solo dos a la semana.

Fruncí los labios y negué lentamente con la cabeza. Dos era realmente malo, no llegaba para pagar las facturas. Jojo y yo encontrábamos cada vez menos.

—¿Te acuerdas de cuando empezamos? —le dije.

—Apenas teníamos tiempo para respirar con tanto escaneo —respondió.

Jojo y yo trabajábamos para Scan, S. A., una filial del grupo Ultramet. Nuestros jefes querían erradicar de este mundo calvo el papel. «¡Todo el conocimiento para todos! ¡En cualquier momento! ¡Gratis!», ese era su lema. Nosotros ayudábamos a Scan, S. A. a hacer realidad ese sueño. Jojo me había metido en esto, y yo formaba parte del sueño.

—El tiempo de los agentes de libros ha pasado —dijo Jojo.

Yo había dejado de contar los bloques de casas al llegar a ciento treinta y dos.

—¿Y si estamos haciendo algo mal?

—Hemos encontrado a todos los lectores, simplemente eso es —dijo Jojo—. Hemos comprado todos los libros, hemos escaneado toda la palabrería.

Jojo era un pesimista.

—¿Y si nos cambiamos de sección? —propuse.

—No quiero buscar mapas polvorientos.

—¿Cuadernos de notas?

—¡No!

—¿Cartas?

—Olvídalo, anda. Y antes de que preguntes, tampoco carpetas mohosas llenas de papeles.

—A lo mejor los otros jefes de equipo son...

—¿Más simpáticos que Nomos? ¡Ya te gustaría!

Nomos nos perseguía en la oficina de seminario en seminario, de reunión en reunión. Él era quien nos entregaba el efectivo con el que convencíamos a los lectores y quien nos daba nuestra parte. El beneficio no era mucho, pero mejor eso que nada.

Antes de empezar en Scan, S. A. estaba desesperado por encontrar un trabajo. Tuve que dejar los estudios de Saber Antiguo después de un par de meses; la matrícula era muy cara y no podía pagarme las lecciones de móvil, por no hablar de las clases reales en la universidad: los precios estaban por las nubes incluso para la última fila.

Al principio no quería admitirlo. Buscaba otros trabajos, y la vieja maestra, mi profesora favorita, aunque tampoco podía llamarme, me enviaba todos los días anuncios a través del móvil: «Curso rápido: Conviértase en profesor de Todo en cuatro semanas (licencia Zona B)»..., «Residencia de mayores en Zona C busca



cuidadores comprometidos. No es necesaria experiencia previa»...

Después de dejar los estudios encontré este trabajo de agente de libros y, aun después de llevar tiempo trabajando para Ultranet, seguía recibiendo sus anuncios. Un día la administración zonal eliminó mi carrera: una agencia privada (Master & Partner) le había dado una mala calificación. «Este paso es necesario debido a la escasez de patrocinios», decía el anuncio de la administración zonal. Y «¡Es un paso hacia el futuro!». Hasta yo lo entendí enseguida. Todo el saber antiguo se había digitalizado hacía tiempo, cualquiera podía consultarlo en la Ultrapedia. ¡En cualquier momento! ¡Gratis!

Mi jefe se había burlado de mí en la entrevista cuando repasó los estudios de mi época universitaria.

—¿Saber Antiguo? ¿Qué quieres hacer con eso?

—Me interesa la política. Además, soy curioso, y pensé que quizá...

—¡Estudia el futuro! —me interrumpió Nomos a voz en grito—. Interésate por lo nuevo, no por lo viejo. ¿Entendido?

Lo entendí y conseguí el trabajo.

La administración zonal anunció el fin de Saber Antiguo en la universidad, y mi vieja maestra desapareció sin dejar rastro. Sin un mensaje de móvil. No volví a recibir sus anuncios, ni un aviso, ni nada de nada. Y me preocupé. Estuve un rato buscando familiares suyos en su perfil de Ultranet. Solo tenía 500 amigos registrados (yo tenía 8500) y ningún mejor amigo *premium* (yo 650).

Les mandé un mensaje a todos sus amigos y solo me contestó un tal Joni-Zona-B: «Después del acto de despedida en la universidad no volvió a aparecer por casa». No tengo ni idea de cómo lo sabía Joni-Zona-B, estaba seguro de que ella no vivía en la Zona B.

El trabajo en Ultranet con Jojo me distraía. Lo conocía desde el colegio, y en las pruebas finales habíamos formado un buen equipo: yo hice su examen de saber antiguo (el tema principal fue «2015: Del colapso financiero a la guerra») y él hizo mi examen de matemáticas (ni idea del tema). Simplemente nos cambiamos los móviles; de todos modos a nadie le interesaba si hacíamos trampas. Había cuatrocientos alumnos pegados unos a otros en aquel salón, a los profesores solo los había visto por móvil en los últimos cursos, y a algunos ni eso. Al acabar el colegio, Jojo estudió en una universidad privada de Ultranet, pero debió de dar bastantes tumbos y al final acabó con los agentes de libros.

Jojo y yo llevábamos un rato callados en el metrodeslizador. Yo volví a contar bloques de pisos, luego le diría a Jojo que calculara cuánta gente vivía en ese barrio. Pero no hubo tiempo: el viejo a mi lado sacó un libro. Sin duda nos había oído y quería dinero.

—¿Cuánto quiere por ese fardo de papeles? —preguntó Jojo ni dos segundos

después.

Nosotros nunca decíamos «libro», hablábamos de libracos, legajos, mamotretos o tochos. Eso es lo que habíamos aprendido con Nomos en la central; en cada seminario nos repetía lo mismo: «¡Pensad en nuestro sueño! ¡Todo el conocimiento para todos! ¡En cualquier momento! ¡Gratis!».

El viejo no respondió a Jojo, sino que abrió el libro, se recostó y empezó a leer. Pero Jojo no se rendía tan fácilmente:

—Supongamos que le doy uno de diez.

Era una cantidad ridícula, pero así era como solíamos tener más éxito: primero ofrecíamos una nimiedad y los lectores defendían sus papelotes: «El libro no está en venta», «La palabra impresa es impagable», «Esta obra nunca cambiará de dueño». Entonces tocaba la segunda fase, que consistía en que Jojo sacaba un fajo de billetes de cien. Veinte billetes. Eso desarmaba a cualquiera.

Ya nunca se veía tanto efectivo junto porque se utilizaban los receptores móviles de pagos y las huellas digitales. Solo nosotros llevábamos dos mil en efectivo. Y siempre ofrecíamos más: «Esto es por esos papeles. Por cada fajo de papeles impresos que tenga, le daremos dos mil quinientos. Por cada lector que conozca y cuyo nombre nos proporcione, otros mil». Y, por si eso no era suficiente, añadíamos en tono dramático: «Esta es nuestra última oferta, y es válida únicamente durante los próximos dos minutos», y sacábamos del bolsillo un cronómetro, un cronómetro con una tira de plástico, que proyectaba números rojos en la habitación. *Zzzp*, y el tiempo empezaba a correr: dos minutos, un minuto cincuenta y nueve segundos, un minuto cincuenta y ocho, un minuto...

Casi todos los lectores estaban dispuestos a vender en los primeros quince segundos. Los testarudos tardaban más de un minuto. Más o menos medio año antes, uno rompió a llorar delante de nosotros: la oferta lo sobrepasaba. Algunos lectores se negaban a vender su libro, hasta que nosotros borrábamos todos sus principios con nuestros veinte billetes. Conseguíamos todos. Casi todos. A uno de cada diez no podíamos comprarlo con dinero, bien porque ya tenía suficiente o porque era un fanático. Un loco de los libros, en el peor de los casos incluso un bibliófilo. Ese era el objetivo favorito de Scan, S. A. En los seminarios de Ultramet nos lo enseñaban de manera sencilla: lector empedernido igual a fanático, fanático igual a coleccionista, coleccionista igual a muchos libros, muchos libros igual a mucho dinero para los agentes. Y a los agentes como nosotros nos gustaba oír cosas así.

Por mucha motivación que tuviéramos, al final una de cada diez veces no lo conseguíamos. Para esos casos de lectores obstinados, Ultramet tenía otro procedimiento: conseguir el máximo de información personal posible; de dónde venían, adónde iban. Por supuesto, lo mejor era averiguar su nombre y su dirección. Todos esos datos se los pasábamos a Nomos, que nos respondía llamándonos «inútiles RUCAHU (ruinas de capital humano)», por haber sido incapaces de convencer al lector para que vendiera. Después de calmarse, solía darnos una

pequeña recompensa, siempre que los datos fueran útiles. Así era siempre para nosotros, los RUCAHU.

Ni idea de qué hacían con los datos de los lectores, no nos interesaba. No teníamos mucho ánimo, sobre todo en los últimos meses. Simplemente no encontrábamos más lectores. Nos pateábamos la ciudad de una punta a otra con el deslizador, horas y horas; la mitad del tiempo yo estaba en el aseo. Caminábamos por los garajes de la Zona A, husmeábamos por los bares de aroma, llamábamos a las puertas de las casas, inspeccionábamos las salas de espera de médicos y oficinas públicas, íbamos a todas las direcciones que nos habían dado otros lectores. Pero nada. Los días pasaban sin que encontráramos un solo lector.

Por eso, el viejo del metrodeslizador era importantísimo para nosotros; y para nuestra cuota. Yo no abrí la boca; había algo diferente en este lector, y no me refiero a su aspecto peludo. No había reaccionado a la ridícula oferta de Jojo, ni siquiera un gesto. Había seguido leyendo sin prestarnos atención. Así que Jojo continuó con su estrategia: desplegó los billetes sobre la mesa entre él y el viejo, pero este no movió un músculo. Eso sí que me sorprendió; todos los lectores se quedaban boquiabiertos al ver tanto dinero, daba igual lo cabezotas que fueran. El plan original de Jojo era repetir las frases que habíamos aprendido, pero tuvo que improvisar porque el viejo ni siquiera miró la mesa.

—ENTRE NOSOTROS hay dos mil en efectivo. —Luego la charla estándar—. Esto es por esos papeles. Por cada fajo de papeles impresos que tenga...

—Me dais otros dos mil quinientos. Por cada lector que conozca y cuyo nombre os proporcione, otros mil —completó el viejo en tono aburrido.

Jojo me miró; yo me encogí de hombros. El viejo canoso cerró el libro, lo puso sobre los billetes y me miró directamente, como si Jojo no estuviera allí.

—Te lo regalo. Pero antes de que lo escanees y lo destruyas para siempre, tienes que leerlo. ¿Me lo prometes?

Me quedé helado. Ningún lector nos había entregado su libro así sin más, y desde luego ninguno me había pedido que lo leyera. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué quería que lo leyera precisamente yo? Lo único que tenía claro es que con aquel tipo no íbamos a ganar nada de nada.

Jojo se inclinó hacia mí y me susurró por encima de la mesa, tapándose la boca con la mano:

—Este está loco. Vamos a otro compartimento. Daremos parte de esto, pero antes necesitamos un par de datos.

Yo no dije nada, no podía ni asentir ni negar con la cabeza. La situación estaba totalmente patas arriba.

Jojo se mantuvo sereno. Volvió a ponerse recto, apartó el libro a un lado, recogió el dinero y siguió con su trabajo:

—Para algunos un mamotreto así tiene mucho valor. Por supuesto, respetamos su deseo. Por cierto, me llamo Alex. Este es Paul —dijo, señalándome—. Trabajamos

para Scan, S. A. Como seguramente sabrá, queremos que el conocimiento sea accesible en cualquier momento y de forma gratuita. ¿Podríamos volver a hablar con usted en otro momento, señor...?

Era vergonzoso el triste intento de Jojo de conseguir el nombre del lector.

—Bergmann, Arne Bergmann —respondió el viejo para mi sorpresa; y, antes de que Jojo pudiera continuar, añadió—: A Nomos le bastará con eso, Jojo. Estoy seguro. ¿Qué opina su colega Rob?

Jojo trabajaba como un móbril. Almacenaba en su cabeza cuanto aprendíamos en los seminarios de Ultramet y echaba mano de todo aquello cuando lo necesitaba. Para cada comentario, nos aprendíamos de memoria la respuesta correspondiente. Una vez, un lector quiso discutir con nosotros: «¡No entiendo para qué necesita Ultramet todos y cada uno de los libros! Seguro que habéis comprado y escaneado este título mil veces». Nuestra respuesta no tardó ni un segundo: «Quizá no tenemos esta edición exacta. A lo mejor usted, como lector, ha escrito valiosas notas al margen, ha subrayado pasajes, y todo eso puede ser muy útil para otras personas. Sus anotaciones pasarán a formar parte de la posteridad. Cada artefacto impreso tiene su propio carácter». Eso tocaba al lector en su vanidad.

Nadie podía sorprendernos, estábamos preparados para todo y para todos, menos para este Arne Bergmann, que conocía el nombre de Nomos y ¡nuestros nombres verdaderos!

Jojo estaba buscando la reacción adecuada. Permanecimos callados. Tardó más de lo normal, pero su cerebro no paraba de trabajar. Entonces recordó el último de los diez puntos del argumentario para agentes de libros: «En caso de comportamientos inusuales, ¡contacte de inmediato con el jefe de equipo! ¡Comunique íntegramente los datos conseguidos!». Se levantó con demasiada brusquedad, según me pareció.

—Señor Bergmann, gracias por esta charla.

Me tiró de la manga de la chaqueta para que fuera con él, pero yo me quedé como pegado al asiento, preguntándome aún por qué el viejo se había dirigido a mí y por qué seguía mirándome. Jojo desapareció en el compartimento contiguo.

—Lo siento, tenemos que continuar la conversación en otra parte; ahora tengo que irme —me confesó Bergmann.

—La siguiente estación está en la Zona C. Yo en su lugar no me bajaría ahí —acerté a decir, a pesar de que tenía mil preguntas rondándome la cabeza.

El viejo sonrió y se guardó el libro bajo la sudadera.

Ya frente a la puerta, se giró hacia mí.

—¡Hasta pronto! —se despidió, como si fuera un acertijo. Y antes de que pudiera preguntarle nada, continuó—: Estás pálido, no te sienta bien esto del metrodeslizador.

Me pasó la mano por la calva, se puso la capucha y desapareció por el estrecho pasillo.

«Próxima estación: Zona C, Barrio Tres, parada de un minuto», anunció una voz suave de hombre. El metrodeslizador cogió una curva cerrada a toda velocidad, y

enseguida pasó de demasiado rápido a cero.

Salí corriendo hacia el aseo y vi que Jojo continuaba en el compartimento de al lado. Tenía el móvil encendido, probablemente hablaba con Nomos. Me miró por encima de los cristales y sonrió con el pulgar hacia arriba. Me señalé las tripas y seguí corriendo.

El metro ya estaba en la Zona B cuando pulsé el botón del grifo. Me giré hacia el lavabo, temblando. El agua fría me recorría las manos, la cara, la frente, el cráneo pelado, la nuca. Me incorporé, apoyé la frente, maldije, abrí los ojos. En el espejo vi un agente de libros pálido, cansado y calvo. Además de eso, había algo escrito a mano con letras verdes:

«Mañana por la mañana, 8 h, Café Sunshine, Zona C, Barrio Veinte. ¡Hasta pronto! Arne».

## La recompensa

Cuando llegué a casa (Zona A, Barrio Ocho) puse el dedo en la puerta. *Zzzp*. Mi padre apareció en el pasillo:

—Parece que te hayan encerrado una semana en el metrodeslizador.

Quise responderle que había descrito mi estado mejor de lo que lo hubiera hecho yo mismo, pero ya había desaparecido por el salón, así que lo seguí.

—Nos ha pasado algo increíble a Jojo y a mí.

Mi padre encendió su móvil. «Móvil. Llamada. Lars». Tenía turno de noche y su compañero Lars iba a recogerlo. Mi padre trabajaba de ingeniero en la empresa que fabricaba los raíles magnéticos para el deslizador. Mi pesadilla era su pasión.

—¿Ha pasado algo increíble?

—Sí, verás...

—Genial —dijo. Tenía a Lars en el móvil—. Eh, veo que ya estás en mi calle. ¡Ya salgo!

—Pues eso... —le dije a la puerta.

Mi padre ya se había ido.

El trabajo lo era todo para él. Sin trabajo no había Zona A. Y desde el asunto de Mike tenía miedo de verdad. El jefe de sección había despedido a Mike por tiempo indefinido, y así es como había llegado Lars. «Un retiro por razón de edad», eso ponía en la declaración oficial. Lars, el nuevo, tenía veintidós años. La gente solía contratar un seguro de pensión de vejez o bien ahorra algo. Quien no tenía seguro ni ahorros, tiraba de sus hijos. Quien no tenía hijos, o peor aún, quien tenía hijos que no contaban, iba a parar a la Zona C. A los barrios periféricos al final de la ciudad.

Mike no tenía seguro, ni hijos, ni ilusión por los barrios periféricos de la Zona C. Después de su último turno de noche, mi padre lo invitó a un restaurante de comida india. Yo seguí el encuentro con mi móvil; mi padre me había enviado una invitación.

—Voy a acabar con todo —anunció Mike.

El número de espectadores pasó de 232 a 680. Yo había reenviado la invitación a mis amigos, y al parecer algunos de ellos habían invitado a sus amigos.

—Cálmate. Encontraremos algo para ti, no te preocupes —dijo mi padre.

482 espectadores.

—¿Encontrar algo? ¿Ser un pensionista que cuida pensionistas? ¿Deslomarme en una fábrica de la Zona C?

54 espectadores.

—También hay...

18 espectadores.

—¿Dos té con aroma Yogui? —preguntó el camarero.

Mike asintió.

—Voy a suicidarme.

1048 espectadores.

El camarero sirvió los té con aroma Yogui.

—No te precipites —dijo mi padre—. Yo tampoco he terminado de pagar mi casa. ¿Voy a suicidarme por eso?

—Tú tienes trabajo, ¡yo no! —respondió Mike.

Tres horas después, en algún lugar del Barrio Cinco, Mike se tumbó sobre un raíl magnético y activó su móvil. «Móvil. Llamada. Jefe de sección».

Su superior aceptó el contacto. Oía la voz de Mike y veía lo que Mike veía, que en aquel momento era un carril magnético y un metrodeslizador a toda velocidad.

—¡Usted tiene la culpa! —gritó Mike.

El jefe de sección no dijo nada. Todo debió de ocurrir demasiado rápido. A lo mejor se sobresaltó cuando las brillantes luces de señalización del deslizador se abalanzaron sobre sus gafas.

¿Que cómo sé todo esto? ¡Todo el mundo lo sabe! Mike transmitió la señal de su móvil a la base de su casa. Su exmujer tenía acceso a la base y colgó el vídeo en Ultramet.

Jojo fue uno de los primeros en ver las imágenes. Tenía una suscripción de móvil para «los mejores vídeos de Ultramet». Aquella mañana, el suicidio de Mike subió al primer puesto y hubo miles de comentarios de móvil. «¡Au! ¡Eso ha tenido que doler! Sonrisa de oreja a oreja», opinaba Sabi-2009. Bob48 pirateó el perfil de Ultramet de Mike y publicó todos los vídeos de móvil de los últimos quince años, todas las fotos y todas las listas de contactos. «La verdad es...», escribió Bob48, despertando la curiosidad por todo ese material.

Pasé una noche entera viendo las fotos de Mike, empezando por su época estudiantil. Tenía una novia muy guapa en aquel entonces, aunque me irritaba su pelo largo y negro. Si hubiera sido calva habría sido perfecta.

Mi padre no quiso ver nada de eso. No se creyó lo del suicidio de Mike hasta que su mujer le envió una invitación por móvil para su funeral. Aquella fue la primera y la última vez que vi llorar a mi padre, y de algún modo me emocionó.

No entendía a Mike y su protesta, así que hice lo mismo que hacía siempre que sentía que algo no me encajaba: ver vídeos de móvil. Estuve viendo más vídeos de los que Bob48, amablemente, había publicado sobre la vida de Mike: las imágenes de la boda, una discusión de pareja que había grabado un vecino, la reconciliación (¿habían olvidado desconectar el móvil?) y el divorcio un par de años más tarde. El jefe de sección de Mike perdió el trabajo el mismo día. La empresa puso un anuncio en Ultramet.

—Son todos unos envidiosos —dijo mi padre, cabreado, y soltó el discurso más largo que jamás le oí—: El nuevo jefe es peor aún, despide a cualquiera de más de cincuenta por las razones más peregrinas, y todo porque son órdenes de arriba...

Mi padre estaba oficialmente en mitad de los cuarenta. Antes de empezar en la empresa hizo que renovaran sus datos en los ordenadores de la administración zonal,

lo que está prohibido y por tanto es caro. Un programador con más conocimientos que Jojo se encargó de ello. La Zona C estaba plagada de tipos que ofrecían toda clase de servicios ilegales.

Mi padre volvió a entrar en casa mientras su compañero esperaba en el coche. Yo aún estaba en el pasillo. No podía quitarme de la cabeza a Arne Bergmann, el extraño lector del metrodeslizador, ni su mensaje en el espejo.

Mi padre me miró.

—Dile a Jojo que te vigile —dijo.

—¿Has olvidado algo? —le pregunté.

—Sí, la comida —respondió, y se dirigió hacia la cocina.

—¡Yo no lo haría! —le advertí—. Yo también quería comer algo, pero mamá tiene una reunión.

—¿En la cocina?

—Es una cita para el café.

—¿Por móvil? —preguntó.

—Por móvil.

—Bueno, entonces pasaré sin que me vea la cámara.

Entró en la cocina e hicieron lo que siempre hacían en sus escasos momentos de vida en pareja: pelearse.

Me apoyé en la puerta de la cocina y escuché a mi madre.

—¿Podemos continuar con la reunión en cinco minutos? ¿Sí? Gracias. Sí, enseguida contacto con usted. —Y su voz amistosa cambió a su voz de discutir—: ¡Estoy en medio de una reunión importante!

—Solo voy a coger algo del aromatizador.

—¿Qué harías si yo estuviera dando vueltas alrededor de tu móvil cuando estás en el trabajo?

Lars llamó a la puerta.

—¡Un minuto! —gritó mi padre.

—No vamos a terminar en un minuto —dijo mi madre.

—¿Tienes que estar siempre con el móvil por toda la casa? Con lo que yo daría por poder trabajar sin móvil —dijo mi padre.

Era un tema recurrente entre ellos. En el trabajo de mi padre todos debían llevar móvil.

—¿Y qué hay de malo en que tu jefe vea lo que haces? —preguntó mi madre.

—Nada, pero me pone...

—Solo los vagos tienen miedo del móvil.

—... me pone...

—¡Y los que se niegan a trabajar!

—... pero me pone...



—¡El trabajo en equipo exige móbril!

—... nervioso. Así me pone. Y tú también me pones nervioso.

Lars llamó. Mi padre salió y nos chocamos.

—Y tú ahí espiando con el móbril para colgarlo en Ultramet, ¿no?

—No, ahora mismo solo pueden verlo mis amigos...

—¿Y cuántos están mirando ahora mismo?

Me fijé en el cuadrado izquierdo sobre mi ojo derecho.

—Ciento veinticuatro —respondí.

—¿Y si uno de esos idiotas lo cuelga en Ultramet?

—Ahora son cuatrocientos veinte. No discutamos más sobre el móbril.

—¿Ni siquiera sobre lo que cuesta? ¿Cuántas veces te he dejado dinero ya?

No me gustaba nada el cariz que estaba tomando la conversación.

«Móbril. Desconexión para amigos».

Ahora solo los amigos *premium* podían vernos. Eso bastaba.

—¿Sabes cuánto te costarían los encuentros reales? —le pregunté a mi padre—. ¿Y lo barato que es un encuentro por móbril en comparación?

—¡Me voy a ir! —gritó Lars.

—Y Jojo también tiene... —repliqué.

—Jojo no es solo agente de libros, se busca un montón de encargos privados. Él puede permitírselo.

Otra vez metiendo el dedo en la llaga. Es verdad que Jojo siempre tenía suficiente dinero, y ya no vivía con sus padres. Reparaba los móbriles de sus vecinos, instalaba animadores, vendía por Ultramet todo tipo de cosas que para mí no eran más que chatarra electrónica.

—Fin de la discusión —sentenció mi padre, cerrando la puerta de casa tras él.

Tres contactos de la lista *premium* estaban comentando la escena. «¡Sonrisa y seguid con ello!», dijo Luk-2010. Chris-Zona-A era el moralista, como siempre: «Mientras sigas viviendo en su casa, tendrás que adaptarte». Ultramet-Ratón9888 me invitó a jugar: «¡Hora de relajarse!». Una carrera de coches por la Zona A. La casilla de arrancar se iluminó. Moví la cabeza a la izquierda y tomé una curva cerrada, aterricé con 280 cosas en un bloque gris de cemento. «La reparación cuesta 5», informó la voz del móbril. Dejé de jugar. Aquel no era mi día.

Me metí en el limpiador con la ropa polvorienta, esperando el silbido de los inyectores de aire. Una vez en mi habitación, tiré la chaqueta a un lado, los zapatos a otro. Me correspondían diez metros cuadrados, y cada centímetro cuadrado estaba cubierto de la basura que se puede acumular en veinticinco años de vida.

En la pared tenía colgada mi prehistórica colección de e-readers. Aquellos cacharros habían estado de moda en el pasado, pero no servían para ver películas. Las pantallas mostraban estrellas que cambiaban de color. De alguna manera resultaba tranquilizador. Un regalo de Jojo, de fabricación propia. A través de Ultramet, había conseguido un contenedor lleno de esos trastos de museo.

Me tumbé en la cama y encendí el móvil. «Móvil. Llamada. Jojo». Tres segundos después vi un montón de cables y una cosa que parpadeaba. Jojo estaba fabricando algo otra vez.

—¿Te apetece dar una vuelta nocturna en el metrodeslizador? —me dijo, de buen humor.

No reaccioné a su sarcasmo, sino que fui directo al grano.

—No me quito a Arne Bergmann de la cabeza.

—Vale, tengo noticias para ti —respondió Jojo. Luego hizo una pausa, dejándome en vilo—. Al parecer, ese anciano que te trae de cabeza es un radical.

No dije nada.

—Según Nomos, Arne Bergmann está en la lista PSDI.

Le dije a Jojo que no tenía batería y corté la conversación.

Los agentes de libros que trabajábamos para Scan, S. A. nos hacíamos llamar escaneadores. Los escaneadores de seguridad, por otra parte, eran los tipos duros. Oficialmente, el nombre de la sección era Prevención del Sabotaje y Defensa de la Información, o PSDI para abreviar. Nosotros los llamábamos escaneadores de seguridad porque perseguían, espiaban e investigaban a los enemigos de Scan, S. A. con todos los medios necesarios.

Siempre había enemigos de Ultramet armando jaleo: rompían los escaparates de las tiendas de móvil o enviaban vídeos amenazantes a los móviles de los trabajadores. Como agente de libros, yo también entraba en la lista de objetivos de esos terroristas. De hecho, tres o cuatro meses antes había recibido uno de esos vídeos. Era noche cerrada y abrí un mensaje de «usuario desconocido», por pura curiosidad. Un error que me costó el resto de mis horas de sueño.

En los cristales de mis gafas apareció la cubierta polvorienta de un libro. Una mano con manchas de vejez lo abrió y fue pasando hojas, demasiado rápido, sin darme tiempo a descifrar lo que había impreso. De pronto, la mano se paró en mitad del libro y pude ver una foto mía en una página doble. Reconocí la foto enseguida. La había colgado una vez en Ultramet para un anuncio de contactos. De repente los bordes del libro empezaron a arder y también mi foto; me vi en llamas y oí un grito de dolor. Quería arrancarme el móvil de la cabeza, pero necesitaba saber qué significaba todo aquello. En cuestión de segundos no quedó del libro nada más que cenizas; una ráfaga de aire arrastró las partículas grises por la habitación. Por todas partes había estanterías vacías.

Pensé en la vieja biblioteca del Barrio Dos. Jojo y yo acabábamos de empezar en Scan, S. A. y aquel era nuestro primer gran encargo. La administración zonal vendió todos los ejemplares de la biblioteca a Scan, S. A. Ultramet escaneó todo. «¡Todo el saber para todos! ¡En cualquier momento! ¡Gratis!». Eso significaba un montón de trabajo para novatos como nosotros.

Aquella biblioteca era una de las últimas que quedaba en nuestra ciudad. Antes de aquel encargo, no tenía ni idea de que todavía existiese algo así. Durante semanas

cinco agentes estuvimos escaneando un libro tras otro, una página tras otra, línea a línea, palabra por palabra.

Era impresionante contemplar las estanterías vacías una vez que acabamos el trabajo. Podía ver de una punta a otra la enorme sala. Cuando empezamos con el encargo, los trabajadores de la biblioteca estaban allí con unas pancartas que decían: «Vuestro escaneo, nuestro desempleo». Todo un espectáculo. Los escaneadores de seguridad se los llevaron y montaron vigilancia en las entradas, además de oscurecer las ventanas.

Las estanterías vacías del mensaje de móvil me recordaron todo aquello. Cuando aún estaba mirándolas, oí una voz ronca de hombre: «Quien escanea libros, borra tu pasado y tu futuro». No entendí ni una palabra. Todo se desvaneció y solo quedó una pluma blanca con las letras G y L. Eso me dejó incluso más perplejo.

«Fin del mensaje. ¿Quiere verlo otra vez?», me preguntó el móvil como si acabara de ganar al póquer de Ultramet. «Vaya pregunta estúpida». Me enfadé y tiré por primera vez mi querido móvil al montón de ropa. Esos enemigos de Scan, S. A. conocían muy bien la tecnología que tanto demonizaban.

Los de la lista de escaneadores de seguridad eran quienes mandaban mensajes así. Primero el vídeo de móvil con la cara en llamas. Después, uno de ellos se sentaría frente a mí en el metrodeslizador. Por último, el tipo dejaría una nota en el espejo del baño diciendo cuándo y dónde quería verme.

Seguía tumbado en la cama, los pensamientos se me agolpaban en un bucle infinito: el metrodeslizador, Arne Bergmann, el libro, nuestro encuentro, el metrodeslizador, Arne Bergmann, el libro, nuestro encuentro...

Quería hablar con alguien, pero ¿con quién? Mi padre no podía, estaba trabajando. Mi madre tenía su reunión en la cocina. Cerré los ojos, pero no podía dormir.

Después de tres horas descubrí por qué Arne Bergmann había dejado su mensaje en el aseo. Era el único lugar de todos los barrios y zonas de la ciudad donde el móvil no funcionaba. Ultramet había cableado todo e instalado equipos tecnológicos en todas partes, excepto en el ámbito más privado del ser humano: el aseo. Un compromiso que Ultramet había negociado durante meses con el gobierno. Todos los baños debían estar equipados con aparatos que bloqueaban la señal.

Arne Bergmann quería ir sobre seguro. El personal del metrodeslizador llevaba móvil, y también los pasajeros que se amontonaban en los pasillos y los compartimentos; incluso los mendigos de la Zona C. Nadie debía enterarse del encuentro en el Café Sunshine, excepto yo. ¿Por qué? ¿Por qué yo de entre todo el mundo? ¿Por qué confiaba precisamente en mí? Había borrado el mensaje con la manga; estaba seguro de que iba dirigido a mí. Eso era lo que más me intrigaba.

Tenía que contárselo a Jojo, y luego contactar con Nomos por fin. «Móvil. Llamada. Jojo». Volví a ver sus cacharros.

—¡Eh, Rob! ¿Ya has arreglado tu batería? ¿Algún problemilla de amor?

—Muy gracioso. Te llamo por lo de Arne Bergmann.

—Nomos dice que varios usuarios de móbril tenían la señal abierta en el metrodeslizador, ya sabes lo que eso significa: hay un par de minutos de vídeo en Ultramet que son dignos de ver. Ahora te lo mando.

—¿Qué se ve? —pregunté. Quería que fuera breve.

—Primero el final, es espectacular. Se ve a un tío de veintitantos corriendo por el pasillo hacia el baño.

—Nunca me he reído tanto, casi me muero. Venga, abrevia.

—Arne Bergmann sale en varias tomas. Los analistas de los escaneadores de seguridad dicen que al parecer es EL Arne Bergmann que llevan años buscando.

No entendía tanto esfuerzo. Arne Bergmann era un radical, vale. De esos había muchos.

—Ultramet ofrece una recompensa —dijo Jojo—. Quien entregue a Arne Bergmann a los escaneadores de seguridad recibirá la bonita suma de quinientos mil.

Me quedé sin respiración durante dos segundos.

—Si tuviéramos su dirección, podríamos pasarnos años de vacaciones en el parque —dijo Jojo riendo.

A mí se me revolvió el estómago.

## El signo de interrogación

«Móbril. Navegador. Café Sunshine».

«Bienvenido al navegador», dijo la suave voz. «Por desgracia, aún no tiene la actualización de la Zona C. ¿Quiere conseguirla ahora por muy poco dinero?».

No podía permitírmelo, así que estuve preguntando por el Barrio Veinte; no conocía la Zona C en absoluto. ¿Por qué Arne Bergmann quería verme justamente ahí?

La noche anterior, como no podía dormir, había trazado un plan. No estaba seguro de si el tal Bergmann me tomaba por tonto o si realmente acudiría a la cita. Si aparecía, me pondría en contacto con los escaneadores de seguridad y entablaría conversación con él. Dejaría que lo arrestaran, y fin de la historia.

A Nomos no pensaba informarle de nada. De hacerlo, él, como mucho, me daría las gracias por la información y luego se quedaría con los quinientos mil. No tenía escrúpulos. ¿Y Jojo? A él no quería meterlo en esto. Cuando todo pasara, le regalaría parte de la recompensa; por algo era mi mejor amigo.

Con tanto dinero me aseguraría de no ser degradado a la Zona C durante algunos años. Merecía la pena correr el riesgo, aunque tenía miedo, claro.

Poco antes de las ocho entré en el local. La cafetería estaba especializada en tartas de chocolate. Tenían un escaparate de cinco metros de largo en el que no había otra cosa. Me mantuve parado en medio de la sala. Era la hora del desayuno, pero todas las mesas estaban vacías.

—¿Es usted Rob? —Una vendedora se me acercó; en la mano derecha llevaba una bolsa que casi tocaba el suelo. Me sentía como en una película de móbril equivocada—. ¿Hizo un encargo ayer por Ultranet, para las ocho? ¡Llega puntual!

—Ah —conseguí decir.

—Gracias, aquí tiene su pedido. Tres tartas de chocolate, una con cerezas y dos con caramelo, y sin aroma.

Apoyé el dedo sobre el mostrador mientras pensaba en la bonita suma de dinero que se acababa de esfumar de mi cuenta. Había oído hablar de negocios así: gente a la que le iba bien, como Nomos, enviaban a otros como correos para hacer compras. A las empresas les gustaba la Zona C, porque cualquiera hacía cualquier cosa por un salario de miseria. Como pasarse la noche preparando tartas, por ejemplo. Salí de la cafetería ensimismado, sin despedirme.

De modo que allí estaba yo, con mis tres tartas de chocolate frente al escaparate, cuando una moto negra se paró frente a mí. Miré desconcertado al conductor. No llevaba casco, y tenía el pelo rojo y rizado. Antes de que pudiera preguntarle por qué

había estado a punto de atropellarme, me arrancó el móvil de la cabeza y salió disparado. Me quedé observando cómo se alejaba, paralizado.

—¿Rob? ¿Qué está mirando? Venga, hombre, que aquí está prohibido pararse.

Me giré y vi la cara de un taxista a través de la ventanilla abierta.

—Ya he cumplido los setenta y un años y no voy a poder con usted, así que si es tan amable de subir por sus propios medios...

Nada estaba yendo según mis planes. No había tiempo para pensar, tenía que dejarme llevar si quería conseguir el dinero. Sin móvil, por desgracia. Y desde ese momento, también sin plan.

Los taxistas de la Zona A no solían ser mucho más simpáticos, solo más jóvenes. Sin embargo, al contrario que este, ellos respetaban las normas de tráfico. El motor eléctrico se puso en marcha, las ruedas chirriaron y comenzó el viaje hacia lo desconocido.

—Aquí hay muchos encargos locos —empezó su diatriba el taxista—, pero esto lo supera todo: el Café Sunshine, un cliente con cara de tonto y una bolsa llena de tartas. —Me echó un vistazo—. Yo diría que encaja usted perfectamente. Tengo que darle un par de vueltas por la zona, por aquí y por allí. Echar un vistazo de vez en cuando al retrovisor. Y para acabar nuestra odisea, debo dejarlo en Baby Q. Su amigo no parece estar muy cuerdo.

Ese supuesto amigo solo podía ser Arne Bergmann.

Hubiera sido mejor haberle contado a Jojo que me iba de excursión a la Zona C, pero se me habría pegado para que no me pasara nada. Poco antes de salir de casa había despertado a Jojo.

—¡Buenos días! —le dije.

—¡Buenas noches! ¿Estás loco, llamarme tan pronto?

—He de ayudar a mi madre en el trabajo, un par de reuniones con clientes y eso.

Mi madre trabaja con acciones, lo hace todo por móvil, casi se ha montado la oficina en la cabeza. Jojo se tragó mi excusa, estaba alegre y todo.

—Luego voy a ver a Melli. Tiene nostalgia.

—¿Qué vais a hacer?

—Dar un paseo por el parque.

Sonaba romántico, pero en la práctica era algo así: Jojo caminaba con su móvil entre árboles de plástico y Melli lo miraba desde otra ciudad a un par de miles de kilómetros. ¿Me sentía celoso a pesar de todo? ¡Sí! Se habían conocido a través de Ultramet. La agencia de parejas (Superpareja Ya) les había dado una compatibilidad de perfiles del 95,2 por ciento. Habían superado las pruebas genéticas y el examen financiero. El 4,8 por ciento que les faltaba se debía al inconveniente de la distancia.

Melli había estudiado Infotecnología, lo que encajaba muy bien con Jojo. Aún no se habían visto en persona, pero eso era absolutamente normal en las relaciones de Ultramet.

—¿Algún problema si cambio la ruta? —me preguntó el taxista, sacándome de

mis pensamientos.

—¿Y eso?

—Tenemos a unos admiradores detrás, y eso era lo que quería evitar su amigo. Ahí delante hay un antiguo garaje con varias salidas.

Enseguida pensé en los escaneadores de seguridad y en Nomos. Aquel era el mejor camino para perder mi trabajo. Como no dije nada, el taxista dio por sentado que estaba de acuerdo con su plan, así que giró bruscamente hacia la entrada. Subimos con el elevador hasta la planta más alta, de allí bajamos cuatro pisos, dimos una vuelta completa, y yo empecé a sentirme como en el metrodeslizador. Eso sí, habíamos despistado a los perseguidores.

—Por favor, apague su móvil —le pedí al conductor.

La paranoia de Arne Bergmann resultaba contagiosa. A lo mejor el tipo al volante había activado la transmisión pública, y en ese caso tendría que compartir la recompensa con algunos miles de usuarios de Ultramet. Pero era yo quien le pisaba los talones a Arne Bergmann, era yo quien lo estaba arriesgando todo, nadie más.

—Esto son gafas de sol —me aclaró el taxista riéndose, y se tocó los cristales oscuros—. Su amigo ya me había hablado de su alergia al móvil. En la Zona C muchos prefieren mantener la discreción. Y, como le dije a su amigo, por uno de veinte extra también puedo darle una vuelta desnudo por la ciudad.

Mientras iba en el asiento del copiloto esboqué un plan para lo que me esperaba: encontrarme con Arne Bergmann; buscar algún pretexto (aún no tenía ni idea de cuál); apartarme de él un momento; pedir prestado un móvil a alguien (tampoco estaba claro a quién); informar a los escaneadores de seguridad; retener a Bergmann; hablar sobre algo; que lo arrestaran; cobrar la pasta. Fin. Luego contar mi gran aventura en Ultramet y conseguir más amigos. Solo me faltaban 6500 para entrar en el top 100 del Barrio Ocho.

Logré ignorar al taxista, y al rato decidió ahorrarme sus comentarios. Se puso a ver una vieja comedia proyectada contra el parabrisas mientras fingía que iba concentrado en el tráfico. Yo me limité a mirar por la ventanilla tintada de mi lado. Lo único que conocía de la Zona C eran las paradas del metrodeslizador y las manchas grises que se veían pasar por la ventana. Jojo y yo llegábamos hasta la última estación de la Zona C buscando lectores, y luego de vuelta a casa en la Zona A.

Los que no encontraban trabajo en la Zona A, se marchaban a la Zona B. Aunque no se encajara allí, nadie quería la Zona C porque era la peligrosa zona de los viejos, aunque los viejos no eran peligrosos, sino los criminales que se habían establecido junto a las innumerables residencias de pensionistas y albergues para ancianos. Por lo menos eso era lo que se anunciaba todos los días en las noticias de Ultramet: «Veinticuatro muertos en el asalto a una empresa de limpieza», «Pensionista

asesinado, móvil robado», «¡Cuarentena después de la tercera epidemia en el barrio periférico!».

—La Zona C es un espacio sin ley —me había dicho mi vieja profesora después de una clase de saber antiguo.

—Ni idea, nunca me he bajado del metrodeslizador allí —le respondí.

—La policía de la administración zonal no se mete en la Zona C.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

—Porque a la policía le interesa. Todos los tipos problemáticos de la ciudad se concentran en esa zona y así no arman jaleo en las otras.

Mi profesora siempre contaba esa clase de cosas raras. Sin embargo, no vi a ningún tipo peligroso durante el paseo en taxi; debían de salir por la noche. En su lugar, solo vi caras arrugadas sosteniendo sus débiles cuerpos con muletas. Algunos tenían móviles viejos (de primera generación) que solo servían para indicarles el camino a casa. En la Zona C vivían los más pobres de entre los pobres, y aun así todos llevaban ese tipo de gafas. Eso me sorprendió, hasta que me distrajo la publicidad de la película que estaba viendo el taxista. Luego ya no me sorprendió más. En la Zona A uno podía conseguir de todo si se firmaba un contrato de cinco años: una caja de quinientas películas para el proyector, billetes para todo el año para el bus-e y el metrodeslizador...

También la publicidad de Ultranet era distinta en la Zona C. Una mujer mayor tumbada en una hamaca con un móvil decía: «Mi segunda vida tiene lugar en la Zona A». En el parabrisas apareció una mujer joven corriendo por la sala del parque, nos miró brevemente desde el retrovisor del conductor y dijo: «Yo soy su segunda vida. Una vez al mes, durante un día entero, hago por usted lo que me pida: deporte en el parque, una comida sin aroma en un restaurante... ¡Y todo en la Zona A! ¡Con la energía de una veinteañera!». Y, al final del anuncio, una voz declamaba a toda velocidad las condiciones del contrato.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó el taxista.

—Que solo hay que firmar un contrato de móvil baratísimo.

—¿Qué quiere decir «baratísimo»? —El taxista reclamaba saber los detalles, o a lo mejor solo pretendía incordiar. Probablemente vería el mismo anuncio cada dos minutos y buscaba que le diera conversación.

—Ciento veinte minutos diarios de publicidad durante toda la vida —le expliqué—. Pero en el contrato se incluyen ciento cincuenta mejores amigos *premium*.

—¿Los amigos van incluidos?

—Solo los ciento cincuenta primeros... —aclaré.

—¿Y qué amigos son esos?

—Gente que encaja muy bien con tu perfil.

—¿Y se hacen amigos míos, así sin más? —Incluyó una pausa—. Un mundo feliz, ¿eh?

Me callé y miré por la ventana. Había muchos hombres con pelo largo y canoso y



barbas que les llegaban hasta el pecho. Me acordé de Arne Bergmann. Algunas mujeres lucían moños, trenzas, rastas. Muchos viejos se encogían en los bancos al borde de la calle o cojeaban con sus bastones por la estrecha acera. Un perro-e de cuatro ruedas arrastraba a una vieja. Apenas se veía a dos personas juntas. Algunos estaban tumbados al borde de la calle, inertes. A nadie le interesaba, tampoco a nosotros. De todos modos, yo no podía cambiar nada, todo aquello me tenía como paralizado.

—¿Qué tal un poco de nador? —me preguntó el taxista—. ¿Un gramo por cinco?

«Típico de la Zona C», pensé. Yo nunca había probado de eso, pero Jojo tomaba nador día sí, día no. «Te relaja del todo», decía, pero yo no quería tener nada que ver. Originalmente, el nador era una medicina para viejos; los cuidadores de las residencias de la Zona C se lo recetaban a sus ancianos. Fuera de esas instalaciones, los camellos vendían nador de todos los colores y formas, desde polvo a píldoras.

—Otro día —rechacé su oferta.

El taxista negó con la cabeza y volvió a concentrarse en la película del parabrisas. Cada vez nos internábamos más, cada vez todo era más sucio y pobre, más gris y peludo. Un par de viejos rodeaban un fuego hecho con un montón de basura, estirando los brazos hacia las llamas azules y frotándose las manos.

—Es por culpa de julio —dijo el taxista, señalando fuera. Yo asentí—. El verano ya no significa nada, las temperaturas varían sin ton ni son. No me extrañaría ver nieve hoy —añadió. Y yo volví a asentir—. Desde la última guerra, el tiempo hace lo que le da la gana. Créeme, lo he vivido todo.

Yo lo creía. Aquello se me juntaba con lo que me habían contado mis padres de la última de las grandes guerras.

Volví a mirar por la ventanilla. En un campamento, hombres y mujeres se arremolinaban frente al fuego. Vi lonas oscuras atadas de manera provisional con cuerdas a torres eléctricas. Por todas partes había andrajos raídos por agujeros, hasta los viejos frente al fuego estaban envueltos en esos mismos harapos. Bajo una de las lonas se veía heno, seguramente hecho de hebras de plástico. Era probable que durmieran ahí encima.

—Al campamento Esperanza 48 siempre lo llamo Zona D —me aclaró el taxista—. Pero no te preocupes, ahí adelante está mejor.

Mejor era relativo. Había más viejos tirados por el suelo durmiendo entre montañas de basura. Algunos abrían bolsas de plástico con las uñas y rebuscaban dentro. Nunca había visto algo así en Ultramet.

—La mayoría tienen sobredosis de nador, nada de lo que preocuparse, chaval —dijo el taxista palmeándome el muslo con fuerza.

«El nador sacia y hace feliz», aseguraban los anuncios de la farmacéutica. O: «El nador es el alimento de los años maduros». En Ultramet siempre había anuncios con pensionistas radiantes. Una pareja mayor, él en traje y ella en vestido de noche, tomaban dos pastillas de una bandeja de plata. Ella se metía la píldora milagrosa en la

boca y se echaba hacia atrás, relajada. El sol aparecía, su cara resplandecía, un coro infantil entonaba la canción del nador: «El nador es buenooo, te da ánimooo. El nador se lleva el hambreee, te pone alegreee. Naaadooor».

«El nador hace exactamente eso, nada más», decía siempre Jojo defendiendo la publicidad. Por mi parte, los pensionistas inconscientes tirados en la calle confirmaban mis dudas.

La idea del nador era simple: la comida costaba mucho dinero, demasiado. Ni siquiera mi familia tenía siempre el aromatizador lleno, ¡y eso que vivíamos en la Zona A! Solo había comida fresca por nuestros cumpleaños; el resto del tiempo, comíamos preparados químicos. El sustitutivo de carne sabía más o menos a carne, pero a una carne cazada antes de la última glaciación. Sin Ultramet no habría sabido siquiera cómo debía servir la comida en el plato.

«El nador facilita la vida en la madurez y alivia el presupuesto familiar», decía la administración zonal. Fuera lo que fuese lo que había en la pastilla, saciaba. Según Ultramet, la pastilla proporcionaba «vitaminas, hidratos de carbono, minerales y todo lo que se necesita para una vida sana». Había dos razones por las que no tomábamos esas pastillas en casa. Primero, porque se precisaba una receta de las autoridades médicas, y solo se las daban a los mayores de sesenta. Segundo, y en relación con lo primero, por los graves efectos secundarios. Lo que la farmacéutica llamaba «saciado y alegre», los detractores del nador lo llamaban «espeso y atontado». Hobby-Doc-1995, de mi lista de amigos, me dijo cuando le consulté (estaba preocupado por Jojo): «La pastilla libera sentimientos de felicidad y provoca un estado crepuscular. El consumidor queda adormecido durante seis o siete horas, como entre algodones. ¿Que si eso es dañino para tu amigo? Ni idea».

Hasta Nador-Superfan, que debería saber de eso, no lo tenía demasiado claro: «Tengo dolor de cabeza a menudo. Pero también lo tenía antes de vez en cuando. Mi novia me ha dicho que el nador te deja estéril. Pero mi novia miente mucho». Y Mona2010 (que había borrado veintitrés veces mi invitación de móbril al parque) opinaba esto: «El agua es muy importante. Lo principal es beber tres litros de agua al día. Nador nunca he tomado».

Me copiaba los mensajes sobre el nador de un foro de Ultramet. A lo mejor podría utilizarlos para ayudar a otros; yo mismo no sabía qué hacer con todo aquello.

Jojo compraba sus pastillas cuando nos quedábamos unos minutos en la Zona C; los camellos iban de acá para allá igual que los vendedores de billetes. Me imaginaba a Jojo metiéndose una pastilla en su casa, lo veía tumbado entre los móbriles desmontados, los e-readers y los cables, igual que los viejos entre la basura.

—¿Qué pasa con esos? —le pregunté al taxista.

—Si se despiertan por sí mismos, dejan que sus móbriles los lleven a sus dormitorios; si no, se quedan ahí hasta que llegan los de sanidad por la noche.

—¿Y esos qué hacen?

—¡Lo que me faltaba, un niño mimado de la Zona A que no tiene ni idea de nada!

No dijo nada más, y el niño mimado de la Zona A también se calló la boca, hasta que el motor-e dejó de zumbar. Aparcamos delante de un bloque gris de viviendas.

—Ahí delante está el Baby Q. Esta cerrado a mediodía, pero eso ya lo sabía su amigo.

Apoyé el dedo contra la consola que había entre nosotros. Nunca había pagado tanto por una carrera en taxi. Me quedé esperando con mis tres tartas de chocolate delante de la ancha entrada del Baby Q. Una gruesa cadena de metal colgaba delante de la puerta. No encontré ninguna ventana, pero sí descubrí qué era exactamente el Baby Q: los precios de los cócteles («Fiebre de zona» por cinco, «Nador-cola mix» por ocho) titilaban en una pantalla.

Un proyector salía de una pequeña ventana y mostraba al barman frente a la entrada: «¡Hoy, a partir de las veintidós horas, cinco vasos de cerveza-roma por el precio de dos!». Hubo un silbido y sentí gotas de agua fría en la cara. Olía realmente a cerveza.

Dejé que me rociara cinco veces más y vi otra proyección en rojo sobre la puerta: «Solo efectivo». No era de extrañar, las bebidas con nador no eran precisamente legales; por lo menos en la Zona A un bar nunca habría podido anunciar algo así en la entrada.

Había tres ancianos juntos dormidos en la acera. Un motorista pasó por delante de mí sin casco. ¡El pelirrojo con mi móvil! Me pasó la mano por la cabeza. Me sentía incómodo con la cabeza recién afeitada.

¿Dónde estaba Arne Bergmann? ¿Era una trampa, una emboscada? Pero ¿por qué? Me imaginé a Nomos recibiendo la noticia de mi secuestro en su móvil: «Cien mil en efectivo o induciremos a Rob un coma artificial con veinte gramos de nador». Nomos habría borrado el contacto sin hacerse muchas preguntas. Había miles de candidatos esperando en la puerta de Ultrahnet. Nomos encontraría un reemplazo para mí en un par de minutos, y el nuevo agente de libros haría unas prácticas gratis, como hicimos todos. El que no cometía ningún error en un año ni criticaba nada, conseguía el trabajo.

Alguien me agarró de los hombros por detrás. Me di la vuelta furioso y me topé con los cristales del móvil de un viejo.

—¡Bergmann...! —grité.

Pero me equivocaba. El hombre era sin duda diez años mayor que Arne Bergmann. Le resbalaba baba de la boca.

—Susanne, hermana... —dijo, y nada más.

Se arrodilló, se me abrazó a las piernas y luego cayó a un lado. ¿Se trataba de algún tipo de mensaje cifrado? Me incliné sobre el anciano. Su pulso era muy lento, pero tenía. El maldito nador casi lo había matado (y a mí, de un susto). Cogí al hombre del tronco y lo arrastré lo más suavemente que pude hasta donde estaban los otros tres que dormían sobre el suelo.

Miré su móvil. El indicador de la batería brillaba en letras rojas sobre el cristal.

Mejor así, lo que me faltaba era una transmisión. Me incorporé y encontré por fin la inscripción de un edificio en el que podríamos tener un encuentro sin que nos molestaran. «Baño público. Lavabos».

## La lección

El anciano de la entrada me sonrió con precaución. Estaba sentado a una mesa de plástico, justo al lado de la puerta que daba acceso a la sala con forma de tubo. Enfrente de él había una caja plateada con la inscripción «Receptor móvil de pagos», y el sello de seguridad de la administración zonal brillaba en verde. El hombre vestía jersey y pantalones blancos; un gorro de ducha le cubría el pelo, canoso y gris. En sus manos arrugadas sostenía un librito cuyas páginas amarilleaban. Al parecer, no me había equivocado tanto.

Me quedé parado frente a él y puse la bolsa con las tartas de chocolate sobre la mesa. En su rostro apareció una amplia sonrisa, que dejó ver más huecos que dientes. O bien sabía quién era yo y a quién quería ver, o se había almorzado una pastilla de nador. Nos miramos en silencio. Me sentía desconcertado. Hasta que el hombre señaló la bolsa.

—¿Qué es eso?

—Tartas de chocolate.

—¿De qué tipo?

—Dos con caramelo y una con cerezas, sin aroma.

Sonrió aún más y asintió. Eran las respuestas que quería oír.

—Puerta izquierda. Señoras. Tercer cubículo de la derecha. Las tartas se quedan aquí. —Y no dijo nada más.

Delante del sensor de la puerta colgaba un cartel que decía «Averiado». Empujé la puerta a un lado y cuando entré, se cerró tras de mí. No estaba mal para una puerta rota, pensé. No pasó nada. Leí lo que había escrito sobre los azulejos verdes de la pared: «Paso nador, discreto y de confianza. Pregunta por Steve en el Baby Q», «¿Cariño en la vejez? Busca a Lora-Zona-C en Ultranet». Y a un lado, escrito en negro: «No soy un gran poeta, mi poesía es más escueta. El pirata».

Intenté volver a abrir la puerta para preguntarle al hombre del gorro de ducha por Arne Bergmann. De pronto, uno de los retretes se movió detrás de mí. Mejor dicho, se hundió en el suelo dejando un agujero. Quería salir de allí, pero la puerta no cedía. Llamé al hombre de la entrada a gritos.

—¡Rob! Solo tienes que bajar las escaleras —dijo alguien desde abajo.

Reconocí la voz. Me incliné sobre el oscuro agujero. La abertura tenía aproximadamente un metro de diámetro. Vi un par de escalones y comencé el descanso.

Después de diecinueve escalones, la escalera acababa en una habitación oscura y el agujero sobre mí se cerró con un zzzp. Allí era todo oscuridad y silencio.

—Justo delante de ti hay un sillón, ponte cómodo.

—Señor Bergmann, un poco de luz...

—No nos hace falta. Llámame Arne, y siéntate, por favor.

Tanteé delante de mí hasta notar un tejido blando. Me senté, pero insistí en el tema de la oscuridad.

—Señor Bergmann, sin luz...

—... se habla estupendamente. No necesitas ver para lo que vamos a hablar. Y llámame Arne, por favor.

La voz de Arne era tan aterciopelada como el sillón en el que me hundía. Tomé aire, dispuesto a seguir discutiendo sobre la luz. Hasta entonces nada había salido según mis planes, y tenía que hallar la manera de cambiar eso. Estaba más cerca que nunca de la recompensa, pero también muy lejos.

Arne Bergmann estaba frente a mí. No hacía falta más. Los quinientos mil ya eran casi míos. Pero ¿cómo iba a contactar con los escaneadores de seguridad? Tenía que salir del sótano, encontrar un móbril, avisarlos y largarme. Pero por el momento no podía ir a ningún sitio, así que me dejé llevar por la conversación. Algo podría sacar.

—¿Cómo es que no podemos vernos? —pregunté.

—Nosotros dos podemos vernos en cualquier momento. Hoy, sin embargo, no estamos solos.

Presté atención a la nada, sin resultado.

—En nuestra organización has despertado el interés de algunas personas. Cuando sepamos que podemos confiar en ti, los conocerás. El Gremio de los Libros debe ser precavido.

¿Organización? ¿Gremio de los Libros? No conocía ese grupo. A la FAM (Facción Anti Móbril) sí, esos eran los que destrozaban las tiendas de móbril. También el GRU (Grupo de Resistencia a Ultramet) montaba algún escándalo de vez en cuando, aunque supuestamente solo había tres o cuatro programadores detrás de ese grupo. Según ellos, Ultramet ejercía la censura: alguien decidía qué podíamos ver y qué no. Tonterías. Es cierto que mi incursión en la Zona C me había permitido presenciar cosas que no aparecían en Ultramet, y del Campamento Esperanza 48 tampoco había oído hablar nunca, pero también es cierto que jamás había buscado nada de eso, y seguro que tenían una mala clasificación. En cualquier caso, al lado de la Facción Anti Móbril y el GRU, el Gremio de los Libros sonaba a un simpático grupo de ancianos, así que no había motivo para que me entrara el pánico en aquel agujero.

—¿Quiénes sois? ¿Quién más hay en la habitación? ¿Cómo...? —Oí que Arne cogía aire y me callé.

—Son muchas preguntas de una vez, y hoy no voy a contestarte ninguna.

«Entonces nada», pensé. Quería mis quinientos mil después de aquella conversación. No habría más encuentros. Salvo que fuese a visitar a Arne y a su organización a la cárcel de la zona, cosa que no iba a hacer.

—¿Y por qué querías verme? —pregunté.

—La pregunta es: por qué has venido. Estás arriesgando mucho.

—¿Que por qué...? Pues porque... —No acabé la frase, no se me ocurría ninguna mentira verosímil, y tenía la desagradable sensación de que Arne conocía la auténtica respuesta.

—Trabajas como agente de libros —dijo—. Buscas a lectores, les compras sus libros, los escaneas y se los entregas a Nomos. ¿Sabes qué hacían los agentes antes?

No me gustaban nada todas esas preguntas, no me gustaba nada de lo que había pasado desde lo del Café Sunshine.

—No sé adónde quieres ir a parar —dije.

Arne no reaccionó a mi protesta. En su lugar oí una voz de mujer mayor:

—Yo trabajaba con varios escritores. Ellos me presentaban proyectos de libros y yo buscaba una editorial para ellos, lo que no era nada fácil. Y cuando...

«Bla, bla, bla», pensé. No paraba de hablar. Parecía algo inherente a los ancianos del Gremio de los Libros.

—... el libro impreso, todos éramos felices. El autor, la editorial y yo, la agente literaria.

Por primera vez me alegré de que la sala estuviera totalmente a oscuras. No quería que me vieran ahí sentado en el sillón, sin tener ni idea de nada. La anciana me estaba enseñando también algo de historia de los libros. Un momento, puede que fuera propaganda. ¡Mensajes publicitarios del Gremio de los Libros para los nuevos miembros! Seguro que se trataba de eso. Querían programarme, lavarme el cerebro, querían que me tragara su palabrería sobre autores y editoriales. Pero ¡no podrían conmigo, Rob, el agente de Scan, S. A., el auténtico agente de libros! Por fin me vinieron a la cabeza las palabras adecuadas, sacadas de un seminario de Nomos (cuyo título era «La gran epopeya del libro y otras mentiras»).

—¡Genial! —dije, inclinándome hacia delante—. Así que los lectores estaban contentos por los libros por los que habían pagado tanto. Un poco injusto, sin embargo. ¿Por qué no iba a poder leer cualquiera esos libros? ¡En cualquier momento! ¡Gratis! También los que no tienen dinero. ¿Acaso solo los ricos pueden leer? —Aún me faltaba el colofón—: ¡Las editoriales son saber antiguo! ¡Ultranet es el futuro!

Debería haber sonado seguro, pero mi voz se quebró un poco. No solía hablar tanto, no era un charlatán como los del Gremio de los Libros; me faltaba práctica. El sudor me perlaba la frente. Me lo quité con la mano y me sequé esta en el reposabrazos del sillón, aprovechando la oscuridad.

Me vino a la cabeza una de las últimas acciones de la FAM. Los enemigos de Ultranet también se dedicaban a luchar contra el nador. En una ocasión modificaron el anuncio «El nador sacia y da alegría», Jojo me mandó la nueva versión al móvil. Las imágenes eran las mismas, solo cambiaba el eslogan: «El nador mata su apetito por la vida».

Miraba a la oscuridad, con la mano justo delante de los ojos, y no veía nada. Nadie en la habitación decía nada, estaban esperando a que yo me pronunciara. No

solo sabían hablar como nadie, también sabían callar como nadie. Por mí, podían estar callados como nadie el tiempo que quisieran; yo ya había dado por terminado el interrogatorio. Tenía que salir de allí, y rápido.

Me paré a pensar cómo podía terminar con aquel encuentro. Entonces, la mujer mayor volvió a llenar la habitación con su voz:

—¿Sabe usted...?, antes los agentes creábamos libros. Jojo y usted, en cambio, los destruyen.

Quería un descanso, no tenía ganas de discutir. Quería mis quinientos mil y marcharme a casa. El rollo de la destrucción ya me parecía demasiado.

—¡No debe tener miedo de la Revolución digital! ¡Se trata de calidad y eficacia! —dije hacia donde suponía que estaba la anciana.

Otra voz intervino. Masculina, pero no la de Arne, esta era más vieja:

—¿Y de qué he de vivir yo?

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Me alegro de que haya lectores que lean mis libros en cualquier momento y lugar, pero ¿de qué voy a vivir yo si el libro es gratis?

Así que también había un escritor en aquella mazmorra. Otro charlatán. Me lo tomé con calma.

—Yo tenía que investigar para mis libros, viajar —dijo.

—¡Todo se puede encontrar en Ultramet! Así se ahorra tiempo y dinero —respondí.

—¿Sabes que algunos colegas se han quitado la vida de pura desesperación?

—¿Porque Ultramet lo ha ayudado a usted a escribir? ¡Lo que dice no tiene sentido!

—¿Solo tiene sentido lo que se encuentra en Ultramet? —preguntó el hombre.

Me juré no volver a reunirme con Arne Bergmann ni con nadie del Gremio de los Libros. Tenía que encontrar el interruptor de la luz y escapar de aquel lavado de cerebro. Y de todas aquellas preguntas. Jojo y yo nos decíamos frases tontas, ya está. La mayoría de las preguntas podían responderse con un «Noo, Jojo» o un «Claro, Jojo». Nunca hablábamos de verdad. Menos palabrería, menos problemas. En aquel sótano oscuro de la Zona C, enfrente del Baby Q, era todo lo contrario. Mucha palabrería, muchos problemas.

El escritorzuelo no había acabado conmigo aún:

—Has hablado de los lectores de todo el mundo. Siempre me gustó que se tradujeran mis libros, pero traducir es un arte.

—¡Se tardan dos segundos, y Ultramet ha traducido una trilogía entera! —dije.

—De manera automática. Sin arte. Sin un traductor humano, desde el punto de vista lingüístico...

—Está divagando. No es más que un monólogo —estallé.

—... desde el punto de vista lingüístico, con todo respeto, es una desfachatez —continuó, imperturbable.



El viejo sonaba como un actor del canal clásico. «Con todo respeto», ¿quién decía algo así ya?

—Si el libro es gratis, no se pueden pagar las traducciones. Por eso, a causa de Scan, S. A., los autores fueron los primeros en entrar en bancarrota, y luego los traductores.

¿Ahora debía compadecerme de estos dinosaurios? Su especie se había extinguido. Selección natural. Volví a recurrir a las frases de los seminarios de Nomos.

—¡Scan, S. A. se preocupa de que se conozcan los nombres de los autores! Ultranet está creando un archivo extraordinario de la literatura universal.

—¡Es un cementerio, un cementerio que nadie visita! —respondió el dinosaurio escritor.

El lavado de cerebro me estaba empezando a afectar. Ya no sabía qué era lo que debía creer. Necesitaba tiempo y tranquilidad, mi cama y mi móvil. Sobre todo mi móvil. Quería hablar con Jojo. ¿Qué habría dicho él? ¿Me habría buscado argumentos en Ultranet? Seguramente él habría ofrecido más resistencia a la organización de Arne Bergmann, lo habría hecho mejor que yo. Yo debía de estar quedando en ridículo.

—Móvil y Ultranet, ¿eres capaz de imaginarte una vida sin eso?

Un momento, esa voz me sonaba. ¿De una película de móvil o de una animación? ¿Por qué una profesional del cine trabajaba con el Gremio de los Libros?

—Antes se usaba la tecnología para organizar protestas —dijo la mujer. Yo intentaba recordar sus películas—. Antes se convocaban manifestaciones, pero un día todo pasó a ser de una sola empresa, ¡y las empresas quieren ganar dinero! ¡No derrocar gobiernos!

Una vieja actriz, eso estaba claro.

—El gobierno decía «¡Apagar!», y la empresa desactivaba las conexiones de móvil y lo censuraba todo hasta que la protesta acababa.

¿Hacía de buena o de mala en sus películas? ¿Heroína o perdedora? Había oído antes esa voz, me habría gustado preguntarle dónde, pero no me permitía intervenir.

—Sin tecnología no hay posibilidad alguna. Ni siquiera sabéis dónde viven los demás, solo conocéis sus perfiles de Ultranet. ¿Cuántas protestas habría sin Ultranet, sin toda esa maquinaria de distracción?

Arne carraspeó y puso fin a la disertación, y me proporcionó algunos consejos sesudos:

—Cuando nos encontremos, no busques el camino por Ultranet.

—No vamos a encontrarnos más —dije, muy bajo y solo para mí.

—Pregunta a gente que no lleve móvil. Nomos y los escaneadores de seguridad nos pisan los talones.

Se quedó callado un momento. ¿Sospechaba algo? ¿Sabía lo de la recompensa?

—Pueden ver todo lo que veas con el móvil, da igual si lo cierras o no. Vigilan

todo lo que haces en Ultranet, por eso tu camino hasta aquí ha sido largo y complicado.

Pensé en la pérdida de mi querido móvil, en las tartas de chocolate sin aroma, en la carrera de taxi más cara de mi vida y meneé la cabeza, enfadado. De todos modos, nadie podía seguirme en aquel instante.

—Según tú, ¿por qué cree Nomos que nos hemos visto? —pregunté.

—Según Nomos, soy peligroso, ¿puedo decirlo así? —preguntó Arne a su vez.

—Estás bastante arriba en una de las listas, por lo menos.

—¿Contactó Nomos contigo después de encontrarnos ayer en el metrodeslizador? Después de que Jojo hablara con él, ¿te hizo ir a la central?

No me había parado a reflexionar sobre eso.

—Nomos quiere que nos encontremos. Quiere que tú los conduzcas a nosotros, a nuestros escondites. No solo a estas guaridas, él quiere llegar al corazón del Gremio de los Libros. —Arne esperó. La siguiente frase fue como un golpe—. ¿O has venido aquí para quedarte tu solo con la recompensa?

La camisa se me pegó al sillón. No pasó nada, nadie dijo nada, hasta que Arne rompió el silencio.

—Piensa en ello. Nada de móvil, nada de Ultranet; usa los circuitos de tu cerebro, al menos cuando nos encontremos.

Aquello era demasiado. No podía más. Era como un colegial esperando la señal del recreo.

—¿Te acuerdas de lo que decía la voz en el mensaje de móvil que te enviamos? —preguntó Arne.

—No —mentí.

Y pensé en las dos letras sobre la pluma blanca al final del siniestro vídeo. La G y la L eran de «Gremio de los Libros», pues. Arne recordó el lema del vídeo frente a todos los reunidos en el sótano.

—«Quien escanea libros, borra tu pasado y tu futuro». —Hizo una pausa—. Piensa en ello. Volveremos a vernos, y la próxima vez deberás decirme si te has decidido por nosotros. Este encuentro ha terminado.

Oí sillas arrastrarse, susurros de al menos una docena de voces. ¿Había tantos en la sala? Una puerta se abrió a mi izquierda. Sentí una ráfaga de aire frío y alguien me pasó una mano por la calva, seguramente Arne.

Me entregaron un objeto conocido.

—¡No vuelvas a encenderlo hasta que no estés en casa! —Era la actriz. Aún no podía ubicarla.

Oí pasos, una puerta que se cerraba, y luego silencio. ¿Estaba vacía la sala?

El techo se abrió sobre mí, entró luz y vi los escalones. Me puse la mano delante de la cara y subí aturdido.

## El escaneo

«Móbril. Llamada. Escaneadores de seguridad».

No dije eso. No contacté con ellos, no pude. No por Arne, no por el escritor, ni por la agente literaria, sino por la voz de la anciana.

Apenas había dejado el sótano frente al Baby Q cuando, por fin, conseguí ubicarla. La mujer que me había hablado en aquel agujero oscuro, la que me había dado el móbril, no la conocía de películas de móbril o de vídeos, sino de la época de la universidad. Era mi vieja maestra, la profesora que había desaparecido sin dejar rastro.

Eso lo complicaba todo. Mucho. No tenía ni idea de cómo o por qué era miembro de esa organización, pero no quería verla entre rejas. No diría nada de aquel encuentro, nunca. Y solo por ella. Por mucho que me costara los quinientos mil.

«287 solicitudes de contacto perdidas», anunció el móbril cuando llegué a casa a mediodía y lo encendí por fin. De ellas, doscientas cincuenta y dos eran de mi lista de amigos (solo reenvíos de escenas personales de móbril a «todos los amigos»), otras cinco de Jojo, y el servicio de móbril había intentado localizarme treinta veces. No había pensado en eso, ¡el servicio de móbril y el contrato de publicidad! Solo tenía una alternativa: hacer trampas.

«Móbril. Llamada. Servicio móbril».

«¿Cómo se llama el mejor vídeo de acción de todos los tiempos?», me preguntó una voz ronca.

Había miles, y de cualquier manera la voz solo quería oír el título del que había salido por la mañana en los anuncios. Ni idea.

«Siguiente», dije.

«¿En qué club del Barrio Doce puedes pasarte tres días y tres noches de fiesta?».

«Baby Q», respondí. Estaba en la Zona C, pero a lo mejor tenía suerte por una vez y resultaba que había varios.

«¿Dónde encontrar a una compañera que realmente encaje contigo?».

Aquella pregunta me enfadaba. No debería haber puesto en mi perfil que era soltero. Para mi sorpresa, desde entonces muchas mujeres atractivas de mi edad y con mis mismos intereses querían conocerme. A veces contestaba a esos anuncios tan caros y siempre me derivaban a agencias aún más caras. De ahí ya no pasaba.

«Superpareja Ya», probé suerte.

La voz del móbril me reprendió: el vídeo se llamaba *La momia 28*; el Baby Q no existía «en toda la ciudad»; la respuesta correcta era Bergscheim. Solo había acertado con Superpareja Ya.

Me disculpé con el servicio y recibí una amonestación. Tres amonestaciones suponían la expulsión del programa de publicidad y pagar la cuota de móbril

completa. Prometí al locutor digital que mejoraría. Problema resuelto. De momento.

Con Jojo fue más difícil. Tuve que escuchar sus reproches, que no se podía contar conmigo, lo preocupado que había estado por mí. «¿Cómo puedes estar ilocalizable durante medio día?».

Lo invité a comer a su restaurante favorito (Morena, en el Barrio Tres, cocina española de aroma). Por fin se calmó y, con agua teñida de rojo en copa de vino y sucedáneo de tapas, hizo lo que hacía siempre en los últimos tiempos: babear por Melli.

—Hoy en el parque me ha dicho que nunca había estado así de pillada por nadie.

—Jojo, no estaba contigo en el parque. Te miraba desde una ciudad lejana.

No soportaba sus rollos rosas. Mientras mis únicas amistades fueran los perfiles de Superpareja Ya, no quería saber nada de aquello. Quería hablar de otra cosa, y en aquel momento solo podía pensar en un tema.

—¿Sabes qué hacían los agentes de libros antes? —pregunté.

—Melli quiere presentarme a sus padres mañana. Vamos a hacer una conferencia por móbril para la cena.

—Los agentes asesoraban a los escritores, les buscaban editorial, o algo así.

—Es un asunto importante, conocer a sus padres. Ya sabes lo estrictos que son.

—Y luego las editoriales imprimían los libros.

—Aunque hayamos conseguido una A+ en el examen financiero...

—Y había traductores de verdad. O sea, que lo hacían mejor que la traducción automática.

—... ¡y la prueba de compatibilidad genética! ¡Solo nos desviamos un cero con tres por ciento del valor normal!

—Había protestas en sitios reales.

—Mis padres ya conocen a Melli, ¿deberían conectarse mañana de todos modos?

—Ahora todos están arruinados o muertos. La gente de los libros, digo.

—Da igual lo que pase mañana. Estoy quedadísimo por Melli.

Pagué.

Fuimos del Morena directamente al parque que había al lado. Enseñamos a la policía nuestra identificación de Scan, S. A. y pusimos el dedo sobre el torniquete. Ultranet patrocinaba los parques, por eso los trabajadores teníamos acceso libre, pero solo para trabajar. Los adultos podían ir al parque un día al mes, los niños medio. «Prefiero ver esa cosa verde por el móbril», se burlaba mi padre. Por la noche, mi madre proyectaba las imágenes en directo del parque en su dormitorio y el proyector emitía una suave brisa con olor a pino.

A pesar de que el acceso era muy restringido, el parque estaba absolutamente a rebosar, día y noche, sin importar en cuál de las salas temáticas hiciéramos nuestro trabajo. Para ir de una punta a otra necesitábamos al menos una hora por región.

—A mí me va el sol y la arena. Hasta ahora hemos encontrado a la mayoría de los lectores bajo sombrillas —dijo Jojo.

—No, hace mucho calor para mí. Vamos al bosque ambulante.

—He estado allí con Melli dos horas hoy.

—Melli no estaba allí, solo te estaba mirando. Métetelo en la cabeza de una vez.

—Sin reacción—. Vamos al lago, ¿vale?

Jojo asintió.

Fuimos con el parque deslizador hasta la sala temática. «Hoy, de 18 a 24 h: pesca de truchas», brillaba en la entrada.

—Ah, mira, aquí está pasando algo —se alegró Jojo.

Anduvimos por la orilla en busca de lectores. El sol crepuscular era lo que parecía: una proyección. En superficies tan grandes, ni siquiera el proyector extra resultaba convincente, pero no nos molestaba; mientras hubiera luz en la sala, se podía leer.

—En la Zona C no hay parques —pensé en voz alta.

—¿Cómo sabes eso?

No dije nada.

A Jojo no lo molestó, él continuó por mí:

—En la Zona C no hay Ultranet siquiera. Imagínatelo, ahí estás totalmente aislado del mundo exterior.

—¿Y eso? —pregunté.

—¡Lo he visto en Ultranet! Arrancan los cables de las paredes, los funden y venden el metal. A veces, de noche, se caen las líneas de un barrio entero.

—Pero los viejos llevan móbril —repliqué.

—Aun así, en algunos barrios no sirven de nada, solo para enviar y recibir a unos cuantos cientos de metros.

La vida en la Zona C me parecía cada vez más desoladora: sin parques, sin cobertura de móbril, solo nador hasta caer muerto.

Jojo se plantó ante mí y se cruzó de brazos.

—Has estado en la Zona C y has visto a Arne Bergmann, ¿verdad?

Di un paso a la izquierda y lo dejé atrás, porque localicé en un banco lo que llevábamos días esperando. Un lector.

—¿Cuánto quiere por ese fajo de papeles? —le pregunté al anciano con chaleco gris.

El hombre, que hojeaba el librito, lo cerró asustado. Buena señal, tenía nervios débiles. Me senté junto a él y sus aparejos de pesca. La caña estaba sujeta por un soporte que el hombre había anclado al banco.

Entonces Jojo apareció ante nosotros:

—Digamos que le doy uno de diez.

El pescador sonrió, perplejo.

—El libro no está en venta. Es una herencia.

Lo último me lo creía, lo primero no. Hasta Arne, habíamos convencido a todos.

Puesto que Jojo veía más a Nomos, era él quien llevaba constantemente el

efectivo encima. Me alegraba no tener que estar siempre pendiente de todos aquellos billetes. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta de Jojo, extraje los veinte de cien y los extendí sobre el cebo (gusanos y saltamontes de plástico).

—Esto es por esos papeles —dije—. Por los siguientes legajos recibirá dos mil quinientos. Por el nombre de cada lector que conozca y nos diga, otros mil.

Saqué el cronómetro del bolsillo del pantalón, lo puse encima de la caja de pesca y dije «Inicio». Los números se proyectaban a un par de metros de nosotros, en la superficie del lago.

—Es nuestra última oferta, y solo es válida durante los dos próximos minutos —dijo Jojo, inclinándose sobre el pescador.

Por un momento no estaba seguro de si nuestra oferta sería suficiente. El lector podía permitirse una cara autorización para pescar, aunque las truchas fueran de plástico, teledirigidas y hubiera que devolverlas a la salida. Pero tras quince segundos, mis dudas se disiparon; el pescador recogió los billetes sin decir palabra y me entregó el libro.

—Con su ayuda, el archivo de Ultranet será aún más extenso. Muchas gracias —dije.

—¿Tiene otros libros en casa? —preguntó Jojo—. ¿Conoce a otros lectores que quiera nombrarnos?

El pescador activó su móvil. «Móvil. Lista de contactos. Marco». Antes de que pudiera darnos su nombre y su dirección, Jojo ya había sacado otros diez de cien para él.

Fuimos a celebrar el tan esperado éxito a la taberna temática El Pesquero, a un par de metros de la orilla. Conseguimos dos sitios en la barra. Sobre nosotros colgaba un tiburón que cambiaba de color en cuestión de minutos. El proyector mostraba un arrecife de coral con peces lila. Habíamos ganado trescientos, ciento cincuenta para cada uno. Una recompensa exigua, lo sé, pero menos era nada.

Lo único que queríamos permitirnos era la sopa de pescado sin pescado, sobre la que la carta prometía «un inconfundible sabor a salmón». Jojo y yo queríamos ahorrar, no sabíamos cuánto duraría aquella racha de tan pocos lectores.

Pensé en los productos frescos que podría haberme comprado con el dinero de la recompensa (¡quinientos mil!). Brindé con Jojo con el plato de sopa y eché un trozo de sucedáneo de pan en el agua caliente.

—¿Estuviste en la Zona C con el viejo o no? —preguntó Jojo con la boca llena.

—¿A qué viene esa chorrada? —dije, exageradamente alto.

—Has dicho muchas cosas raras de la Zona C hoy, así que puedo preguntarte.

—Sería mi fin como agente, Nomos me echaría y tendría que dar clases por móvil a niños de la Zona B por un sueldo de miseria.

No había casi ningún trabajo peor pagado para universitarios. Una compañera de clase tenía dos trabajos de profesora solo para poder hacer frente al alquiler en la Zona A.

—Está bien —dijo Jojo—, solo me preocupo por ti, ¿vale?

Así que Jojo se preocupaba por mí. Si supiera con quién había pasado la mañana; no solo con Arne Bergmann, sino con una vieja agente literaria, un escritor sin éxito, mi desaparecida profesora favorita y ¿quién sabe quién más había estado en aquel agujero oscuro?

Cuando descubrí al pescador lector en el lago, me sentí incómodo por un momento. ¿Pertenería al Gremio de los Libros? ¿Habían querido ponerme a prueba con aquel lector? Bueno, y qué, intentaba convencerme mientras me tomaba la sopa. ¿Qué más daba? Ya me había decidido, contra Arne y su Gremio de los Libros. Pero no los delataría, por mi profesora. Aquello debía parar.

Aún no entendía qué querían de mí, ni siquiera qué tramaban. Si Scan, S. A. dejaba de escanear, ¿qué pasaría entonces? ¿Qué pasaría si los libros ya no estuvieran en Ultramet para todos, gratis? Baste recordar que muy pocos podían permitirse comprar ediciones en papel.

Tenía que pensar solo en mí. Las facturas de móvil, las cuotas del proyector, los servicios extra de Ultramet, los costes de Tecmix... Si me quedaba algo, era para aquella sopa de pescado.

Todo lo textual me resultaba aburridísimo. Nunca me había parado a ojear los libros que había en Ultramet. Si tenía que elegir entre una apasionante proyección y una ensalada de letras en blanco y negro, bueno, la decisión estaba clara.

—¿Cómo se llama?

La pregunta de Jojo me dejó dos cosas claras. La primera, que llevábamos un rato callados en la barra, bajo el tiburón luminoso. La segunda, que me había enfrascado en un monólogo, un monólogo mental. El Gremio de los Libros era contagioso.

—¿Estás loco? ¿De quién hablas? —repliqué.

—Soy tu mejor amigo. Te conozco. Si no has estado con el viejales del metrodeslizador, solo hay una explicación para un comportamiento tan textual.

—¿Y esa explicación es? —pregunté.

—Que estás enamorado.

Yo enamorado. Lo que me faltaba... Pero Jojo me dio una idea. Me estaba enredando más y más, pero ¿qué otra opción tenía? De todos modos, ya estaba demasiado implicado.

—¡Olvídalo! —dije.

Tenía que desviarlo de la verdad, de lo que pasaba en realidad.

—Te invito a otra sopa de pescado —dijo Jojo.

Parecía que había picado el anzuelo.

—Y te copiaré los datos de veinte amigos *premium*, ¡todo!

Eso no me interesaba en absoluto, pero ya había conseguido lo que quería. Casi.

—¡Pongamos doscientos! —dejé caer.

—¡Increíble...! Pero vale, hecho. Eres el primero que lo sabe —dije al fin.

—¡O sea, que sí! —gritó Jojo.

—¡Chist!

—¿A qué se dedica ella? —susurró Jojo.

—Trabaja de cuidadora.

—¿Dónde?

Tenía que inventarme algo rápido.

—En una residencia de ancianos en la Zona C. Y no voy a decir más, aún está todo muy reciente.

—Lo sabía. Visitaste la Zona C, pero ¡por una buena razón!

Jojo estaba tan alegre como un niño antes de unas vacaciones inminentes del colegio.

Me dio una palmada en la espalda que hizo volar la cuchara de mi mano, la sopa me salpicó toda la camisa. Desde entonces iba a mentirle. Tuve mala conciencia, pero fingí y lo distraje con su tema favorito.

—¿Qué hay de los padres de Melli y la conferencia por móvil? ¿Qué has planeado?

—¡Velas-e por todo el salón! —dijo Jojo, entusiasmado.

—¿Y para comer?

—Se encarga el servicio de aroma a domicilio.

—¿Cámaras para la conferencia?

—Las cuatro, la recepción pública desactivada.

—¡Nunca has hecho algo así!

—Y Melli y sus padres pueden hacer *zoom* y lo quieran. Pueden conocerme desde todos los ángulos.

Caminábamos por el lago hacia la salida de la sala. El tiburón brillaba a través de los ojos de buey; la luna llena se reflejaba sobre el agua oscura. Así parecía mucho más realista que durante la puesta de sol. Desde los conductos nos llegaba un viento fresco. Nos apresuramos y tropezamos con una pareja que se había acomodado a la orilla del lago bajo una manta.

Encontramos un compartimento vacío en el metrodeslizador, saqué el librito del pescador. *El viejo y el mar*, Hemingway; lo habíamos escaneado docenas de veces ya. Daba igual. «¡Escanead todo!», decía Nomos. Y lo escaneábamos.

«Móvil. Escaneo. Inicio». Apuntaba la cámara hacia cada página durante un segundo, desde la primera a la última. Luego dictaba un pequeño informe: «Móvil. Apunte. El libro tiene subrayados en las páginas nueve y cincuenta y ocho. Ninguna particularidad más».

Un compañero de Scan, S. A. procesaba nuestros apuntes antes de subir el libro a Ultrahet con nuestras anotaciones. Según el seminario inicial de Scan, S. A. («Conocimientos básicos para agentes de libros»), había una razón importante para darse prisa: «El libro debe estar disponible en Ultrahet tan pronto como sea posible. Así crece el archivo universal a diario».

Debíamos entregar los libros cuanto antes en la oficina de Nomos. Ni idea de por



qué, pero teníamos que ir en cualquier caso. Jojo y yo necesitábamos más dinero en efectivo para la siguiente búsqueda de lectores, y Ultramet parecía contar con todo el efectivo del mundo. Los agentes teníamos una broma sobre eso: «¿Qué hace Scan, S. A. con los libros? Los transforma en dinero falso».

Me pregunté durante mucho tiempo qué hacía la empresa en realidad con todo ese papel. Nomos me dio una respuesta en uno de los seminarios avanzados («Entresijos y saber antiguo de Scan, S. A.»): «La empresa empezó regalando los libros a las escuelas de la administración zonal, todavía en los tiempos del papel, antes de las lecciones de móbriil». «¿Y ahora?», intervino uno que preguntaba mucho y vivía en la Zona C. «Se quema», había respondido Nomos.

Jojo y yo no nos acordábamos de los tiempos del papel, éramos muy pequeños. En el colegio aprendimos con el vocabulario del móbriil, dictábamos nuestras redacciones y las fórmulas matemáticas. Todos los niños en edad escolar necesitaban unas de esas gafas para su escolarización.

«Así se acordó entre Ultramet y la administración zonal», explicaba Nomos en el seminario, frotándose las manos, mientras yo pensaba en cuánto dinero habría ganado la empresa. «¡Bien hecho!», pensé entonces. Las empresas deben ganar dinero, para eso existen. Saqué la misma conclusión en el curso de tecnología sin móbriil, con un teclado de ordenador delante de las narices, que debíamos usar una hora a la semana. ¡El teclado! «Una técnica antigua», nos explicaba el profesor. Si la dirección de Ultramet no hubiera tenido buenas ideas constantemente, no habrían podido dar trabajo a tanta gente, y yo sería desde hace tiempo uno de la Zona C como el tipo que preguntaba demasiado. Así que nosotros también nos aprovechábamos de cada desarrollo genial de nuestra empresa.

Hemingway ya estaba escaneado. Miré el libro, satisfecho, y se lo pasé a Jojo.

—¿Vas a llevárselo a Nomos tan tarde?

—Sí.

La oficina le pillaba de camino. A mí la alegría me duró hasta el apretón de manos a la puerta del metrodeslizador.

—Bueno, mañana temprano nos vemos —dijo Jojo.

—¿Y eso? No empezamos la nueva búsqueda hasta las doce.

—Mañana hay reunión de grupo, ¿ya lo habías olvidado?

El recordatorio de Jojo fue como una bofetada. Claro. Mañana. Reunión de grupo. Como todos los meses. Justo lo que me faltaba. Me bajé con el estómago revuelto, como siempre después del metrodeslizador, pero esta vez no solo por todas esas curvas.

A Jojo le quedaban aún tres paradas. Encendí mi móbriil con la intención de buscar una excusa en mi calendario, pero no llegué tan lejos. Las gafas brillaron azules: eran las ocho de la tarde. Estaba bloqueado. Segunda amonestación. Aún tenía que ver el montón de anuncios atrasados de la tarde. Me apoyé contra un cubo de basura al lado de la estación.

Mi perfil de Ultramet tenía más detalles, gracias al torniquete en el parque y el receptor de pagos de El Pesquero. Estaba ansioso por ver qué publicidad generaría Ultramet para mí.

«¿Le gustan el agua y las aventuras? “Water Man 17”, ahora disponible en Ultramet para su proyector». Dos segundos de oscuridad. «¿Luna llena en el lago? ¡Eres un romántico! Lucy tiene tu edad y vive en tu barrio. Quiere conocerte. Di sí y conócela hoy mismo. Di no si quieres pensártelo y que contactemos contigo otra vez mañana».

## Los radicales

Iba de camino a la reunión de grupo y lograba sacarme a Nomos de la cabeza. Ya lo veía frente a mí, con el traje gris, la camisa azul, la corbata roja, los zapatos negros de cuero. Eso era lo que llevaba siempre. Y no se quitaba el móbril jamás. Reunión mensual tras reunión mensual.

Lo del móbril era lo más extraño de todo. Los agentes no podíamos mostrarlo mientras buscábamos libros. Boicoteábamos a nuestra propia empresa. «Algunos lectores odian los móbriles», decía Nomos. «Con ese aparato en la cabeza nadie sacará su libro delante de vosotros. ¡Lo que cuenta es convencer!».

Por supuesto, aquello era una simplificación total, un cuento en blanco y negro. No existía *el* lector por un lado y *el* usuario de móbril por otro. Eso era lo que intuíamos todos en aquellos seminarios, pero quién iba a llevarle la contraria a Nomos.

Esa mañana me había puesto unos vaqueros azules y una camisa negra con una mancha gris en el lado izquierdo de la pechera (de la sopa sin pescado del día anterior), de la que no me había dado cuenta hasta ese momento. No la había descubierto en casa porque el espejo de mi baño tenía un defecto. «Por favor, contactar con Tecmix» parpadeaba siempre. Por eso mi reflejo se veía deformado; parecía el enemigo final de Water Man 17.

Quedaban dos estaciones para la oficina de Nomos. No había encontrado ninguna cita importante en mi móbril. ¿Qué cita, además? Pensé en llamar para decir que estaba enfermo; continuamente había algún virus circulando, peligroso y contagioso. Solo tendría que haber buscado un poco en Ultranet. Pero Nomos habría sospechado, seguro. De modo que no había alternativa, debía asistir a la reunión mensual con los otros veinte agentes de nuestro grupo. A ver al loco de Jojo y, lo que era peor, a Nomos. Me entretuve contando casas. Pasaban a toda velocidad por la ventana del metrodeslizador, como cohetes.

Si Arne Bergmann estaba en lo cierto, Nomos ya estaría enterado y yo no era más que un gusano de plástico en un anzuelo. Arne y su gremio picarían y Nomos nos sacaría uno por uno del agua y acabaría con nosotros. ¿O era Arne el pescador y Nomos el pez? Daba igual cómo fuera, para mí no cambiaba nada. Seguía siendo el gusano. Dejé de contar al llegar a cuatrocientos treinta y dos.

«Móbril. Llamada. Jojo».

Jojo contestó a los dos segundos. Vi la antesala del despacho de Nomos y a una docena de agentes con sus móbriles en la cabeza.

—¡Eh, Rob! Nomos está de camino aún. En quince minutos empezamos.

—Oye, escucha, creo que no deberíamos continuar con el asunto de Arne Bergmann.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jojo.

—Bueno, no... O sea, quizá...

—Aclárate —me ordenó Jojo.

—A lo mejor no deberíamos decir que Bergmann solo me habló a mí y te ignoró.

—¿Aún estás cagado? Déjame aclararte...

La conexión con Jojo se cortó. La imagen y el sonido desaparecieron y todo se quedó a oscuras. El metrodeslizador frenó de golpe, lo que no era nada nuevo, pero normalmente se paraba al aire libre. Debíamos de habernos quedado atascados en un túnel bajo los bloques, en el Barrio Cinco, a unos cientos de metros de la estación.

Desde otros compartimentos y del pasillo llegaban gritos. Alguien que iba corriendo por el pasillo aterrizó en el suelo. Una lámpara roja brillaba débilmente sobre el marco de la ventana. Era la primera vez que veía la luz de emergencia. *Zzzp*.

«Estamos sufriendo un problema técnico. Por favor, conserven la calma», informó una voz de hombre muy amable. Mirar a través del móbril lo hacía todo más oscuro, así que me lo quité y vi a la mujer que estaba sentada frente a mí. No era mucho mayor que yo; evidentemente había prescindido del móbril antes que yo. Sonreía como si aquella catástrofe fuera algo que le ocurriera todos los días. Se había depilado las cejas hasta que no había dejado más que dos líneas finísimas, como hacíamos todos. En combinación con la calva, le quedaba muy bien. Estábamos los dos solos en el compartimento.

—Mmm, parece que se ha caído todo —dije señalando mi móbril y la luz de emergencia.

No se me ocurrió nada más que comentar. Como de costumbre, fallé en el momento decisivo. Me acordé del anuncio de contactos de la noche anterior, con Lucy y el lago y la luna llena. Solo era un anuncio, pero tenía una ventaja: podía decir no y el anuncio me esperaba hasta el día siguiente.

Era demasiado tímido. Mi incursión en la Zona C para ver a Arne y a su gremio era lo más valiente que había hecho nunca, pero aquello tampoco me servía de nada en ese momento. En aquel caso se trataba de quinientos mil; en este, de sentimientos. Y de eso no tenía ni la más mínima idea.

Ni siquiera podía esconderme tras el móbril. Habría quedado ridículo con semejante apagón. No podía hablar con Jojo, no podía ver vídeos, ni jugar, ni Ultramet, ni nada.

—Es raro, sin móbril —dijo ella.

No pude más que mirar amistosamente y asentir como un idiota. Y, como siempre en aquellas situaciones, me acordé de mi decimosexto cumpleaños. Había ido al parque (el tema era hielo y nieve) con Jojo. Por aquel entonces se podía entrar gratis y llevar a cinco amigos reales el día que cumplías años. Yo solo tenía uno.

Montamos en trineo y esquiamos. Estuve todo el rato pegado a una chica que me había sonreído en la entrada. Jojo y yo no nos separamos de ella hasta que el parque cerró. Sin hablar, sin valor para hacer nada. Y el cumpleaños acabó sin chica.

Aquella noche entré en mi cuarto muy frustrado. Mis padres acababan de comprar aquella casa. Tecmix me localizó el móvil en la habitación. Tecmix también pertenecía a Ultratnet. Era la empresa que había equipado toda la casa, desde el aromatizador hasta el proyector. Teníamos un contrato de publicidad como el que yo tenía con mi móvil. Cada día, Tecmix generaba un anuncio para cada miembro de la familia: «El maquillaje adecuado para mantenerse joven» para mi padre; «Emocionantes paquetes de acciones para pequeños inversores» para mi madre, y «¡Sal de casa con el patinete-e!» para mí.

Una vez a la semana teníamos que ver juntos una proyección publicitaria de quince minutos. Siempre era un programa de cocina para toda la familia. El tipo del cucharón verde brillante se llamaba Maestro Flo Bo. El maestro cocinaba unos platos realmente sabrosos con ingredientes de verdad. En el salón olía a buey asado con salsa, a pizza vegetal, a crema de vainilla con sirope de fresa. «Su comida también puede saber así», afirmaba el Maestro Flo Bo, y nos presentaba personalmente una oferta para las tabletas especiales de aroma. «Solo tiene que introducirla en el aromatizador, esperar veinte segundos... —El Maestro hacía una pausa dramática—: ¡Y DISFRUTAR!».

El Maestro no apareció en aquella noche de mis dieciséis. Tras la fiesta de nieve con Jojo en el parque, el proyector había planeado otra cosa para mí: proyectó una mujer desnuda junto a mi cama. Se parecía a la chica que había estado mirando todo el día. El proyector llenó la habitación de un perfume dulce.

«Feliz cumpleaños, Rob», dijo la mujer. «Ahora con tu móvil todo es posible. Después de un día en la nieve te vendrá bien algo de calor. ¿Quieres eso, Rob? ¡Enciende el móvil y di “sí”!».

Yo ya estaba prevenido. Jojo era tres meses mayor que yo y había recibido una invitación parecida en su cumpleaños. Además, ya habíamos visto infinidad de escenas sexuales en Ultratnet. Y sabíamos que ese tipo de servicios de móvil costaban un pastón. Todo eso lo sabía perfectamente. Pero aquella impresionante mujer estaba allí, en mi cuarto, me llamaba por mi nombre, me felicitaba por mi cumpleaños, sabía cómo había pasado el día. Y yo tenía dieciséis años. Y nada de experiencia. Encendí el móvil y susurré «Sí».

—Eres tímido, ¿puede ser? —me dijo la mujer del metrodeslizador.

Las imágenes del cumpleaños se desvanecieron y volví al compartimento con la luz roja. Apagón. Miré a la mujer.

—La verdad es que sí.

—Es bueno saberlo. Entonces empiezo yo.

La mujer se llamaba Fanni. Era un año mayor que yo, tenía una factura de móvil de tres cifras, le encantaba el parque (la sala de la estepa y el desierto). Calzaba un 38 y acertó mi talla a la primera. Oía todo tipo de música y para dormir se ponía documentales de naturaleza en el proyector. Sí había probado el nadador («Una pérdida

total de control») y no, no tenía novio.

—El último me dejó cuando le conté que iba a ser padre —explicó.

—¿Tienes hijos?

—Un hijo, de dos años.

—¿Le va bien?

—Haces las preguntas correctas —dijo, y me sonrió.

—¿Y cuáles serían las incorrectas?

—Sobre el padre del niño.

Comprendí e intenté recordarlo.

—No pedimos ninguna autorización para tener el hijo, ningún examen financiero ni prueba de compatibilidad genética —dijo Fanni.

—¿Alguna represalia del gobierno zonal? —pregunté.

—¡Y tanto! Cinco años de trabajos en la Zona C.

—¿Dónde?

—En una residencia de ancianos.

—¿Cuidadora?

—Cuidadora.

No podía creérmelo. La mentira que le había contado a Jojo se había hecho realidad. No del todo, claro, pero ahora conocía a una auténtica cuidadora de la Zona C. Ella empezó a preguntarme y yo a hablar de veras. No dejamos que la gente que corría de un lado a otro del pasillo nos distrajera. Le hablé de mi padre, de mi madre, de Jojo.

—Trabajo como agente de libros...

—No hablemos del trabajo. Me gusta lo que cuentas de tu casa.

—¿Aunque sean historias tristes?

—Vivo en la Zona C, ¿te acuerdas? La zona de las historias tristes.

También le hablé del suicidio de Mike, el compañero de mi padre. Cómo aquello había cambiado a mi padre. Y de las constantes broncas entre mis padres. Nos daba igual el anuncio del «fallo técnico» que salía de las pequeñas cajas cada cinco minutos.

—¿Tienes novia? —preguntó.

—Tengo seiscientos cincuenta amigos *premium*.

—¿Tienes novia? —repitió.

—Doscientos ochenta de ellos son chicas.

—¿Tienes novia?

—Y de los ocho mil quinientos amigos que no son *premium*...

—O sea, que no —afirmó ella.

Nos reímos, seguimos hablando, y en un momento dado me di cuenta de que no era tan tímido. O, como había dicho Fanni: «Solo necesitas un poco de tiempo para ser tú mismo». Quería besarla allí mismo, pero no me atrevía, por supuesto. ¿Se atrevería ella? ¿Querría hacerlo siquiera?

La luz se encendió y nos deslumbró. El metrodeslizador volvió a ponerse en marcha, de cero a increíblemente rápido, como siempre.

—¿De verdad tienes que ir a esa reunión? —me preguntó Fanni.

—Por desgracia, sí.

¿Quería que me fuera con ella? El corazón se me salía por la boca.

—Entonces yo me cambiaría de camisa antes —dijo ella, y yo vi la mancha gris en la camisa.

—Es sopa de pescado sin pescado de ayer.

—Ajá. Aun así queda feo.

—Podría, bueno, podríamos...

«Próxima parada...», me interrumpió la voz del metrodeslizador. Tenía que bajarme, los móviles aún no funcionaban y no teníamos lápices ni cosas antiguas.

—Bueno, podríamos... —Volví a empezar.

—Tengo perfil en Ultramet. Solo tienes que buscar Fanni-2-Fanni.

—Fanni-2-Fanni —repetí, sonriendo como aquella vez en la pista de esquí—. Contactaré contigo lo más rápido posible.

Jojo me esperaba delante del rascacielos de Scan, S. A. Nomos había cancelado la reunión. A causa del apagón, el caos se había desatado en Ultramet; se había perdido una cantidad ingente de datos y había que restaurarlo todo.

—¿Has terminado de pagar ya el proyector? —me preguntó.

—Noo, ¿por qué?

—Estás radiante, como si hubieras encontrado a cinco lectores a la vez.

—Estaba con Fanni.

—¿Tu cuidadora?

—Mi cuidadora.

Jojo me contó el caos y el problema con los móviles.

—La pregunta fundamental para la empresa es: ¿la garantía cubre el incidente o no?

Miré a Jojo, interrogante.

—Si lo cubre la garantía, a la empresa le costará un dineral. Si no, Ultramet ganará una pasta con las reparaciones.

Fuimos a casa de Jojo. Tiré cables, adaptadores y una caja llena de procesadores a una esquina y me acomodé en el sofá de plástico. Jojo puso el dedo en la máquina de bebidas de la cocina, pero no pasó nada. Se inclinó hacia la nevera, pero tampoco se abrió. Maldiciendo, buscó en los armarios y cogió una botella de agua que me pasó. Jojo tenía una teoría para aquella catástrofe.

—¡Ha sido un golpe-e deliberado! —dijo.

—¿Un qué?

—Un ataque-e. Técnicamente no es tan difícil.

—¿Quieres decir que hasta yo lo entendería?

—No, tampoco es tan fácil.

En sus exposiciones, Jojo utilizaba un montón de palabras técnicas que se me olvidaban cinco segundos después. Básicamente se trataba de un ataque que destruía todo lo electrónico, y eso era lo que sacaba de quicio a Jojo. Su móbril estaba tan frito como el mío. Su proyector, los conductos de aire del limpiador de ropa, la máquina de bebidas, la nevera. Pensé en cómo estarían en casa, pero sin móbril no podía contactar con nadie.

Jojo se pasó quince minutos trasteando con el proyector. Cambió una pieza; al principio el aparato pitó y proyectó imágenes deformadas, pero poco después volvió a funcionar bien. *Zzzp*. Una locutora de noticias apareció entre nosotros.

«El apagón afecta a todos los aparatos eléctricos del Barrio Cinco», dijo.

—¿Por qué tenía que ser justo en mi barrio? —se quejó Jojo.

Seguimos escuchando a la locutora:

«La estación eléctrica del metrodeslizador y la central de Scan, S. A. también se han visto afectadas. Entretanto han ido llegando al lugar los primeros espectadores de otros barrios. Las imágenes que ven ahora son en directo, transmitidas desde sus móviles. Si están allí, activen por favor el envío público».

En una de las calles de ocho carriles del barrio brillaban docenas de luces azules. Las sirenas aullaban por el salón de Jojo. Corte.

Los coches accidentados humeaban. Del proyector salía humo y calor. Corte.

Los trabajadores de sanidad, con sus uniformes azules, llevaban a los heridos al hospital. En el salón de Jojo olió a éter durante un instante. Corte.

Una cola aparentemente infinita ante una de las tiendas de móbril. Corte.

Un grupo de unos veinte hombres y mujeres delante de la sede del barrio de la administración zonal, sentados en círculo con las piernas cruzadas con sus ropas multicolor. Una mujer con un largo vestido amarillo estaba arrodillada en el centro, mecía el cuerpo hacia delante y hacia atrás una y otra vez. «Los que faltaban», pensé. Los antitecnología, los sectarios de la naturaleza, que veían una señal divina en cada avería de Ultramet.

La locutora volvió a aparecer ante nosotros, con una cara aún más seria:

«En este estado de cosas, debemos presuponer que se trata de un ataque terrorista. Según nuestra redacción, la causa del caos ha sido una bomba-e».

—¿Qué te había dicho?! —gritó Jojo—. ¿Eeeh? Eso ha sido exactamente. Una bomba-e destroza toda la electrónica en un radio de un par de kilómetros. Hasta la policía puede ir tirando sus pistolas-e.

Antes de que pudiera abrumarme con detalles técnicos, la locutora continuó hablando:

«Nuestra redacción acaba de tener acceso a un vídeo de confesión. Antes de emitir el vídeo debemos advertirlos de que las imágenes no son adecuadas para niños



y jóvenes. Por favor, confirme que es mayor de edad».

Jojo se levantó de un salto hasta el proyector y puso un dedo en la consola. No podía creer lo que veía: un libro enorme y polvoriento flotaba en la habitación. Reconocí el vídeo enseguida; la mano que iba pasando las páginas. Por un momento llegué a pensar que era mi foto la que iba a aparecer en la doble página y empezar a arder, pero esta vez no era yo la víctima, sino Ansgar Meilner, el presidente de Ultrahnet. Sabía cómo iba a continuar el vídeo. Cuando los bordes del libro comenzaron a arder, cerré los ojos, pero sentía el calor en la sala y oí los gritos de dolor de Ansgar Meilner; tuve que taparme los oídos.

¡No podía ser real! Era imposible: primero el ataque y ahora el vídeo. ¡Y conocía a los que lo habían enviado! Conocía a los que estaban detrás del ataque. Sin saberlo, había compartido aquel sótano secreto con los terroristas. Iban de salvadores del mundo y querían iniciarme. ¿Un club de viejos?, ¡ni de coña! Eran terroristas despiadados.

Jojo me tiró un cable enrollado a la cara. Volví a abrir los ojos y vi las estanterías vacías que se proyectaban por todo el salón de Jojo. La voz de hombre era la misma que entonces. Un escalofrío me recorrió la espalda. «Quien escanea libros, borra tu pasado y tu futuro». Una pluma blanca iluminó la sala, con las letras G y L.

—Gremio de los Libros —dije en voz baja.

La locutora estaba entrevistando a un trabajador de Scan, S. A. que por casualidad estaba cerca del estudio para otra emisión. Jojo pasó rápidamente por los ciento sesenta primeros canales de los cinco mil cuatrocientos. La entrevista estaba en todas partes, todos los canales emitían lo mismo.

El hombre de la empresa llevaba traje gris, camisa azul y corbata roja, como Nomos.

«He hablado con la dirección de la empresa y ya se han recuperado todos los datos de Ultrahnet», dijo. «Los móviles afectados serán reparados gratis, solo es necesario prorrogar el contrato durante seis años», explicó.

«Una decisión rápida y generosa», pensé; a las empresas no les importaba ganar dinero.

El hombre del traje gris no había acabado. Miró a la cámara. Con el proyector de Jojo, parecía que estaba ante mí y me amenazaba personalmente:

«Ultrahnet hará todo lo posible para que el gobierno zonal castigue de manera rápida y justa a los instigadores de este ataque. En este momento, hay especialistas asesorando al gobierno. El bien triunfará sobre el mal».

Jojo estuvo todo el día rumiando aquellas consignas: «¡Los escaneadores de seguridad van a darles una lección a esos terroristas!», «¡Acabaremos con ellos!», decía. Y, una otra y otra vez, repetía: «¡El bien triunfará sobre el mal!». En ese momento, Jojo se sentía realmente orgulloso de ser un trabajador de Ultrahnet.

Yo sentía algo parecido, pero también estaba muy confuso. Durante un tiempo, muy poco tiempo, me interesó ligeramente Arne Bergmann y su Gremio de los

Libros. Debía haber algo de cierto en lo que había contado mi antigua profesora; en las clases de la universidad siempre me había mostrado nuevas ideas. «No hay que mirar solo a izquierda y derecha, hay que aprender a bizquear», me había dicho una vez después de una clase de Saber Antiguo sobre la época de las crisis financieras. Sin embargo, el ataque con la bomba-e me hizo cambiar de opinión por completo. ¡Mi profesora y su organización habían ido demasiado lejos!

Nuestra casa, en el Barrio Ocho, se había librado de la bomba, por suerte. Solo tendría que actualizar mi móbril porque a mí me había pillado en el Barrio Cinco. En la tienda de móbril de la esquina prorrogué mi contrato con el dedo y me entregaron una pieza de recambio diminuta. La vendedora me miraba radiante, con una sonrisa de «tengo una superoferta para ti».

—¡Ahora ya puedes pagar también con tu móbril! —me dijo.

Debí de poner cara de asombro. ¿Qué ventaja podía suponer aquello? Siempre llevaba mi dedo conmigo, no podía ser más práctico, deduje. Pero me equivocaba, naturalmente.

—¡Se acabaron las complicaciones de pagar con el dedo! —me explicó.

—Pero...

—¡El móbril reconoce tu ojo, y eso basta!

—Bueno... —asentí, pensativo.

—¡Y mucho más higiénico!

—Igual me lo pienso...

—¡No volver a tocar receptores de pago extraños!

—¿Y no es peligroso para el ojo...?

—¡Nada de coger virus!

—Sí, pero...

—¡Mantenerse sano!

¿Quién no quería eso? Ultranet solo pedía el tres por ciento de las ventas como cuota por el nuevo servicio.

—Vale la pena por tu salud, ¿verdad?

—¡Claro! —respondí.

Ya había salido de la tienda cuando la vendedora me alcanzó en la calle.

—¡Rob! —me dijo, y me giré—. ¿Y qué pasa con la salud de tus padres?

—Ahora se lo diré.

—¡Pueden probarlo durante un año sin compromiso!

—Voy ya para casa...

Giré una esquina y salí pitando. *Zzzp*. Mi móbril se encendió y la vendedora me habló de nuevo.

—Puedes enviar ya esta nueva oferta de Ultranet a toda tu lista de amigos y recomendársela personalmente.

—¡No! —dije, pero mi ojo era más rápido.

—¡Tus ocho mil quinientos amigos y tus seiscientos cincuenta mejores amigos

*premium* acaban de recibir tu superoferta! —dijo la vendedora.

No podía dormir, así que estuve viendo la emisión especial. Aún estaba en todos los canales. El proyector transmitía la aburrida reunión de urgencia de la administración zonal. Encendí el móvil y vi una vieja reposición de mi concurso favorito, *¿quién quiere ser de la Zona A?* El presentador de traje a rayas hacía una pregunta a una docena de concursantes de las Zonas B y C, y la categoría era «Saber general»: «¿En qué temporada de *Enamorada de Jonas* se casa Jana con el compañero de trabajo del mejor amigo de Steve?». Las respuestas posibles eran «A: temporada 350», «B: temporada 870» o «C: temporada 1200». Elegí la C, me equivoqué. La ronda de preguntas había acabado, también la emisión especial. La sala del Parlamento se disolvió en mi cuarto. La portavoz del gobierno zonal apareció ante mí, radiante, y su perfume olía a flores pero era decente. Reconocí el olor enseguida: dos años antes había trabajado como jefa de comunicación en Scan, S. A. Una vez subimos juntos en el ascensor, en la central. Grabé nuestro encuentro, de la planta ocho a la catorce. No dije ni una palabra, por supuesto. Jojo y yo veíamos el vídeo una y otra vez solo porque olía muy bien.

«A partir de ahora, la policía puede acceder a todos los contactos de móvil. El gobierno zonal ha decretado el estado de excepción. Todos los datos de Ultrahet están a disposición de los investigadores», dijo la portavoz. «Ultrahet ha accedido a cooperar sin límites». Eso no me sorprendió. «PSDI, la división de élite de la empresa, ayudará a la policía en su investigación», continuó, y acabó con la misma frase que se había comentado millones de veces ya en Ultrahet: «¡El bien triunfará sobre el mal!».

¿Por qué no les había dicho nada a los escaneadores de seguridad sobre mi encuentro con Arne? A lo mejor podría haber evitado el ataque si hubiera informado de inmediato, pero si lo contaba ahora, ¿acabaría yo también en la cárcel?

Cuando la emisión especial terminó, mi padre apareció en mi puerta e interrumpió mis pensamientos.

—Un mensajero te ha traído un sobre de papel.

Mi padre no había ido a trabajar ese día, cierto, pero desde que yo había llegado a casa no nos habíamos cruzado. «Sobre de papel» me recordaba a la clase de saber antiguo. Nunca en mi vida había recibido correo impreso. Me recliné en la cama y rasgué el sobre, rompiendo la carta en dos. Tuve que juntar las mitades para poder leerla. «Maldito papel», murmuré, y leí:

«Querido Rob, ¿ya te has olvidado de mí? Nos hemos visto hoy en el metrodeslizador».

Me espabilé de repente, casi me da un infarto. ¿Cómo podía haberme olvidado de Fanni, idiota de mí? La buscaría ahora mismo en Ultrahet, Fanni-2-Fanni. Con el caos después del ataque se me había olvidado por completo. Y ahora ella me escribía,

había pensado en mí. Salté de la cama y me puse a bailar por el cuarto agarrado al proyector, todo lo que me dejaba el cable. El aparato estaba caliente y, por un momento, me imaginé que era Fanni. De pronto se me pasaron dos preguntas por la cabeza que acabaron con el baile. ¿Cómo había conseguido mi dirección? ¿Y por qué había elegido esa forma de comunicación tan anticuada? Cogí los trozos de papel y les di la vuelta. Las líneas del reverso lo explicaban todo y a la vez nada; me devolvieron a la cruda realidad:

«Mañana a las 8 h, Café Sunshine, ya lo conoces por Arne. ¡Tengo ganas de verte! Fanni».

## El ajuste de cuentas

Estaba decepcionado con Arne Bergmann y su Gremio de los Libros. ¿Cómo podían hacer algo así? ¡Aquel ataque! ¡Toda la destrucción y los heridos! Me ponía furioso, furioso de verdad. Tenía que volver a reunirme con el gremio, a ser posible en la base, no en una guarida exterior. Y tenía que sacar de allí a mi profesora y a Fanni, las dos se habían equivocado. El Gremio de los Libros era una secta y sus miembros actuaban con fe ciega. Y Arne Bergmann era su gurú.

Mi nuevo y arriesgado plan consistía en advertir a la profesora y a Fanni, contar cuanto sabía de Arne Bergmann y sus terroristas a los escaneadores de seguridad (callándome que ya había estado anteriormente con Arne), esperar que nadie descubriera la verdad y cobrar los quinientos mil de una vez por todas.

Al principio todo fue como siempre. Quiero decir, como era desde que Arne me habló en el metrodeslizador. Di mil vueltas en la cama hasta que me dormí, media hora antes de que el móvil me despertara con una corriente eléctrica suave. De camino a mi cita con Fanni, mi cara reflejaba cómo me sentía tanto por dentro como por fuera después de una noche así.

No me sorprendí cuando la mujer de la cafetería me entregó tres tartas de chocolate. «Una de cerezas y dos de caramelo, sin aroma. Gracias», dijo. Tampoco me sorprendió que el pelirrojo de los rizos me esperase delante de la cafetería sentado en su moto. Le di mi móvil. «Lo tendrás de vuelta pronto», me dijo sonriendo, y arrancó. Tampoco me sorprendí cuando el viejo taxista aparcó en prohibido: «¡Sube, Rob, tenemos prisa!».

Ya no me sorprendía nada. Me senté en el asiento del acompañante y me puse a mirar por la ventana.

—¿Vamos a estar otra vez dos horas dando vueltas antes de llegar al Baby Q? —pregunté—. Estoy pelado del todo, coja un atajo.

Empezó a liarse un cigarro mientras conducía, humedeciendo el papelillo con los labios. El olor a nador llegaba a mi asiento.

—El Baby Q fue anteayer, hoy Arne quiere verte en otro lugar —dijo el taxista.

Así que él también era parte del gremio. Me había tomado por tonto en la primera carrera. Casi me había acostumbrado ya. Todos me tomaban por tonto.

Seguro que el Baby Q solo era uno de los muchos lugares de la organización. Quería entrar en la base de una vez. Después de una hora de dar vueltas, el taxista paró ante un ascensor en un cruce de cuatro plantas. «Dos minutos de espera. Por favor, tenga paciencia. Su ascensor está de camino», brillaba el mensaje en rojo sobre el parabrisas.

—Bueno, ya está. A esta invita la casa —dijo el taxista.

—¡La carrera anterior ya fue suficientemente cara! —repliqué, sin dar las gracias.

No tenía por qué dar las gracias.

—Echa un vistazo a tu cuenta —me contestó—. La última vez no hubo ningún cargo, ni en la cafetería ni en mi taxi. No deberías ir dejando huellas de tu dedo por todas partes.

—Desde ahora pago...

—... con el ojo, lo sé. Pero la huella sigue siendo la huella.

Bueno, en eso tenía razón.

—¿Ves el *rickshaw* de ahí enfrente? —dijo.

—¿El qué?

—¡El triciclo! La conductora no es de los nuestros. Dile que quieres ir a la residencia de ancianos Puerto del Este.

Me dio uno de diez y me bajé.

—Paga en efectivo, ¿vale?

—Vale, pero...

El parabrisas pasó a verde y el coche entró en el ascensor. Yo me quedé al borde de la calzada.

Nunca había subido a un *rickshaw*. En las Zonas A y B esos triciclos motorizados no estaban permitidos. La caja, hecha de chatarra metálica, estaba techada en la parte de atrás. La conductora viajaba al descubierto y me gritó «Agárrese», pero no era necesario: iba aferrado a las barras herrumbrosas que había delante de mí y aguantaba el traqueteo de lado a lado.

Enseguida abandonamos la calle principal y giramos hacia un laberinto de callejuelas. Avanzábamos a toda velocidad por desfiladeros de cemento; la conductora no aflojaba ni el acelerador ni el claxon. El *rickshaw* estaba pensado para esos estrechos caminos. En los muros grises había pequeñas tiendas que parecían cuevas. Vi bares, farmacias, supermercados, y me sorprendí de lo lejos que se podía llegar en un *rickshaw* por uno de diez.

La conductora frenó a fondo. Me estampé con la cabeza contra su espalda y me disculpé. Al borde de la acera había un jubilado andrajoso con dos jarras. «¿Café o té?», me preguntó la conductora, y me alcanzó un vaso de plástico; puso el dedo sobre el receptor de pagos que colgaba sobre el chaleco del vendedor y aceleró sin avisar, derramando el agua caliente y oscura sobre mi camisa. Solté un grito de dolor.

Me acordé de Jojo cuando pasamos por una tienda de móbril. Aquella mañana no había tenido que mentir. Había contactado conmigo por la noche, quería que dejáramos nuestra búsqueda diaria de lectores para la tarde. «Problemas con Melli», me había dicho, y me había enviado un enlace a un vídeo de móbril con su pelea. El vídeo se llamaba «La crisis de la relación de Jojo. SE ACEPTAN CONSEJOS», y esperaba comentarios útiles de los espectadores.

—¡El examen financiero ha sido negativo! —decía Melli.

—¡Fue positivo! ¡Superpositivo! A+ —contestaba Jojo.

—Mis padres han realizado otro después del ataque. Estás en A-. La tendencia es

negativa.

—¡Ultranet puede con eso! El ataque no ha afectado a la empresa ni a mi trabajo.  
¡El bien triunfará sobre el mal!

—¡Eso lo has copiado! Ha salido en todos los canales, ¿ya se te ha olvidado?

—Bueno, ¿y qué?

—El examen financiero a mí me da igual, pero mis padres quieren ir sobre seguro.

—¿Así que de momento nada de conferencia con ellos?

—Eso es.

—¿Vamos al parque hoy de todos modos? —preguntó Jojo.

Cinco segundos de silencio.

—Sí.

—¡Te quiero!

—Lo sé —decía Melli.

La crisis tenía ya 43348 espectadores. La categoría «Corazón y penas» era una de las favoritas. Con ese número de espectadores, Jojo consiguió darme envidia de su crisis. Ni un solo segundo de mi vida había tenido tanta audiencia, ni siquiera mi accidente. Nuestro vecino me había atropellado dos años antes con su patinete-e. La secuencia del choque solo había interesado a 450 personas. Hubo 2320 personas que vieron mi operación, pero desde el móvil de mi médico.

Aquella mañana, Melli y Jojo habían quedado para hablar de su crisis, y también para ver una película juntos. Cada uno en su casa, pero a la vez. Una reconciliación casi perfecta. En resumen: Jojo estaba ocupado y yo podía dejarme llevar en el *rickshaw* por aquel laberinto.

Me planté frente a la residencia de ancianos Puerto del Este con la camisa mojada y las tres tartas de chocolate revueltas del viaje. El nombre engañaba: no se trataba de una residencia, sino de una pequeña cafetería. Había plástico quemándose en un horno acristalado, sillones de otro siglo en círculo repartidos por la sala. En uno de ellos dormía un hombre de unos cuarenta años, parecía el camarero. No había nadie más.

«Oferta del día: tarta con aroma a limón», ponía en una pizarra de la que colgaba una tiza atada. Cómo odiaba la palabra «aroma». Aroma de filete en lugar de filete. Aroma de pizza en lugar de pizza. Aroma de ensalada de tomate en vez de ensalada de tomate. La comida era siempre la misma papilla que, con aroma y mucha imaginación, terminaba sabiendo a algo parecido. Las cosas sin aroma costaban una pequeña fortuna, como las tartas de chocolate del Café Sunshine. Por lo menos no me habían cobrado nada por ellas, según el taxista.

Borré la «oferta del día» de la residencia de ancianos con la manga húmeda de la camisa y usé tiza por primera vez en mi vida. Había aprendido a escribir a mano en

Saber Antiguo. Mi profesora había insistido mucho, decía que era «una experiencia importante». Nosotros sonreímos, irónicos, pero le dimos el gusto y garabateamos con atención. Practicábamos con bolis y una vez con lápiz, pero nunca con un material tan antiguo como la tiza. De modo que en la residencia de ancianos Puerto del Este descubrí algo: no se escribe demasiado bien con tiza sobre una superficie húmeda. «Hoy tartas de chocolate, con cereza y caramelo. ¡Sin aroma!», escribe. Desempaqueté las tartas chafadas y las coloqué sobre una pequeña mesa delante del camarero, que roncaba. Luego seguí los carteles hacia el lugar donde suponía que estaría Fanni.

Se abrió una escotilla en el techo. Me subí a la tapa del váter y alcancé los primeros peldaños de una escala. Al llegar arriba, un hombre mayor de pelo corto canoso y barba me ofreció su mano.

—Me llamo Thomas. Ya tuvimos el placer la última vez —me dijo.

Solo podía referirse al sótano del Baby Q. El monólogo, la clase, la propaganda. De modo que él es el escritor, pensé. Al parecer, confiaba en mí; por lo menos se mostraba ante mí. Muy desagradable. A fin de cuentas, no quería sacarme ningún carné del Gremio de los Libros.

Recorrimos un largo pasillo. Se ramificaba varias veces. No dejábamos de atravesar puertas metálicas. Parecía como si fuéramos de edificio en edificio. El camino tenía una pequeña pendiente. Estábamos hundiéndonos en lo más profundo de la Zona C.

Thomas avanzaba linterna en mano. Nos paramos frente a una puerta para la que el escritor no tenía llave, y por supuesto la huella dactilar no serviría de nada con aquel metal oxidado. Thomas pulsó varias veces un interruptor que había bajo el pomo. Estaba llamando: laaargo-corto-corto-corto. Hizo una pausa y luego otra vez: laaargo-corto-corto-corto. Como en las viejas películas de espías que emitían en el canal clásico.

La puerta se abrió y entramos en una habitación sin ventanas con una pesada mesa de madera en el centro y dos largos bancos a los lados.

—¡Bienvenido! Antes este era el almacén —dijo Thomas.

—¿Y qué se almacenaba aquí? —pregunté, pensando en que probablemente sería la tecnología que Arne y su organización habían usado para el ataque-e.

—Pronto lo sabrás.

Cómo odiaba esa expresión de «pronto lo sabrás».

Thomas me trajo una taza de agua caliente y disolvió una tableta de café. Bebí un sorbo y lo miré interrogante.

—Descafeinado —me dijo.

—¿Está Arne Bergmann ahí? —pregunté.

—También tenemos *espresso*.



Agaché la cabeza y aspiré profundamente. Jugaban conmigo, eso era obvio. O eso o estaban poniendo mis nervios a prueba.

Arne entró por fin en la habitación. Fue a abrazarme, pero di un paso atrás.

—No quiero participar en tu organización. No quiero tener nada que ver con terroristas como vosotros. Lo del ataque-e...

—No fuimos nosotros —me interrumpió Arne.

—¿Qué?

—Te dije que usaras más el cerebro y menos el móvil.

—No entiendo nada.

—Ultranet llevaba mucho planeando esto.

—Claro.

—¿Viste el vídeo de reivindicación, con la imagen del presidente en llamas?

—¡Todo el mundo la ha visto, tras el ataque!

—Ese vídeo no es nuestro, sino de Ultranet, y fue tu empresa también la que perpetró el ataque.

—Estás loco. —Hice una pausa—. Estáis todos locos.

—La vida es una locura —dijo Arne.

Yo me quedé callado.

—Ultranet quiere conseguir su objetivo último. Para ello necesita un enemigo fuerte —continuó.

Cada vez entendía menos. ¿Ultranet publicaba un mensaje amenazante con su propio jefe como víctima? ¿Y decía que era del Gremio de los Libros? Y lo que era mejor aún: ¿la empresa había detonado una bomba-e y destruido su propia tecnología? Yo estaba en contra de enrevesadas teorías de la conspiración, así que estaba en contra del grupo de Arne Bergmann.

—¿Y cuál es el objetivo último que persigue Ultranet? —pregunté.

—Saber más, tener más control, más poder.

Aquello era demasiada propaganda para mí. Vale que la administración zonal había restringido algunos derechos tras el ataque, pero únicamente para atrapar a los culpables. ¿Qué tenía que ver Ultranet? ¿Acaso pensaba Arne que estaban todos en el mismo barco? Y mi pobre profesora y Fanni-2-Fanni creían a aquel ratón de biblioteca y sus majaderías.

Arne no paraba:

—El gobierno nos busca para detenernos. ¿Por qué?

—¡Porque sois terroristas y habéis perpetrado un ataque! —contesté.

—Te has aprendido bien las noticias —respondió Arne, enfadado por primera vez.

—¿A qué te refieres?

—Si a los críticos nos encarcelan y logran hacernos callar, entonces Ultranet ha conseguido su objetivo: que nadie descubra sus escándalos.

Thomas no decía nada. Llenó una pipa que no tenía anuncios, lo que me

sorprendió. Se acabó mi café mientras nos escuchaba. Arne avanzó un paso, su cara estaba solo a unos pocos centímetros de la mía.

—Confía en nosotros.

—¿Por qué debería?

—¡Confía en Fanni!

—Muy gracioso. La enviaste a mí. ¿Su misión era reclutarme para tu secta?

No quería hablar así de Fanni. Había tenido un sueño durante mi corta noche. Éramos una pareja. Vivíamos en un piso de la Zona A. Estábamos al borde de la playa en el parque. Ella sacaba un libro. «¿Me lees algo?», me preguntaba. «A cambio recibes un beso». Leía para ella. Antes de acabar el capítulo, el sueño se había terminado. Sin beso.

Arne y Thomas no eran ningún sueño. Tenía que dar por supuesto que el interés de Fanni por mí era fingido. Muy bien fingido. Volvía a ser el gusano en el anzuelo.

—Ha hecho estupendamente su trabajo. Díselo de mi parte —le espeté.

Arne me pasó la mano por la calva. Contra eso no podía defenderme. Era tan... ¿cómo decirlo? Tan paternal. Lo que me faltaba: un líder terrorista haciendo de padre. No podía con todo aquello. ¿Qué pasaba conmigo? ¿Qué querían de mí? Pensé en Fanni y los ojos se me nublaron. Arne apoyó su mano en mi hombro. No era desagradable. Amigable, no paternal. Aunque la verdad, lo paternal tampoco había sido desagradable.

—Fanni tenía que vigilarte —dijo Arne, finalmente—. Tenía que comprobar cómo te comportabas con los demás y decirnos si podíamos confiar en ti, si habías hablado con alguien de nuestro encuentro. El ataque la sorprendió tanto como a ti.

Debió de llamarle la atención mi cara de escepticismo.

—¡No fuimos nosotros! Fanni solo te habló por el apagón y el móbril roto. No estaba planeado. No acató las normas. —Hizo una pausa—. Al parecer, le gustas.

Una primera lágrima salada me corrió por la mejilla hasta el labio superior. La atrapé con la lengua. Arne fingió no verlo, lo cual era imposible a la distancia a la que estábamos.

—¿De verdad es cuidadora en la Zona C?

Arne asintió.

—También hay lectores que pertenecen al Gremio de los Libros. Los hay en todas las zonas.

Estaba enfadado conmigo mismo. ¿Qué pintaba yo allí? No podía creerlo, no quería creerlo. Lo único que quería era largarme. Me giré hacia la puerta.

—Dos veces a la izquierda, dos a la derecha, dos a la izquierda. Las puertas están abiertas —dijo Thomas, alcanzándome la linterna.

«Otro padre», pensé.

Oí las últimas palabras de Arne sin darme la vuelta:

—En las próximas cuarenta y ocho horas todo va a agravarse. Volveremos a vernos antes del gran estallido. Piensa en el móbril, en Ultramet y en cuanto tienes en

tu vida.

—¿Por qué yo? —pregunté, mirando la puerta herrumbrosa.

Arne se me acercó.

—Hasta ahora no has contado nada de nosotros ni a Nomos, ni a tus padres, ni a tu mejor amigo Jojo. ¿Por qué?

Miré al suelo, frustrado. Puede que solo fuese un farol, no podía saberlo todo.

—Además, tengo la palabra de tu antigua profesora —dijo Arne.

Salí dando un portazo y eché a correr por el pasillo. Dos veces a la izquierda, dos a la derecha, dos a la izquierda. Todas las puertas estaban abiertas. Ante mí vi luz saliendo de un agujero en el suelo. Bajé por la escala.

Las paredes del aseo estaban pintadas de rosa. Aquel no era el mismo aseo de antes. Thomas me la había jugado, ¿o acaso me había perdido? La puerta del retrete estaba cerrada por dentro. Alguien recogió la escala y el techo se cerró, retumbando; al mismo tiempo la puerta del cubículo se abrió, deslizándose. Pasé por delante de lavabos rojos y un espejo, luego recorrí un pasillo. Me encontré en un restaurante anguloso, con madera oscura y velas de verdad. Estaba en algún lugar tras los muros grises, en una de aquellas habitaciones que parecían cuevas. Quizá había pasado por allí con el *rickshaw*. Busqué la salida, tropezando, pero me paré cuando oí una voz familiar llamándome.

Fanni me saludó desde la mesa pequeña y redonda en la que estaba sentada, en una esquina. Me secó las lágrimas de la cara con una mano. Lástima que no fueran más, me gustaba sentir su mano.

—¿Otra vez sopa de pescado sin pescado? —me preguntó, riéndose de mi camisa. La tela aún estaba húmeda. La tiza de la residencia de ancianos Puerto del Este me había dejado manchas grises en la manga.

Quería hablar con Fanni del Gremio de los Libros, de Arne, de su papel en la organización, de una manera de sacarla a ella y a mi profesora. De nosotros.

—Te mentí en el metrodeslizador, pero solo una vez —dijo Fanni. Le habría perdonado cualquier cosa—. Fue una mentira de emergencia.

Únicamente había una cosa que no le perdonaría.

—¿Tienes novio? —quise saber.

Me miró sorprendida. Había un barrio entero sumido en el caos, unos terroristas del Gremio de los Libros luchando contra Ultramet y el gobierno, y yo solo era capaz de pensar en algo así.

Me habría encantado volver al oscuro sótano del gremio y hundirme en el sillón mientras Thomas, el escritor, me explicaba cómo podría decirle a Fanni cuánto me gustaba. A pesar de todo.

—¿Cuál era la mentira de emergencia? —pregunté.

—Lo del proyector.

—¿Qué del proyector?

—Nunca he tenido uno —confesó.

Pasaron un par de segundos, entonces empecé a reírme. Me había puesto en lo peor, pero aquello era todo. Mi risa era contagiosa. Reímos juntos. En algún momento me cogió la mano y la puso sobre la suya.

—Pero una vez tuve una pequeña biblioteca —dijo.

Podía contarme lo que quisiera. Notaba su mano, el calor de su mano, y me sentía el hombre más feliz del mundo.

—Mi abuelo siempre me daba libros, también cuando las últimas librerías de la ciudad tuvieron que cerrar, incluso cuando ya nadie pedía algo así por Ultranet...

No entendía por qué coleccionaba papel viejo para guardarlo en estanterías polvorientas. No comprendía qué impelía a nadie a unirse a un grupo como el Gremio de los Libros, un grupo que perpetraba ataques que causaban el caos.

Pero sentía la mano de Fanni y todo aquello no importaba. O eso pensaba yo. Y me equivocaba. Fanni había acabado de contarme las historias de su abuelo y sus mamotretos y me miraba, esperanzada. Pero a mí no se me ocurría absolutamente nada, al menos nada que no fueran comentarios críticos y preguntas. Pero no quería discutir, así que busqué otros temas. Lo importante era hablar, seguir sentados; lo importante era que nuestras manos siguieran tocándose. Sin embargo, había una pregunta que me carcomía. Una sola pregunta. Tenía que hacerla.

—¿Qué es eso que me ha contado Arne del gran estallido?

Miró la vela delante de nosotros. Y no dijo nada.

Yo lo dije todo:

—¡Tienes que dejarlo! ¡Alejarte del Gremio de los Libros! Tú y la profesora. Juntos impediremos el gran estallido. Y nos repartiremos los quinientos mil.

Ella apartó la mano.

—Eres agente de libros y destruyes lo que amo —me gritó.

Una mujer mayor que estaba en la mesa de al lado nos miró, sin móbril. Algo era algo. Fanni se levantó:

—Arne confía en ti, ¡yo no!

Tiró un billete de diez sobre la mesa, que aterrizó flotando donde unos segundos antes habían estado nuestras manos.

—Eso es para que vuelvas a tu Zombilandia.

Salió del restaurante sin mirar atrás.

Fuera llovía a cántaros. «Como en las películas», pensé. Siempre que la pareja se peleaba o se separaba, llovía a mares y los conductos del proyector pulverizaban aire húmedo. La lluvia auténtica era distinta: cuando por fin encontré un *rickshaw*, estaba calado hasta los huesos. Al llegar a la calle principal decidí no coger un taxi. No quería pagar con el dedo, no quería dejar huella. Eso habían conseguido Arne y Fanni de mí, aunque para Fanni fuera un destructor de libros y Arne quisiera acabar conmigo por mi trabajo.

Después de una hora andando bajo la lluvia llegué a una estación de metrodeslizador. Había tenido tiempo suficiente para pensar. ¿Estaba ya demasiado

dentro? ¿Me había enredado ya Arne con su crítica al sistema? De algún modo había convencido incluso a mi profesora, y ella no era fácil de convencer, eso lo sabía bien. ¿O fue mi mano sobre la mano de Fanni el motivo de que al día siguiente tampoco contactara con los escaneadores de seguridad?

Llegué a casa helado y me metí vestido directamente bajo la ducha caliente. Me quité la camisa empapada. Aún faltaban dos horas para ver a Jojo. El móvil brilló: había vuelto a perderme los anuncios de la mañana. «Nos alegramos de ofrecerle todos los servicios de móvil también sin contrato de publicidad», me dijo una suave voz. Pero antes de que pudiera decir nada, mi ojo ya había aceptado el aumento del ciento cincuenta por ciento en el precio, aunque eso no me molestó demasiado. Tenía otros problemas. No reaccioné ni cuando llegó el mensaje de Nomos: «¡A todos los agentes de mi grupo! Reunión hoy a las 17 h. Sesión de emergencia en la central. Quien no asista está despedido».

## El fiestón

La clasificación de Nomos dentro de Scan, S. A. caía día tras día. Veía su valoración brillando en mi móvil; por eso siempre estaba convocando reuniones de emergencia. Sus agentes encontraban muy pocos lectores.

Llegué a la central a la vez que Jojo. En la sala de reuniones, Nomos proyectaba un mapa de la Zona A con una diana roja. El mapa desapareció y en su lugar vimos a una mujer mayor con una bolsa de la compra.

—Fue vista por última vez en el Barrio Catorce —dijo Nomos.

Amplió la zona de la bolsa. Había tres libros asomando.

—Toda la cuota semanal en una bolsa —me susurró Jojo.

—Probablemente no viva en la Zona A, sino en una residencia de ancianos de la Zona C —dijo Nomos.

El proyector la mostró en un supermercado de aroma de la cadena Neudi.

—Hemos revisado todos los vídeos de Neudi de la última semana —continuó Nomos—. ¡Va todos los días allí! Zona A, Barrio Catorce.

—¡Nosotros nos encargamos! ¡Rob y yo iremos allí mañana! —se ofreció Jojo levantando la mano.

—No tenéis elección —asintió Nomos, sonriendo.

Jojo y yo nos miramos, los otros cuchichearon. No intuíamos nada bueno. En las reuniones mensuales normales los mejores agentes se llevaban un premio como empleados del mes. En las sesiones de emergencia Nomos no premiaba a nadie; al contrario: el peor equipo recibía una amonestación. Quienes encontraban menos lectores dos veces seguidas se iban a la calle. A Jojo y a mí nos sorprendió que Nomos nos amonestara aquella tarde.

Disimulamos. Como siempre después de cada reunión mensual, fuimos a la cafetería en la última planta del edificio. Nomos comía en primera clase, una sala con servilletas de colores en las mesas en la que se sentaba con otros jefes de equipo, directores y consultores, y un camarero tomaba nota de los pedidos.

Los agentes hacíamos cola frente a dos máquinas: la amarilla dispensaba agua azucarada tibia; la marrón, sucedáneo de pan con aroma a queso. Luego íbamos con nuestros vasos y platos de plástico a la terraza, que estaba rodeada por un cristal de cuatro metros de alto. Jojo y yo nos pusimos a buscar un sitio tranquilo entre las plantas de plástico.

—Tío, tenemos que darlo todo los próximos días, de verdad. No podemos seguir así —dijo Jojo.

Yo asentí.

Miramos hacia arriba. Desde allí se distinguían bien las nubes verde oscuro que se extendían desde la Zona C hacia las Zonas B y A. Un viejo problema. El gobierno

había aprobado unas cuantas leyes al respecto. Por la ciudad solo podían circular coches-e, aunque muchos no hacían caso a las normas. Llegó un momento en que todo se solucionó sin necesidad de leyes: el combustible se agotó. Aun así, las nubes venenosas permanecieron. En la Zona C mucha gente quemaba basura para no pasar frío o para calentar agua para la ducha.

En una esquina había un par de agentes sentados. Nos unimos a ellos. Seguramente estaban esnifando nador. O mezclándolo con sucedáneo de tabaco para fumarlo. Otros tomaban nador como siempre, en pastillas. Los de primera clase no decían nada. Lo más probable es que algunos de ellos también consumieran.

En aquel rincón todos los agentes esnifaban, fumaban o tomaban nador. Solo había una excepción: yo. Alguien debía meter a Jojo en un taxi y darle su dirección al taxista. Era una tarea de amigo. De todas formas, no tenía nada mejor que hacer después del trabajo.

Los dos agentes hablaban de la última sesión de emergencia. Nomos había puesto algunos vídeos graciosos de lectores para animarnos y ellos repetían las preguntas de Nomos.

—¿Conocéis a ese tipo?

—¿Habéis visto a esa mujer alguna vez?

El vídeo más divertido era uno de dos minutos sobre una pareja joven leyendo.

—¡Una relación apasionante! —comentó uno.

Jojo se había tomado ya dos pastillas y balbuceaba un poco:

—¡Esos utilizan novelas rosas como manual de instrucciones!

Todos estaban despotricando. Yo sonreí sin ganas. ¿Por qué tenía que meter baza Jojo? Mi colega, que estaba perdidamente enamorado de una mujer, una mujer a la que no había visto jamás en persona.

El vídeo de la pareja había provocado otro efecto en mí. Estaban sentados en una cafetería abarrotada; a su alrededor, los demás miraban sus móviles, meneaban la cabeza con los juegos, esquivaban objetos o pilotaban solardeslizadores sobre las nubes venenosas. Algunos hablaban a través de las gafas y gesticulaban. Había un chico gordo sentado a la misma mesa que los lectores enamorados, con la cabeza echada hacia atrás y la boca totalmente abierta. O estaba viendo una película fascinado o se había quedado dormido. A los dos lectores no les molestaba nada de todo aquello. Sus manos se encontraban en el centro de la mesa, la mano de él sobre la de ella. El calor fluía, de eso estaba seguro. Sentía un metrodeslizador frenando en mis tripas. Volvía a acelerar. Frenaba otra vez. Daba una vuelta de campana. Echaba de menos a Fanni.

¿Querría ella una pareja así? Con un libro, sin móvil. Me reconocía en toda la gente de la cafetería: en los que jugaban, en los embobados, en los que hablaban sin parar. Pero no en el lector. Estaba enamorado. Sin remedio.

Jojo me devolvió a la realidad de la terraza con un comentario sobre el gurú del gremio de Fanni: Arne Bergmann.

—¡Y el de ese viejo...! —farfulló Jojo en alto.

Seguro que lo habían oído hasta en las máquinas de la cantina.

—Tiene unos pelos como los monos del parque, temática jungla —dijo un agente.

Nomos había puesto nuestro vídeo, el de Arne y yo en el metrodeslizador. Nomos me observaba mientras Arne iba por el pasillo hacia el baño para escribirme la invitación a la Zona C, pero eso no lo sabía nadie excepto yo. Excepto Arne y yo. Y Nomos, me temía.

Se veía a Arne hablar conmigo en el compartimento, pero solo se oía un zumbido, los técnicos de Scan, S. A. no habían podido filtrar más. Vimos el vídeo que el mendigo de la Zona C había grabado con su móvil roto. El proyector parpadeó en blanco y negro.

Durante la sesión, Nomos me preguntó delante de todos:

—¿Qué te contó el terrorista?

—Me dijo... —contesté, intentando ganar un par de segundos.

Pensé en Thomas, el escritor, supuse que debía contar buenas historias. Y dejé volar mi fantasía.

—Bueno, me contó chifladuras sobre su abuelo, que siempre le regalaba libros y que fumaba en una pipa que no tenía anuncios. Regalar y fumar, esa era su vida. También divagó sobre un libro. Chorradas.

—¿Qué libro? —preguntó Nomos.

Tenía que pensar algo rápido.

—*El viejo y el mar*.

Después de la reunión, cuando iba hacia la cafetería, Nomos me llamó.

—¿No te parece extraño? —me preguntó.

—¿A qué se refiere?

—¡*El viejo y el mar*!

—¿Qué hay de extraño?

—Así se llama el último libro que habéis escaneado Jojo y tú.

Me quedé sin habla. Por supuesto que lo sabía.

—Antes de escanearlo estuvisteis en El Pesquero —dijo Nomos—. Sopa de pescado sin pescado. En el parque. ¿Ya lo habías olvidado?

—El tal Hemingway tuvo que ser muy popular —dije.

—Al contrario que tu móvil, desde luego.

Estaba sudando a raudales.

—Ya apenas puedo contactar contigo. Últimamente parece que te gusta ir por ahí sin móvil.

Pensé en la historia que le había contado a Jojo. No podía desviarme de ella, a lo mejor Nomos interrogaba a Jojo después.

—Tengo una novia en la Zona C, y a ella no le gusta el móvil...

—No veo nada de eso en tu perfil de Ultramet. Apareces como soltero.

—Acabamos de empezar...



—¿Sin haceros pruebas primero? ¿Una novia? ¿Con tu situación financiera? Muy valiente. No te pega nada.

—Por eso nos vemos sin el móbril, para que nadie sepa nada antes de las pruebas y...

Nomos me calló con un gesto. Estaba claro que lo sabía todo. Esperaba que los escaneadores de seguridad entraran en cualquier momento, pero, en lugar de eso, me agarró del brazo y me atrajo hacia sí.

—Creo que quinientos mil es mucho dinero —me susurró—. Incluso si lo divides entre dos. —Primero me señaló a mí y luego a sí mismo.

El nador nublaba el aire de la terraza. Los compañeros no dejaban de hablar del vídeo donde salíamos Arne y yo.

—Eh, Rob, ¿cómo fue estar en la jaula con un animal tan peludo? —preguntó uno.

Todos se me quedaron mirando embobados, esperando un comentario ingenioso.

—Unos tienen pinta de monos, los otros hablan como ellos —contesté para mi propia sorpresa.

Nadie se rio. El tipo que me había preguntado se levantó. Jojo, aunque vacilante, se interpuso valiente entre nosotros. Le tenían respeto, porque era el que les conseguía nador cuando íbamos a la Zona C. Me alejó del grupo, tambaleándose un poco. Nos quedamos parados junto a una mesa en el otro extremo de la terraza.

—Rob, tío, ¿qué pasa contigo?

Sonaba como si tuviera un paquete de chicle pegado entre los dientes.

«¿Quééepassacoontigo?».

Me temblaba todo el cuerpo, aún estaba alterado.

Jojo se sentó a la mesa, inclinándose un poco hacia delante.

—El encuentro con Melli salió mal. A la mierda la reconciliación —barboteó Jojo.

«Alamiergdalareconzzziliazzión».

Me alivió que hablara de sus problemas e intenté explicarle de manera creíble lo mucho que lo sentía.

Meneó la cabeza.

—No pasa nada. La verdad es que Melli no para de gritar. Dice que en una relación a distancia no hay comunicación. —Hizo una pausa—. Pero si nos comunicamos todo el rato...

«Hosjomunijamostodoltrato».

A la relación de Jojo con Melli la llamaba relación por móbril. Una relación a distancia sonaba a Barrio Cinco de la Zona A con Barrio Dieciocho de la Zona B, no a ciudades distintas. Por desgracia, Melli vivía en otra ZE (Zona de Evacuación), es decir, en otra ciudad. Y los vuelos y los solar deslizadores eran casi imposibles de

pagar. La administración zonal solo daba autorizaciones para esos viajes cuando se trataba de negocios.

La relación favorita de Jojo, como siempre le gustaba llamarla, estaba condenada al fracaso desde el principio, esa era mi opinión, pero como soltero sin experiencia no podía decirle nada a Jojo. Aunque, según él, yo ya no era soltero. Allí, en la terraza de Scan, S. A., no paraba de darle vueltas a todo.

—Melli se recuperará —dijo Jojo, y me palmeó el hombro—. ¿Cómo le va a tu cuidadora? —me preguntó.

Ya no balbuceaba, pero aún tenía los ojos hinchados.

Meneé la cabeza avergonzado y miré hacia las nubes oscuras.

Jojo se recostó sobre la mesa, apoyándose en los codos. Conocía esa postura: en veinte minutos estaría profundamente dormido. En una situación normal yo habría dicho «Móbril. Llamada. Central de taxis. Barrio Cinco», pero aquella noche miré por encima de Jojo hacia la cafetería. Nomos seguía sentado con un par de tipos trajeados en la sala iluminada. No les interesábamos.

—Dame algo de lo tuyo —dije.

Jojo metió la mano en el bolsillo de la chaqueta sin hacer preguntas, sacó una pequeña bolsa de plástico y echó un poco de polvo de nador sobre la mesa. Cogió una pizca con el canto del móbril.

—Con calma, ¿de acuerdo? Esto sube enseguida, y a cada uno de manera distinta.

Seguí las instrucciones de Jojo. Lo había visto hacerlo muchas veces. Treinta segundos después el polvillo había desaparecido dentro de mi nariz. Me dispuse a esperar media hora a ver si me hacía efecto. No había pasado ni un minuto cuando empecé a sangrar por la nariz. Me martilleaba la cabeza. Me encontraba tan mal como después de pasar diez horas en el metrodeslizador.

Me desperté en los baños y comprobé que tenía la camisa llena de sangre. Me descubrí tumbado en el suelo de un retrete. La puerta estaba entornada. Me pasé la mano por la cabeza y noté el sudor frío. Intenté recordar lo que había pasado: la terraza, Jojo y la pizca de nador. Me sentía mal, necesitaba aire fresco. Fui a incorporarme, apoyándome en la tapa del váter, cuando oí a Nomos y a otro hombre. Debían de estar en la zona de los lavabos.

—No voy a participar en eso. Me dan igual los objetivos. ¡Olvida la cuota! —dijo Nomos, alterado.

—No tienes opción. Eres parte del equipo central, igual que yo.

No reconocía esa otra voz.

—No voy a dejar que me amenacen. Una llamada de móbril y tendré un nuevo puesto en el gobierno zonal, para toda la vida y con incentivos —dijo Nomos.

—Olvídate del gobierno, están de nuestra parte.

—La vicepresidenta no tanto.

—Esa fue la que nos salió más barata. Va a entrar en la directiva la semana que viene, con setenta y cuatro votos a favor y seis abstenciones. ¡Y con prestación doble, por supuesto!

—Lo que planeáis es una locura. Yo me retiro —replicó Nomos.

—Demasiado tarde. Mañana a mediodía todo habrá acabado.

Nomos reaccionó con mayor violencia a aquella frase.

—¿Os habéis vuelto todos locos? Es un crimen.

—¡Un crimen es que Ultramet no llegue a los objetivos máximos! Actuamos pensando en los beneficios, ¿ya no te acuerdas?

Uno de los dos abandonó los baños dando un portazo. El otro daba vueltas arriba y abajo. Por un momento pensé que se quedaría parado delante de mi cubículo. La puerta no estaba cerrada, sin duda habían imaginado que estaban solos. Finalmente aquellos pasos también se alejaron.

Permanecí un cuarto de hora más en el suelo antes de atreverme a volver a la terraza. Las sillas y las mesas estaban abandonadas en la oscuridad, entre las plantas de plástico. Ni rastro de Jojo; no había luz en la cafetería de primera clase. En la sala principal había una docena de trabajadores que no conocía bebiendo una taza del aroma de algo. El turno de noche, supuse. Ultramet nunca dormía.

No quería encontrarme con Nomos bajo ningún concepto, así que bajé por la escalera tropezando cada dos por tres. El nador me dificultaba el movimiento. Cuando conseguí llegar a la calle se me pasó el dolor y el malestar. Encendí el móvil y vi que tenía veintitrés llamadas perdidas, todas de Jojo. Según las gafas, eran las tres de la mañana. Preferí no despertarlo. Seguro que estaría durmiendo la mona, y yo necesitaba comer algo, una camisa limpia y mi cama.

Jojo me despertó sobre las diez. Por la noche yo había encontrado una camiseta barata en una tienda veinticuatro horas y había ido a un restaurante de comida rápida. Empecé el regreso a casa después de dos hamburguesas pastosas y tibias; me quedé dormido con la ropa puesta.

—Te largaste bien pronto ayer —dijo Jojo, animado.

—No llegué muy lejos.

—¿Hasta dónde?

—Los baños de la cafetería.

Se rio y me dejó dormir dos horas más, pero no pude. Me desvelé pensando en la noche pasada. Me asusté al recordar la conversación entre Nomos y el desconocido. Habían dicho algo de las doce del mediodía, pero ¿de qué día? Pasara lo que pasase, había algo claro: Nomos no quería participar. No me imaginaba con qué terrible decisión de Ultramet podía estar en desacuerdo. El asunto era tan secreto que lo habían hablado en el único lugar que no tenía cobertura de móvil. No sabía por dónde empezar con todo aquello.

Estaba mirando el techo de mi cuarto cuando Jojo volvió a llamar.

—Agárrate.

Después de una frase así solía reenviarme un vídeo de su cuenta de Ultramet.

—Tenemos nuevo jefe de equipo —continuó.

—Estás de coña, ¿no?

—¡No! Ha sido una tragedia —contestó con voz seria, algo muy poco habitual en él.

Me incorporé en la cama.

—Nomos ha tenido un accidente hoy de camino al trabajo —dijo.

La cabeza me palpitaba. Los fantasmas del nadador habían vuelto.

—Lo han atropellado. Supuestamente ha muerto en el acto. Puedes ver el vídeo de la ambulancia en Ultramet...

—No, gracias.

—El vídeo de la incineración...

—¡NO! —grité.

—De acuerdo... La policía está buscando al conductor, que salió huyendo.

Jojo se había enterado de todo aquello por un amigo suyo de la sección de programadores que ya se encontraba montando el vídeo para el mensaje de luto a los trabajadores.

—Podríamos ver un par de películas en mi casa, para distraernos un poco —propuso Jojo. Según él, no había nada más que hacer. Lo de Nomos no nos tocaba tan de cerca—. ¡Y luego tenemos que volver a pensar en la cuota! La amonestación, acuérdate.

Claro que me acordaba. Pero a quien quería ver inmediatamente después de todo aquello no era a Jojo, sino a Arne Bergmann. Las historias del viejo se estaban haciendo realidad.

## El nadador

Cuando salía de la habitación, el móvil me detuvo. Acababa de dejarlo tirado sobre la cama porque prefería ir a ver a Arne sin él. «Un vídeo nuevo de Jojo», dijo la voz suave. Me senté al borde de la cama y abrí el vídeo. Contaba con el mensaje de luto de la empresa o con la transmisión del accidente mortal. Aunque, después de la noche en la central, tenía dudas de que hubiera sido un accidente.

Nomos de forma permanente había apoyado a Ultramet al cien por cien. Había sido jefe de equipo desde siempre. Trabajaba para la empresa día y noche: a las seis de la mañana ya estaba en la oficina, y al parecer casi nunca salía de allí antes de medianoche. Quería informes diarios, sin importar lo pronto que empezáramos ni lo tarde que acabáramos. Para mí, Nomos era parte de la empresa del mismo modo que Arne era parte del Gremio de los Libros, por eso no entendía la discusión de la noche anterior. ¿A qué asunto le ponía reparos un tipo sin escrúpulos como Nomos?

Tenía la esperanza de que Arne me explicara todo aquello, o al menos que me diera su versión de los hechos. Seguro que guardaba relación con el ataque en el Barrio Cinco. El viaje a la Zona C tendría que esperar, antes quería ver el mensaje de luto. «Móvil. Vídeo de Jojo. Inicio».

Lo primero que apareció fue un colchón con sábanas azules. No era el mensaje de luto de la compañía. Las imágenes estaban un poco borrosas, era un vídeo de aficionados. Esas cosas siempre me irritaban un poco. Quien hubiera grabado aquello con su móvil no había pensado en la perspectiva ni en la iluminación. Solo brillaba una vela-e.

Una mujer entró en plano, y a su lado iba un hombre que la agarraba de la mano. Los dos desnudos. ¿Por qué me enviaba Jojo algo así? Lo descubrí unos segundos después. El hombre desnudo del vídeo llamaba a la mujer «Melli».

«Móvil. Vídeo de Jojo. Parar».

¿Melli? Volví a pasar la secuencia. Era verdad. No la había reconocido antes por la mala calidad del vídeo. Había soportado un montón de vídeos de ella que me había mandado Jojo. Melli haciendo la compra en Neudi. Melli recogiendo su cuarto. Melli en el baño, depilándose las cejas con láser. Melli esto, Melli lo otro. Y ahora, Melli con otro en la cama.

Jojo había enviado el vídeo a sus 19000 amigos, 250 de ellos lo habían subido a Ultramet. ¿Desde cuándo lo tenía Jojo? En nuestra conversación de hacía un par de horas no había dicho nada. Los comentarios iban apareciendo en Ultramet por segundos, no leí ninguno. Jojo me estaría esperando. Me necesitaba. De verdad. «Móvil. Llamada. Jojo», dije al menos doce veces de camino, sin éxito. Y doce veces vi a Jojo con unas cuantas estrellas de cine (el reparto completo de *Water Man 20*) bailando en círculos alrededor de una hoguera. Un compañero de Ultramet le

había programado aquel mensaje para indicar que estaba ausente. El mío no era una animación, sino un vídeo de verdad: caminaba por la superficie del mar de sal en el parque, y me grababa a mí mismo delante de la presa.

Jojo activaba su mensaje de ausente solo en dos casos: cuando buscaba lectores conmigo o cuando participaba en alguna película en el Oasis. Por lo demás, nunca. Tenía que encontrarlo. Jojo era para mí como un hermano; o, por lo menos, así pensaba que se comportaban los hermanos antes de la política de hijo único. Habíamos crecido juntos. A veces me sentía como si fuéramos uno solo.

Llegué al Oasis después de media hora en taxi. Ya no me importaba el ruinoso estado de mi cuenta, y no estaba para aguantar el metrodeslizador.

El Oasis era una de las primeras salas de cine interactivo de la ciudad. Jojo siempre iba allí cuando quería evadirse de la realidad durante un par de horas. «Una dosis de nador, actuar en una película y los problemas se resuelven solos», ese era su lema.

Corrí por la gastada alfombra roja de la entrada. El vestíbulo tenía un aspecto realmente anticuado, decorado con cristal y metal, pero la tecnología era impresionante. En una película podían participar hasta cuatro personas.

Jojo me invitaba una vez al mes, pues yo no podía permitírmelo. Nos poníamos los pesados cascos, nos embutíamos en los trajes llenos de sensores y actuábamos, cada uno en una habitación. El suelo móvil se adaptaba a los pasos, los saltos y las caídas. La última vez habíamos participado en una película de gánsteres. Yo hacía de malo y Jojo era policía. Jojo tenía que descubrir a unos traficantes de nador; precisamente, yo era el jefe de la banda. Al final de la película nos perseguíamos por una fábrica de la Zona C. Cada uno llevaba una pistola-e, las había en todos los cines interactivos, pero solo daba pequeñas descargas eléctricas. Quien no tenía problemas de corazón podía participar. Eso sí, al final hacía un poco de daño.

Jojo, el detective solitario, conseguía en el último minuto refuerzos de una unidad entera de policía y de los escaneadores de seguridad, que me reducían a golpes y patadas. Jojo y yo salimos del Oasis bañados en sudor.

—¡Estaba programado desde el principio para que ganaras! —me quejé.

—Siempre es así en las películas. Al final gana el bueno. ¡Tú querías ser el gánster a toda costa!

Corrí hasta la caja. El taxista esperaba ante la entrada de la gastada alfombra roja.

—¿Están poniendo algo ahora? —le pregunté a la mujer de la ventanilla.

—La siguiente película empieza en una hora —respondió, negando con la cabeza.

—¿Quién ha participado en la última? —dije.

—Eran tres, en una película sobre batallas espaciales. Esa de los vampiros espaciales que se enamoran de extraterrestres...

—¿Qué edad tenían los jugadores?

—Nueve o así.

Entonces Jojo no estaba en el Oasis.

El taxi me llevó a casa de Jojo. Llamé y nada. O se había quedado dormido o estaba por ahí. Apoyé un dedo en la puerta. *Zzzp*. Jojo me había registrado como compañero en Tecmix.

La luz se encendió y empezó a sonar mi canción favorita de Zonazora-22. La voz profunda de héroe de *Water Man* me saludó.

—¡Eh, Rob, bienvenido!

—¿Adónde ha ido Jojo? —pregunté.

—El aromatizador está vacío. ¿Tienes hambre?

Zonazora cantaba demasiado alto y *Water Man* producía interferencias. Me coloqué directamente delante de la consola de Tecmix.

—¿Dónde está Jojo?

—Nuevo en Neudi: oferta de mix de aromas. ¡Dos por uno! ¿Deseas recibir el pedido? Entrega rápida garantizada en dos horas y diez minutos. Y además recomendamos...

—¡DÓNDE ESTÁ JOJO! —grité.

—Está aquí —respondió *Water Man*.

—¿En el piso? —pregunté.

—Sí, Jojo está en el salón. Neudi te ofrece el mix de aromas...

Encontré a Jojo en el sofá. Me enfadé: yo preocupándome por él y él durmiendo tan tranquilo.

—¡Buenos días! —grité—. ¡Eh, colega! Ya me había puesto en lo peor, y tú...

No reaccionó. Zonazora-22 seguía cantando.

Había polvo azul y tres cajas de nador en pastillas sobre la mesa.

—¡Jojo! —grité, sacudiéndolo.

No tenía pulso. Y yo no dejaba de repetir su nombre. Me había dejado el móvil en casa, quería ir a ver a Arne después de estar con Jojo. Cogí el móvil de Jojo del suelo y lo activé. Conocía su contraseña: «Melli». Cómo no.

—Al noventa y cinco por ciento, una sobredosis de nador —dijo la jeringuilla del médico de urgencias quince minutos después.

El médico señaló la pantalla de la jeringuilla, leí todos los valores y no entendí nada. No tenía la menor idea de medicina. Cada cinco años me metía en un tubo y un médico determinaba mi estado de salud. Eso era todo.

Con el médico de urgencias habían venido dos policías, uno de gran altura y el otro gordo.

—Por lo menos ha muerto feliz y saciado —dijo el primero, elevando lo bastante la voz como para que yo lo oyera.

Se pudieron a interrogarme en el salón de Jojo. Yo estaba totalmente destrozado, apenas podía concentrarme en las preguntas.

—¿De qué conoce a este hombre?

Las lágrimas me nublaban los ojos.

—¿Por qué tiene acceso a su vivienda?

Un mar de sal como el del parque.

—¿A quién le compra el nadador?

Me habría gustado ahogarme en aquel mar.

—¿Cómo lo financia?

Ahora mismo. Y en los brazos de Fanni.

—¿Usted también consume?

Ahogarnos juntos.

Como no contesté a ninguna pregunta, el gordo me registró, palpando los bolsillos de la chaqueta.

—¡Ni siquiera lleva móbril encima! —dijo, frunciendo el ceño.

Aquello me convertía en sospechoso. El médico tenía que sacarme sangre. Estiré el brazo sin decir palabra.

—La probabilidad de que haya consumido nadador en las últimas veinticuatro horas es del cien por cien —constató el médico.

El alto sonrió irónicamente y le hizo una seña al gordo.

—Bueno, ya puede empezar a decir la verdad. ¿De qué conoce a este hombre?

El interrogatorio volvió a empezar. Les enseñé mi perfil de Ultramet, que estuvieron revisando hasta que dos trabajadoras de sanidad llamaron a la puerta. Las mujeres de uniforme azul se llevaron el cadáver de Jojo al coche de incineración.

—¿Tiene que ser ahora? —pregunté.

—¿Has oído hablar de las leyes de sanidad? —me replicó el gordo.

—Claro, pero...

—Con la ley no hay peros que valgan —intervino el alto.

Poco después de la incineración aparecieron los padres de Jojo. Tenían los ojos llenos de lágrimas, me abrazaron. No querían soltarme y, por fin, mi lago salado rompió el dique.

La presencia de los padres de Jojo suavizó las maneras de los policías. Me echaron un sermón por haber tomado nadador, pero como cuando me registraron estaba limpio, no podían acusarme de nada. Luego comprobaron los datos de la base móbril de Jojo. La grabación de las cámaras confirmaron que estaba solo cuando tomó el nadador.

—Ningún sospechoso —dijo el alto.

Para ellos, el caso estaba resuelto. Le dieron a la madre de Jojo la dirección de la funeraria donde se encontraban las cenizas de Jojo. Los padres me llevaron en su utilitario-e hasta la parada de metrodeslizador. La despedida fue eterna. Me dijeron a qué hora querían enterrar a Jojo al día siguiente. Según las leyes de sanidad, tenían un día para hacerlo.

En el metrodeslizador no paraba de darle vueltas a lo que acababa de ocurrir. ¿Se



habría pasado Jojo de dosis sin darse cuenta? No era de los que se rendían fácilmente, no lo creía capaz de suicidarse por el asunto de Melli. ¿Y cómo era posible que Jojo hubiera muerto justo después de Nomos? ¿Me ocultaba Jojo algún secreto? Y, en caso de que Nomos y Jojo estuvieran en alguna lista, ¿estaría mi nombre también?

No podía ir a ver a Arne en ese momento, necesitaba estar solo un par de horas en casa. Si los últimos días habían sido los más emocionantes de mi vida, aquel era el más triste.

Busqué en mi base móbril vídeos de Jojo. «Quince años de material de vídeo, incluyendo publicidad», dijo una voz. «Doce años publicados en Ultrahnet, tres años almacenados internamente». No quería ver ni un segundo. Enviaría esos tres años de la vida de Jojo a los móbriles de sus padres. ¿Qué debía hacer si no?

Se me ocurrió algo. Saqué la base móbril de la consola de la pared y contacté con la mensajería exprés. Veinte minutos después aparcó un trabajador frente a nuestra casa.

—Un patinete-e muy chulo —le dije al conductor, que tenía mi edad. A lo mejor me hacía un descuento, estaba totalmente arruinado.

—Gracias. A la mayoría no le gusta que sea solo negro.

—Es verdad, destaca poco en el tráfico. ¿Amarillo, mejor?

—¡Rojo! —respondió.

Le di mi base móbril y la dirección de los padres de Jojo; luego puse el dedo sobre la caja gris al lado del volante.

—No hace falta —dijo el conductor.

—¿Y eso? —pregunté, desconcertado. Ya empezaba a imaginarme que sería cómplice de Arne. Estaban por todas partes.

—Ya has pagado con el ojo.

—¿Y cuánto?

—¿No te lo ha dicho el móbril?

—Ni idea, estaba concentrado en el patinete.

El conductor se fue y yo entré en mi cuarto. El proyector se encendió para enseñarme un anuncio de Tecmix. A diferencia del móbril, no había recibido ninguna amonestación del proyector. «¡El vehículo perfecto para solteros!», decía el vendedor de vehículos eléctricos del Barrio Ocho, siempre de buen humor. «¡Viaja demasiado en taxi, Rob! Con este patinete-e ahorrará mucho dinero. Y usted...».

El vendedor no pudo decir nada más. Agarré el proyector con las dos manos, tiré de él hasta romper el cable y lo estampé contra la pared con todas mis fuerzas. Lo había destrozado ciento cincuenta y cuatro cuotas antes de que fuera mío.

Mi móbril vibró.

«Móbril. Llamada. Tecmix», dijo la suave voz.

—¡Aceptar!

—Hoolaaa, aquí la central de clientes de Tecmix —canturreó animadamente un trabajador—. Hemos recibido un mensaje de error.

Miré con el móbril a lo que quedaba del proyector y no dije nada. El hombre de Tecmix parecía ir comprendiendo que la chatarra que había por el suelo era lo que quedaba del proyector.

—Parece una avería total —dijo. Esta vez su tono era serio—. ¿Qué le ha ocurrido al proyector? ¿En qué podemos ayudarlo?

Tiré el móbril al suelo, corrí al baño, abrí el agua fría y metí la cabeza en el lavabo hasta las orejas. Que si móbril, que si proyector... ¿Y todo para qué? Sin Jojo, nada tenía sentido. ¡Todo era mentira! Saqué la cabeza y respiré hondo.

El agua caía del lavabo al suelo del baño, y un minuto después llegó al suelo de plástico de mi cuarto. Un sensor de Tecmix emitió un pitido agudo. El sistema de Tecmix se controlaba desde la base móbril de la casa. Iba a la sala técnica de la planta baja cuando mi móbril empezó a pitar por encima del otro ruido. Las gafas adaptaban su volumen al nivel de alrededor. Era práctico, pero en aquel momento me ponía nervioso.

«Móbril. Llamada. Contacto desconocido».

No era nadie de Tecmix, eso estaba claro. No quería volver a tocar el móbril, me lo había prometido con la cabeza metida en el agua. Pero me venció la curiosidad. Como siempre.

Vi una habitación llena de chatarra. Era semejante a la de Jojo. Oí a una mujer, parecía de mi edad, gritaba sobre el pitido.

—¿Hablo con Rob?

No dije nada.

—No nos conocemos —continuó ella al mismo volumen—. Jojo me enseñó tu perfil de Ultramet una vez.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Melli.

Se me quebró la voz, tenía un nudo en la garganta.

—No localizo a Jojo, estoy preocupada.

Volví a llorar, pero al parecer ella no lo oía.

—He tenido un problemilla, una tontería. Mi base móbril ha mandado vídeos privados a todos mis contactos, entre ellos uno de hace dos años, con mi ex. Es de antes de estar con Jojo. Dime, ¿qué opinas?

No conseguía decir nada.

—Es superembarazoso lo del vídeo. No quiero que Jojo crea...

Me quité el móbril de la cara y lo lancé hacia el baño. Chocó con el marco de la puerta y aterrizó sobre el suelo mojado, delante del lavabo. «Water Man 25, estoy en todo Ultramet», gritó Water Man por encima del pitido. Sabía que el cacharro aguantaba, pero no podía aguantarlo todo. Lo metí en el agua del lavabo, esperé, lo saqué. Water Man se había callado por fin. Volví a tirarlo contra el suelo, una y otra vez, hasta que no quedaron más que unas pocas piezas desperdigadas. Las recogí, miré en derredor, y las hice desaparecer por el váter.

Arranqué los sensores Tecmix de mi cuarto y del baño, y desprendí los altavoces, tornillos incluidos, del techo. El tono enmudeció. Estaba mareado. Imágenes y voces pasaban por mi cabeza a toda velocidad. Pensaba que estaba a punto de desmayarme. Qué disparate, me dije. Y entonces caí redondo.

Era la segunda vez en mi vida que me ocurría algo así. Soñé con Jojo y con la primera vez que me pasó. Habíamos ido al Oasis a celebrar su cumpleaños. Ponían una película de mucha acción en el cine interactivo.

Nos habíamos estrellado con el solardeslizador muy lejos de la ciudad, en las regiones contaminadas, donde vivían monstruos horribles contra los que teníamos que luchar. Durante la pelea final contra el enemigo perdí a Jojo de vista porque las cabezas de serpiente de un lobo mutante me tenían rodeado. Disparaba mi pistola-e como un loco, pero no tenía ninguna posibilidad. «Salida», gritaba una y otra vez, pero la película continuaba. Había algún error. Ningún trabajador del Oasis vino a ayudarme a quitarme el traje y el casco. La película no se detenía. La pistola-e se me cayó de la mano. Sentía los mordiscos de serpiente por todo el cuerpo. Electrochoque tras electrochoque. Así aprendí que el electrochoque, por muy suave que sea, duele muchísimo cuando se repite cien veces.

Incapaz de quitarme el casco, cerré los ojos y caí al suelo, impotente. Cuando acabó la película, un trabajador del Oasis y Jojo entraron en la sala y me descubrieron tirado en el suelo, inmóvil, en un charco de orina. Jojo y yo nunca volvimos a hablar de aquello. A partir de entonces siempre pedía a un operario que hiciera una prueba de salida.

También me habría gustado gritar «Salida» aquella tarde en mi cuarto inundado, pero aquello no era una película, era mi vida fuera de control. Tenía que hablar con alguien, pero ¿con quién? Mi padre estaba durmiendo, descansando del turno de noche. De todas formas, no me habría hecho caso.

Llamé a la puerta del despacho de mi madre. No hubo respuesta. Aun así, entré en la pequeña habitación. Estaba hablando con un compañero sobre algo del trabajo.

—En la reunión quedó claro, llamamos al consultor...

No sabía nada de la muerte de Jojo. Esperé. Ella siguió con sus asuntos.

—Jojo ha muerto —dije, metiéndome en su conversación.

Me miró brevemente y negó con la cabeza.

—¡Ahora no!

Me di la vuelta.

—Sale un pitido horrible de tu habitación, ¡me pone nerviosa! —me dijo antes de que me fuera de su despacho. Sin una palabra más.

En la sala de control desactivé la alarma con un par de patadas contra la base móbril de casa.

Tenía que ir a la Zona C, a la residencia de ancianos Puerto del Este. En las habitaciones secretas tras la cafetería estaban las personas con las que debía hablar si no quería volverme totalmente loco.

Según Nomos, algo iba a pasar a las doce, no tenía ni idea de qué. Seguro que Arne sabía qué tramaba Ultramet, aunque dudaba mucho que me contara siquiera una pequeña parte. Valía la pena intentarlo.

Jojo había muerto. Yo solo era una mitad.

## La tienda

Thomas me recibió al final de la escalera. De alguna manera, había acabado cogiéndole cariño a aquel viejo entrañable.

—Justo a tiempo para la fiesta de despedida —dijo.

—¿Cómo que despedida?

Thomas no respondió. Me guio hacia el almacén por los oscuros pasillos con ayuda de su linterna. Ya empezaba a acostumbrarme al laberinto del Gremio de los Libros.

No reconocía la habitación. Había unas treinta personas alrededor de una mesa y parecía que cada uno había llevado algo. Le di a Thomas las tres tartas de chocolate; el camarero que me había recibido en la residencia de ancianos Puerto del Este, esta vez despierto, no había querido aceptarlas y me había mandado directamente a los aseos.

Había velas encendidas, que daban un aire acogedor a aquella sala desangelada. No vi a mi profesora ni a Fanni por ninguna parte. Me sentía decepcionado, necesitaba ver a Fanni. Seguro que me cogería de la mano, aunque fuera por compasión. Ella sabía cuánto significaba Jojo para mí.

Descubrí a Arne; estaba discutiendo acaloradamente con dos tipos de mi edad. Durante un instante sentí algo parecido a la envidia. Nadie me prestaba atención, todos estaban enfrascados en conversaciones. No brillaba ningún móbril, por supuesto. Y, por supuesto, yo era el único calvo.

Thomas me miró a la cara.

—¡No tienes ganas de fiesta!

No repuse nada, eso le bastó como respuesta.

—Ven conmigo —dijo a la vez que me agarraba y me llevaba hacia una puerta.

Le estaba profundamente agradecido. No tenía ganas de fiesta ni de compañía. El único motivo por el que había ido a ver a Arne era aquel asunto de las doce. Y para hacer las paces con Fanni, claro.

Thomas me llevó a una habitación contigua, a oscuras. Me dejó solo y cerró la puerta sin hacer ruido. Esperé mientras oía las voces que llegaban de al lado. Respiré hondo varias veces.

La puerta se abrió pero no me giré. Sentí un brazo sobre mis hombros. ¿Fanni?

—Siento mucho lo de Jojo —dijo Arne.

También me valía.

—Ha salido hace un par de horas en Ultranoticias —continuó.

—¿Qué han dicho?

—Un joven se suicida. Su novia lo engañaba.

—El vídeo de Melli era de hacía año y medio. Tuvo un problema con su base

móbril. Y Jojo nunca habría...

De pronto me eché a llorar. Desde el encuentro con Arne en el metrodeslizador, lloraba cada dos por tres.

—Nunca vas a hallar nada de eso en Ultranet —dijo Arne—. Ni una crítica contra Ultranet, ni contra móbril, ni contra Tecmix, ni contra Scan, S. A. Son las leyes no escritas de la empresa.

—Está claro —dije, aunque no estaba nada claro.

—Hay algo más.

No quería saberlo. Lo único que quería era ver a Fanni, abrazarla y seguir llorando.

—Según las noticias, Jojo no solo trabajaba de agente de libros en Scan, S. A.

—¿Ah, no?

—Dicen que era miembro del Gremio de los Libros y que preparó el ataque-e. Pasaron los segundos.

—¿Era uno de los vuestros? —pregunté.

Ya todo me parecía posible.

—Nosotros no perpetramos ningún ataque. Y Jojo no era de los nuestros.

Me quedé mirando la oscuridad. Me imaginaba el titular: «Jojo, el superterrorista». Increíble. Seguro que sus padres ya lo habrían visto. Los pobres estarían preguntándose qué se les venía encima. ¿Ultranoticias mentía con tanto descaro?

Dentro de los medios informativos, ninguna otra plataforma tenía tantos visitantes. «Gracias a sus noticias gratuitas, Ultranoticias ha acabado con todas las revistas y los periódicos que aparecían en papel», me explicó una vez mi profesora en un seminario sobre Saber Antiguo. El tema no estaba en el plan de estudios, pero nos lo contó de todos modos. La versión corta era que la prensa en papel apenas tenía lectores, pero nadie quería pagar por las ediciones de Ultranet. ¡Ultranet era libre! Libre equivalía a gratis y supuso el fin para los periódicos.

Mis padres aún guardaban algunos viejos periódicos en una caja en la sala de control. Cuando empecé como agente, mi padre me había dado aquellos papeles amarillentos; yo se los entregué a Nomos, que los cedió a su vez a los agentes de periódicos. Con el dinero que nos dieron, pagamos dos cuotas del nuevo aromatizador.

Aún recordaba lo que pensé cuando vi aquellos periódicos: ¿quién quería leer tanto texto de una vez? ¡Y todos los días! ¿Y esperaban que la gente pagase por eso? No era de extrañar que las editoriales hubieran quebrado.

Arne y yo nos quedamos un par de minutos callados en la oscuridad. Intenté distinguir la voz de Fanni entre los murmullos.

—¿Qué pasa con el gran estallido? —quise saber.

—Algunos de los nuestros arriesgan la vida para que tengamos una idea de los planes Ultranet —dijo Arne.

Sabía que no tenía sentido seguir preguntando.

—¿Te apetece dar una vuelta por mi tienda? Te distraería.

—¿Qué vendes? —pregunté.

Arne encendió la luz. Estábamos en una sala enorme, abarrotada, de unos cinco metros de altura. Por todas partes había estanterías llenas de libros que llegaban hasta el techo. No había ni un centímetro libre. ¡Scan, S. A. pagaría una fortuna por algo así! Me avergoncé de pensar eso, así que me guardé el pensamiento para mí.

—Yo tenía la librería más famosa del Barrio Uno de la Zona A —dijo Arne.

—¿Eras librero?

—Antes de la guerra tenía una tienda en mi ciudad, en el sur. Cada vez más clientes me decían que se podía encontrar todo en Ultranet, y gratis. Otros me fueron fieles. Hasta hoy.

—¡Todo el conocimiento para todos! ¡En cualquier momento! ¡Gratis! —dije sin pensar. Así se me había grabado.

—Ya no vendo libros porque ya no se imprimen. Solo los presto. Te encuentras en la última biblioteca de la ciudad.

—¿Una biblioteca secreta?

Recorrí uno de los estantes pasando un dedo por los lomos de los libros. No había *zzzp*, estaban callados, mudos. ¿O no querían hablar conmigo? A fin de cuentas, yo era un cazador de libros.

—Los métodos de Scan, S. A. se han vuelto cada vez más agresivos. Por eso es mejor que los lectores nos cubramos entre nosotros.

No me sentía incluido en el «nosotros» de Arne. Nunca en mi vida había leído un libro, ni impreso ni en Ultranet. Yo era un escaneador, no un lector. Pero el misterio de aquel lugar me fascinaba.

Arne me explicó la estructura de su almacén.

—En este nivel están los libros de divulgación.

Bajamos por una escalera de caracol.

—Aquí abajo se encuentran las novelas.

La colección de Arne podía competir sin problema con aquella biblioteca de barrio que escaneamos Jojo y yo; la última biblioteca, creía yo entonces.

Cuando llegamos a las novelas me sobresalté. Junto a la escalera había una mujer con rizados grises sentada en un sillón de cuero marrón. No esperaba que allí hubiera nadie. Una pila de libros se alzaba desde el suelo hasta más allá de su cabeza. Una débil luz ardía sobre la mesa ante ella.

—¡Linda! ¡Nos has asustado!

La mujer reaccionó con una sonrisa al comentario de Arne y volvió a enfrascarse en su lectura.

—Empecemos por la B. Linda no desea que la molestemos; ha leído más que todo lo que ves en estas habitaciones.

Me temía una nueva lección de Arne. Y estaba en lo cierto. Acercó una escalera

que estaba sujeta a la estantería con un raíl. Señaló hacia arriba. Escalé hasta la letra B. De entre algunos libros sobresalían tarjetas de plástico. En ellas vi fotos y un par de líneas escritas.

En todas las fotos aparecía Arne. Era mucho más joven y también llevaba el pelo largo, pero era negro en lugar de gris. Siempre aparecía junto a un hombre o una mujer. Al lado, alguien había escrito la fecha a mano y la leyenda «Lectura en el Gremio de los Libros».

—Son escritores que realizaron lecturas de sus obras en mi librería —dijo Arne—. Incluso después de cerrar la tienda, organicé lecturas hasta hace dos o tres años. Luego se hizo demasiado peligroso.

Busqué alguna cara conocida en las fotos pero no reconocí a nadie. Ninguno de esos escritores había salido nunca en el proyector de mi cuarto.

—Bradbury —gritó Arne desde abajo, recordándome que no estaba encaramado a esa escalera para ver fotos—. *Fahrenheit 451* —añadió.

Saqué el libro.

—Los bomberos no apagan fuegos —me explicó—, sino que queman libros. Pero uno de los bomberos empieza a interesarse por los libros que destruye.

Seguimos nuestro camino y nos paramos en la letra H. Aquella vez no necesitaba escalera.

—*Un mundo feliz*, de Huxley —dijo Arne, radiante.

No entendía por qué. Busqué el libro y se lo entregué.

Tuvimos que girar dos veces y adentrarnos en lo más profundo de la sala para llegar a la letra O.

—George Orwell, *1984* —pidió Arne—. ¡El Gran Hermano te vigila! —añadió, sin decir nada más.

Arne se sentó conmigo a una mesa y encendió una lámpara de lectura. Puso a Bradbury, Huxley y Orwell ante nosotros y me miró, expectante. Otro libro cayó sobre la mesa, la mujer de los rizos nos lo había tirado desde dos metros de distancia. Hasta Arne se sobresaltó. Linda lo miraba con gesto de reproche. En la tapa del libro se leía *Nosotros*, escrito por un tal Yevgueni Zamiatin.

—¡Siempre lo olvidas! —dijo Linda.

Arne torció el gesto.

—¡Además, ignoras completamente los del siglo veintiuno! —siguió riñéndolo la mujer.

—Esto es el principio, Rob...

—¿Y qué hay de Shteyngart, por ejemplo, o de...?

—¡Linda! ¿Lo discutimos luego...?

—No conozco a ninguno de estos escritores —dije.

—No puedes conocerlos —dijo Arne, asintiendo—. ¡No encontrarás ninguno de sus libros en Ultrahet!

—¿Por qué no?



—Porque estos autores describieron, hace muchos años, el mundo como es ahora —dijo Linda.

—¡Y porque nos advirtieron! —completó Arne.

Eran la pareja de profesores perfecta: dos sabelotodos insoportables.

—¿Y por eso no están sus libros en Ultragnet? —pregunté.

—La empresa censura libros. A veces eliminan un par de párrafos, a veces diez tomos de un plumazo —dijo Linda.

Intenté entender todo aquello.

—Entonces, si escaneo un libro de Bradbury...

—... Scan, S. A. estará contenta de que hayas colaborado en la destrucción y desaparición de esa obra —dijo Arne—. Los datos que hayas escaneado se borrarán y el libro se quemará.

Buen reproche. Nunca me paré a pensar, los libros me parecían insignificantes. Se trataba de ganar dinero, nada más. Nunca se me ocurrió buscar autores o libros. ¿Para qué? Cuando quería saber algo no necesitaba ningún libro, preguntaba a la Ultrapedia y obtenía la respuesta correcta: ¿Cuándo estalló la última de las grandes crisis? «El cinco de diciembre». ¿Quién fue el culpable? «El eje Sur».

Abrí el libro del bombero y leí un par de líneas.

«Los que no construyen deben destruir. Es algo tan viejo como la Historia y la delincuencia juvenil...».

—De modo que eso es lo que yo soy.

—En todos nosotros hay algo de ello.

Quería seguir leyendo, pero Arne me quitó el libro de las manos y lo cerró.

—Hoy no es día para leer. Ni mañana. Pero en los próximos días tendrás mucho tiempo.

No entendía nada. Sin embargo, recordé por fin el motivo real de mi visita. Le conté a Arne la reunión de emergencia en Scan, S. A., aunque me salté mi experiencia con el nadador. También le relaté con todo detalle el diálogo que escuché en los aseos entre Nomos y el desconocido.

—Algo va a pasar a las doce —dije a modo de cierre.

—Mañana, lo sé —respondió Arne mientras me guiaba hacia la escalera de caracol—. Por eso estamos celebrando hoy la despedida.

Como siempre, hablaba con acertijos. Quería preguntarle sobre Fanni. Me dirigí hacia dos sillones rojos que había en la sala de los libros de divulgación pensando cómo plantearle la pregunta.

—Fanni supuso que vendrías.

Arne podía leer el pensamiento, o simplemente sabía mucho de mujeres.

—¿De verdad? ¿Y dónde está?

—No ha acudido a nuestra fiesta —respondió.

Tragué saliva.

—No fuiste muy cuidadoso. Debiste de hacerle mucho daño la última vez que os visteis —añadió Arne.

Le conté nuestra conversación. Entendió el enfado.

—Fanni creció con su abuelo y sus libros. Él creó esta biblioteca con nosotros.

Se sentó sobre el brazo de uno de los sillones. Yo me quedé de pie junto a él.

—Siempre que el abuelo de Fanni se enteraba de un fallecimiento, transmitía sus condolencias a los familiares y pedía los libros. Eso era antes de que Scan, S. A. y sus agentes pagaran por ellos. Para algunos, los libros no eran más que un montón de papel viejo, papel que no dejaba tiempo para ver los vídeos del proyector.

—¿Y Fanni? —pregunté.

—Era parte del círculo secreto de lectura de su abuelo.

—¿Cómo que secreto?

—¿Alguna vez has oído hablar de agentes de libros pesados?

Bajé la mirada.

—¿Y de los escaneadores de seguridad que registran tu casa en cuanto un agente pesado les da tu dirección?

—¿Qué ocurre con los lectores en círculo? —dije para que cambiara de tema.

—¡Círculos de lectura! Lectores de todas las edades que se reúnen para hablar de los libros que están leyendo. Para intercambiar libros. Algunos escriben sus propias historias y se las leen al resto.

Acababa de descubrir otro mundo. En el círculo de Fanni también estaba Arne, así se habían unido ella y su abuelo al Gremio de los Libros.

Arne se levantó y se dirigió a la fiesta.

—Fanni no está hoy aquí. Pero mañana tendrá otra idea de ti.

Thomas nos había reservado una esquina de la mesa. Una mujer mayor me trajo un plato con un montón de cosas: había un trozo de una de mis tartas de chocolate al lado de unos dados amarillos que olían a queso.

—Nos estábamos divirtiendo —dijo la mujer, y se sentó con nosotros.

Solo podía tratarse de la agente literaria, la de mi primer encuentro con el Gremio de los Libros en el sótano secreto.

Arne esperó a que me acabara hasta la última migaja del plato. Entonces llamó a un hombre de mi edad. También era calvo, no me había dado cuenta antes. Arne no nos presentó. Otra vez la pose de misterio.

Arne le susurró al oído. El calvo le dio una larga respuesta, también en voz baja. Arne reflexionó un momento y decidió ilustrarme. No estaba muy seguro de si Arne, igual que Ultramet, censuraba cosas a veces.

—Tu empresa se encuentra muy ocupada con lo que va a ocurrir mañana. Y, al

parecer, los escaneadores de seguridad te consideran un peligro. Creen que quieres pasarte a nuestro grupo.

—Vaya ideas más raras que tienen —dije.

Arne se rio, pero yo lo decía en serio.

—Quieren sacarte de casa mañana —me advirtió Arne.

—¿Sacarme?

—Oficialmente, serás un terrorista del Gremio de los Libros. Lo emitirán en directo por Ultranet.

Arne miró al calvo.

—Lo más probable es te detengan sobre las once de la mañana —confirmó este.

—¿Detenerme?

—Después de *¿Quién quiere ser de la Zona A?*, y los deportes —dijo el calvo a la vez que asentía—. Eso lo ven muchos espectadores. Se armará escándalo. En cualquier caso, tiene que ser antes de las doce.

—¿Antes de las doce?

El calvo hablaba de mi detención y de mi futuro en prisión como si fuera lo más normal del mundo.

—Después del entierro de Jojo no volverás a casa de tus padres —anunció Arne, en el mismo tono calmado.

—Ajá, y ¿adónde se supone que debo ir? —pregunté, alegre.

Ya estaba Arne otra vez tomando decisiones que deberían haber sido mías.

—Mañana a las doce estarás en la residencia de ancianos Rayo de Sol, Zona C, Barrio Veinte. Desde allí aprovecharás el gran caos para llegar a nuestra base.

—Pensaba que esto era la base.

Arne sonrió pero no dijo nada.

—A lo mejor prefiero quedarme en casa de mis padres y dejar que me detengan los escaneadores de seguridad.

—No lo prefieres. No tienes ni idea de lo dolorosa que es una tortura con móvil. Desde mañana serás un terrorista, y con ellos el gobierno zonal lo permite todo.

Eso no lo dudaba. Al menos, ya no.

Nos despedimos más tarde con un fuerte abrazo. Pensé en los padres de Jojo aquella mañana en que no queríamos separarnos.

En la oscuridad, Arne me soltó un nuevo enigma:

—¿Te gustan los animales? Más te vale que te vayan gustando de aquí a mañana a las doce.

## La despedida

Todo lo que quedaba de Jojo cabía en una cajita, y ocupaba menos que la caja de un móvil. Esperaba junto a los padres de Jojo delante de aquella cajita, en el sótano Catorce del salón de entierros.

En la entrada principal había puesto el dedo en la puerta. Una vez dentro, recibí indicaciones del camino. Al llegar al sótano Catorce pasé por delante de miles de cajones con etiquetas. En aquel laberinto subterráneo me acordé del viaje en *rickshaw* por los estrechos callejones de la Zona C. Pero ahora tenía una suave voz en la oreja que iba indicándome por dónde ir. «Ahora gire a la izquierda y espere un momento». Había dos entierros en mi camino, y no podía pasar por delante, el pasillo era muy estrecho. Por otra parte, los entierros eran muy cortos: solo podían durar cinco minutos, ni un segundo más. «Por favor, continúe. Avance veinte pasos». Conté quince; al parecer, daba pasos muy grandes. «¡Ha llegado a su destino!», dijo el navegador.

Esperábamos a la sacerdotisa. No hablamos de los titulares en Ultramet. No dijimos ni una palabra sobre Jojo, el Superterrorista. No abrimos la boca. Seguro que los padres de Jojo también tenían un nudo en la garganta.

Jojo no había sido especialmente religioso, pero sus padres sí. No eran judíos, ni cristianos, ni musulmanes, ni budistas, ni hinduistas, ni ninguna otra cosa, sino una mezcla de todo. El sótano Catorce era el adecuado para aquella mezcla de creencias.

A las nueve y cuarto, un minuto antes del entierro, apareció la sacerdotisa. Había sobrepasado los cuarenta años, me sacaba dos cabezas, tenía una cicatriz sobre el ojo derecho y era calva, naturalmente. Llevaba un vestido amarillo con anchas rayas lilas, sin inscripciones ni símbolos. Nos hizo una profunda reverencia, sacó el cajón de Jojo y colocó un pequeño buda de color rojo oscuro sobre las cenizas. El buda tenía los brazos estirados y una sonrisa de oreja a oreja.

La sacerdotisa leyó un pasaje de la Torá.

Treinta segundos.

Recitó tres versos del Corán.

Un minuto.

Relató brevemente la crucifixión de Jesús.

Un minuto y treinta segundos.

Resumió las enseñanzas del karma.

Los dos primeros minutos habían pasado.

Un proyector surgió del techo. *Zzzp*.

Jojo estaba en brazos de su madre. Era un bebé. En el pasillo oscuro olía a aceite

de bebé.

Corte.

Primer día de colegio, chillidos en el patio. Por todas partes olía a zumo de naranja y palomitas.

Corte.

Vacaciones en un *resort* (el parque, área temática: sol y playa). Una suave brisa nos meció y sentí el sabor salado en los labios.

Corte.

Fiesta de graduación en la universidad. Estruendo de botellas de champán abriéndose.

Corte.

Nosotros dos como agentes de libros.

Corte.

El proyector enmudeció.

Los siguientes veinte segundos debíamos estar callados y recordar a Jojo. Quedaban cuarenta segundos para dedicarle unas palabras. Los padres habían preparado algo.

«Móbril. Discurso. Jojo», dijo el padre con voz temblorosa.

Algo no funcionaba.

«Móbril. Discurso. Jojo».

Se echó a llorar.

El móbril se guardó el discurso. Supuse que había sido por el reconocimiento de voz. Los padres de Jojo todavía tenían móbriles de tercera generación. Aquello no podía ser verdad. Yo no había preparado absolutamente nada, pero sabía lo que quería decirle a Jojo. Aunque yo no creía en esas cosas, en otra vida después de la muerte y todo eso. Sin nada. Sin Ultranet.

—Lo que voy a hacer hoy, también lo hago por ti. Ultranoticias miente. Lo sé. Voy a...

—Fin de la ceremonia —me interrumpió la sacerdotisa.

Anunció que debía ir a otro entierro en el pasillo B.

—Sostén esto un momento —me dijo, y me alargó el buda con los pies manchados de ceniza.

La sacerdotisa empujó el cajón hacia la pared y selló la pequeña tumba con una llave de plástico. Luego se inclinó otra vez ante nosotros. El padre de Jojo puso el dedo en el receptor de la mujer y después ella se marchó. Nosotros tres nos quedamos mirando el cajón.

Bajé la cabeza y me di cuenta de que aún tenía el buda en la mano. Salí corriendo detrás de la sacerdotisa.

—Se ha olvidado su buda —le dije.

Ella envolvió mi mano y el buda con sus largos dedos.

—Quédatelo. Necesitarás algo que te traiga suerte.

Me sorprendió su respuesta, aunque llevaba razón. Quería volver con los padres de Jojo, pero la mujer aún agarraba mi mano con fuerza.

—No sé cuál es tu plan, pero ¿quieres que recemos?

—Bueno, para ser sincero, no soy..., o sea, no creo..., no creo realmente...

Sentí su mano sobre mi cabeza y enmudecí. Habló en un idioma que yo no había oído jamás. Para acabar, me susurró al oído: «K-33». No estaba seguro de si se trataba de algún versículo. Asentí devotamente. Quería irme, pero ella no me soltó. «K-33», dijo otra vez en voz baja. Era evidente que todos aquellos años bajo tierra no le habían hecho ningún bien.

Regresé corriendo junto a los padres de Jojo. Su madre me cogió de la mano; quería salir de aquel edificio asfixiante. El ascensor nos llevó a la superficie. A la salida, el padre de Jojo vio un vídeo informativo en el que una mujer oronda vestida de blanco le explicaba las horas de visita. Me quedé parado cerca de la puerta corredera de cristal. Al otro lado había tres hombres con uniformes verde oliva. En la pechera llevaban impresas cuatro letras: PSDI.

Se me cayó el buda de las manos. La sección «Protección contra el Sabotaje y Defensa de la Información», ¡los escaneadores de seguridad! Querían entrar, pero algo se lo impedía.

—Será mejor que ayudemos a estos señores —dijo la madre de Jojo mientras recogía el buda y me lo daba.

La aparté de la puerta.

—Esto es complicado —dije—. Ahora no se lo puedo explicar, pero más tarde...

Uno de los uniformados me vio y gritó algo. Eché a correr hacia el ascensor. La puerta se cerró con tanto cuidado como solo era posible en una sala funeraria. Dos de los hombres rompieron el cristal con sus botas negras y se lanzaron hacia mí. Un par de metros antes de que alcanzaran el ascensor, empecé a bajar hasta el sótano Catorce.

Había elegido la planta de Jojo sin pensar. A través de la puerta acristalada veía los interminables pasillos llenos de cajones, piso tras piso.

Arne se había equivocado. Los escaneadores no iban a sacarme de casa después del entierro de Jojo, ni hablar. No iban a esperar a *¿Quién quiere ser de la Zona A?* ¿Qué hacían aquellos tipos allí? ¿Y sin transmisión en directo? Detener a alguien en la sala funeraria no sería bueno para la imagen de Ultranet, sin duda. Por otra parte, quién sabía cómo informaría Ultranet de todo aquello. La puerta del ascensor se abrió.

A, B, C... Las letras y sus flechas brillaban en la pared. En el pasillo F me quedé parado frente a un mapa animado en busca de una pista que me llevara a otra salida. Un texto parpadeaba sobre el mapa: «Querido familiar: Por razones técnicas, mañana no podrá emitirse ningún funeral a través de Ultranet. Le rogamos nos disculpe por las molestias. Los demás días se transmitirá todo por Ultranet con normalidad». No sabía nada de aquello, pero ¿cómo iba a saberlo? Era la primera vez que acudía a un

funeral.

Unos gritos a mi espalda me arrancaron del mapa. «Activar armas. ¡Orden de disparar!». Al parecer, habían decidido que detenerme no era suficiente; querían matarme. Corrí como nunca en mi vida mientras oía los pasos de quienes me perseguían. Corrí hasta quedarme sin aire. ¡Idiota, idiota, idiota!, no podía pensar en otra cosa. Había criticado a la empresa durante el entierro de Jojo, y todo eso en directo por Ultranet. Y Jojo era un «superterrorista» según Ultranoticias, así que seguro que me habrían visto miles de personas. ¡Por supuesto que tenían que intervenir los escaneadores de seguridad! Probablemente llevaban siguiéndome desde por la mañana con la orden «Intervenir si Rob habla de política. En caso contrario, esperar hasta la mejor hora de emisión».

Delante de mí brilla un cartel hacia el pasillo K. ¡El pasillo K! Me acordé de la sacerdotisa y su susurro: «K-33». Inspeccioné las puertas y las ramificaciones en busca de números. Descubrí el «33» sobre una puerta corredera y, al lado, una pequeña caja de cristal con una leyenda que brillaba en rosa: «Salida de emergencia. En caso de incendio, romper el cristal y activar alarma con el dedo».

En otras circunstancias habría pensado en cuánto costaría activar una alarma así sin necesidad, pero ya daba todo igual. Golpeé el cristal con el buda como un loco.

«¿Quiere activar la alarma?», me preguntó una voz suave.

—Síii.

«Los detectores de humo no aconsejan activar la alarma. ¿Quiere activar la alarma de todas formas?».

—Síii, síii.

«¿Está completamente seguro de que quiere activar la alarma? ¡El uso no justificado puede ser castigado!».

Un texto de cuarenta párrafos apareció junto al interruptor.

«¿Acepta?», preguntó la voz.

—¡Síii! —grité.

«Por favor, abandonen el edificio de inmediato y mantengan la calma», empezó a oírse a través de los altavoces del pasillo K y, probablemente, también por todo el edificio. El aviso se repitió; la puerta se abrió por fin. Me encontré frente a una escalera con mil escalones que llevaban hacia arriba. Me esperaban catorce plantas, eso estaba claro.

En algún momento me paré y me senté en el suelo, tosiendo. No oía a los escaneadores de seguridad. ¿Quizá no me habían seguido por la escalera? ¿Habría más puertas que se hubieran abierto con la alarma? ¿Les habría indicado la sacerdotisa un camino falso? Ella había entendido lo peligroso de mi discurso en el funeral. No como yo.

La puerta que daba a la salida estaba abierta. Me ardían los ojos por el sudor y la

claridad casi me dejó ciego. Me senté sobre el asfalto y me protegí con una mano por encima de mis cejas.

—¡Eh, usted! —gritó una voz profunda de hombre.

Me levanté de un salto y volví corriendo a la oscura escalera. El hombre me alcanzó y me arrastró hacia fuera. La huida había terminado antes siquiera de empezar.

—¿Está herido? —preguntó el hombre.

No era una pregunta típica de un escaneador de seguridad. Cuando salimos me soltó y reconocí el uniforme de bombero.

—¿Está bien?

Asentí.

—Vaya enseguida hacia la entrada principal, el punto de reunión está allí.

En cuanto desaparecí de su campo de visión, salí corriendo hasta llegar a una valla. La escalé, continuando con la huida, por una simple razón: el bombero llevaba móbril.

Paré un taxi. No caí en la cuenta de que no debía pagar con el dedo hasta que estuve en el asiento trasero, y, como siempre, no llevaba efectivo encima.

—Sé que va a sonar raro... —empecé a decir.

El taxista se giró hacia mí, muy enfadado.

—... pero ¿podría darle el dinero de la carrera en otro momento?

—¿Has suspendido el examen financiero o algo por el estilo?

—Peor.

El taxista señaló la figura que asomaba de mi mano.

—¿Ese es Buda? —preguntó.

—Eso creo.

—¡Me parece muy bien! La gente ya no cree en nada. Te acercaré a la siguiente estación de autobús.

—¿Podría ser la siguiente de la siguiente?

Los escaneadores de seguridad estarían vigilando las paradas cercanas. Tenía miedo. El taxista torció el gesto en una sonrisa y puso el dedo sobre el sensor del turboacelerador. Frenó cuatro paradas de autobús después.

—Esta línea va hacia la Zona B, pero tarda una hora.

Le dejé el buda sobre el salpicadero y me dirigí frenético hacia el bus-e. El conductor estresado me echó un vistazo. Tuve suerte: su móbril no apuntó a mi identificación de Scan, S. A.

En el piso quinto, apoyé la cabeza sobre el respaldo frente a mí. Pensé en que esa misma mañana me había despedido de mi madre.

—Me voy una semana de vacaciones —le había dicho durante el desayuno.

No contestó.

—Tengo que distraerme de la muerte de Jojo —continué.

Ella miró en mi dirección con su móbril, probablemente sin verme.



—Tengo que colgar —dijo.

Silencio. El anuncio «*Resorts premium* bajo las palmeras» se proyectó sobre el sucedáneo de pan con pasta roja. «¡Vacaciones en el parque! Todas las comidas de aroma incluidas. ¡Uso de móvil gratis!», decía una voz. Mi madre agitó la mano para disipar el olor a carne a la parrilla. Era vegetariana. «¡Hasta 1500 de tus mejores amigos *premium* estarán siempre allí! ¡Con acceso las veinticuatro horas a los móviles de nuestros trabajadores, tendrán una vista única de tus vacaciones soñadas!». Mi madre no dijo nada sobre el anuncio de las vacaciones que acababa de inventarme.

Estampé la taza contra la mesa; el agua caliente salpicó y mojó el sucedáneo de pan, que empezó a deshacerse dejando manchas marrones. Mi madre echó la cabeza un poco hacia delante y miró en mi dirección por encima de los cristales del móvil.

—¿Dónde está tu móvil? —preguntó, sorprendida.

Me había regalado la generación 43 por mi cumpleaños.

—Lo tiré ayer por el váter, después de arrancar el proyector de la consola de la pared y antes de destrozar los sensores de Tecmix.

Se me quedó mirando un par de segundos.

—Últimamente estás muy charlatán —dijo, y se fue a su despacho.

Yo limpié la mesa.

Quizá en ese mismo momento mi madre estaba recibiendo la visita de los escaneadores de seguridad. ¿Se acordaría de lo que le había dicho durante el desayuno? Seguro que no tendría nada en contra de que los tipos de verde registraran mi cuarto con cualquier pretexto barato. Me daba igual. No había dejado más que chatarra electrónica.

Un relámpago me hizo saltar del asiento; el trueno hizo vibrar los cristales. Fuera caía una lluvia torrencial. Las filas delante y detrás de mí se vaciaron. El último cuarto de hora lo pasé solo en el piso quinto. «Última estación. Zona B, Barrio Uno, conexión con el metrodeslizador».

Corrí por el pasillo del metrodeslizador calado hasta los huesos. En la ventana, por la que vigilaba si aparecían los escaneadores de seguridad, brillaba la hora: las once. Me había enrollado el jersey empapado sobre la cabeza. Nadie podría grabarme la cara con su móvil. Había muchos tipos raros en el trayecto de la Zona B a la C, así que no llamaba la atención.

Descubrí a una revisora al final del pasillo. Otro problema. Normalmente sacaba el carné de Scan, S. A. para que lo viera con el móvil. El procesador comparaba los datos de la tarjeta con lo que grababa la cámara, y ahora los escaneadores de seguridad buscaban mi cara. Me escondí en el baño.

«Zona C, Barrio Dieciséis», anunció una voz suave. Arne me esperaba en una

residencia de ancianos del Barrio Veinte, en treinta minutos. No tenía tiempo de bajarme y esperar un metrodeslizador en el que no hubiera revisores. Tenía que arriesgarme. Esperé en el baño. La revisora llamó a la puerta.

—Esto es un metrodeslizador, no un metrohotel —gritó.

Abrí un poco la puerta y saqué el carné de Scan, S. A. un par de centímetros a través de la rendija.

—Lo siento, pero el metrodeslizador me revuelve —dije en voz alta, y por una vez no mentía.

La mujer se rio y siguió su camino, sin prestar atención a mi tarjeta.

A las doce menos cuarto estaba sentado en un bar vacío frente a la residencia de ancianos Rayo de Sol. De camino había encontrado un billete de cinco y quería aprovechar para comer algo rápido.

El viejo que estaba detrás de la barra no llevaba móvil. Había acertado yendo a aquel lugar tan desangelado, de paredes negras llenas de manchas aún más negras. Miré un enorme espejo bajo un anticuado reloj digital. Me quité el jersey de la cabeza, pedí café y una sopa con tomate falso.

La tormenta me ponía aún más nervioso, como si no lo estuviera ya bastante. Me estremecía con cada trueno.

—Va a seguir así todo el día —dijo el viejo.

A las doce menos diez me trajo el agua caliente. La pastilla de café estaba sobre una cucharilla de plástico. A las doce menos nueve la disolví en el agua y agarré la taza con las dos manos. El camarero desapareció sin decir palabra en una habitación tras el espejo. A las doce menos ocho volvió con la sopa. A las doce menos cuatro me la había terminado. Dejé el billete de cinco sobre la mesa, me levanté y entonces el proyector que había detrás de mí se activó.

Me giré y no pude creer lo que veía. En medio del local había aparecido una imagen mía. Era la grabación del móvil del bombero; en segundo plano vi la salida de emergencia de la sala funeraria. Una voz estridente salía de los altavoces que había en una estantería, entre vasos y botellas: «Atención. Este individuo es miembro de la organización terrorista Gremio de los Libros. El gobierno zonal lo busca con la colaboración de Ultramet. Es el líder de la célula terrorista responsable del ataque-e contra el Barrio Cinco de hace dos días. Está armado y es extremadamente peligroso».

Miraba sorprendido a mi doble, inmóvil entre las paredes negras y los taburetes. Ultramet había emitido un aviso de emergencia, de lo contrario el proyector no se habría encendido solo. Tenía que largarme, enseguida. Atravesé mi proyección hacia la puerta.

—¡No se mueva! —gritó el viejo tras la barra.

Me di la vuelta y lo vi justo debajo del reloj digital. Quedaban dos minutos y medio para las doce. Me apuntaba con una pistola-e verde brillante. Al parecer, ya había tenido otros clientes indeseables.

—Escuche... Puedo..., puedo explicarlo todo —dije.

Fui a sacar mi carné de Scan, S. A. del bolsillo.

—¡No se mueva! —repitió el viejo.

Sostenía el arma con una mano, y con la otra sacó el móvil de debajo de la barra y se lo puso.

«Móvil. Llamada. Policía».

Dio aviso de que yo estaba allí. No podía escuchar a la policía, solo al camarero.

—Sin problema, tengo una Alpha 5000.

Las doce menos un minuto. El hombre me miraba a través de su móvil. El proyector emitió nuevas imágenes y la grabación de la salida de emergencia quedó borrada. En su lugar aparecí frente a una pared negra. El viejo sonrió. Estaba transmitiendo en directo y se veía que estaba orgulloso: había contribuido a capturar a un «superterrorista».

Una locutora daba la dirección del bar. «Eviten pasar por este lugar», pedía a los espectadores de la Zona C. «Se espera un tiroteo masivo cuando llegue la policía». Me estaba preguntando con qué iba a disparar cuando escuché las sirenas de policía.

—Por favor, déjeme ir —imploré al hombre—. ¡Todo es mentira!

Me oía a mí mismo a través de los altavoces del bar. Pensé en mis padres, probablemente estarían viendo la emisión especial en aquel mismo momento. Tenía que decirles algo, mandar un último mensaje.

Quedaban treinta segundos para las doce.

—¡Ultranet miente! ¡Quitaos esas malditas gafas y miradme! Ni siquiera estoy armado... —grité al móvil del camarero.

Ultranet cortó el sonido y se volvieron a oír los avisos de la locutora. La luz azul inundó la sala. Parecía que se había juntado un ejército de policías delante del bar. ¿Cómo había sucedido todo tan rápido? La policía nunca se dejaba caer por la Zona C. ¿Me habían estado pisando los talones, como los escaneadores de seguridad? El corazón me latía desbocado. ¿Qué me aguardaba? ¿Era el fin?

Nacido en 2010. Muerto en julio de 2035.

Miré otra vez al camarero, y el reloj que había sobre él.

Y la hora lo cambió todo.

Todo.

## La hora

El reloj digital sobre el viejo se apagó exactamente a las doce en punto. Los tubos de neón del techo estallaron en mil pedazos. El proyector mostró mi imagen un par de segundos más, y luego nada. La luz azul tras las cristaleras había desaparecido. El viejo blasfemó, seguía apuntándome con su Alpha 5000. Fuera, los coches chocaban entre sí. Ambos intentábamos ver algo a través de los cristales.

Me acordé de la frase de Jojo: «Una bomba así destruye todo lo electrónico». Eso era lo que había dicho después del primer ataque, ¿no? La pistola ya no brillaba. Eché a correr y el viejo me gritó:

—¡Te van a coger! ¡Os van a coger a todos!

El arma voló desde la barra y se estrelló contra la pared negra.

Fui a la parte de atrás, donde esperaba encontrar una salida en los servicios, pero no había ninguna, así que escapé por la ventana y fui a dar a un callejón. Corrí bajo la lluvia en la dirección en la que creía que estaba la residencia de ancianos Rayo de Sol. Un hombre gritaba, tumbado junto a su patinete-e.

Cinco hombres jóvenes con botas negras aparecieron frente a mí. Pensé que eran escaneadores de seguridad y aflojé el paso mientras buscaba otro camino. Los tipos se quedaron parados a unos metros de mí, delante de un escaparate, mirándome furiosos. «¡Ahora!», gritó uno de ellos, y los demás destrozaron el escaparate a patadas y sacaron cajas de pastillas de aroma. Sin energía no había alarmas. Ni ley. Así de simple.

Tropecé con un cristal roto que estaba mojado y caí sobre los añicos. Me levanté y seguí caminando a trompicones. En una calle había coches empotrados unos con otros. Un autobús había volcado y los policías sacaban a un anciano a través de la ventana de emergencia. No les quedaba tiempo para mí. Egoísta, pensé, y vi a una mujer sentada junto a su silla de ruedas en mitad de la calle. La mujer estaba peinándose tranquilamente el largo pelo canoso bajo la lluvia. En medio del caos.

De pronto oí un aullido ensordecedor y levanté la vista hacia las nubes. Nunca había escuchado un ruido tan estridente. Al momento distinguí el contorno de un solar deslizador. El aeropuerto estaba en la Zona B, no se le había perdido nada allí.

—¡Ahí, ahí! —dijo una niña pequeña que había aparecido de repente a mi lado.

No pegaba nada en aquel barrio lleno de gente mayor.

—¡Ay! —La niña señaló a la anciana y me empujó hacia ella.

Miré a la anciana. La niña me agarró de la mano pero me soltó enseguida, asustada. Estaba sangrando. Curiosamente, no había notado nada al caerme sobre el cristal. Aún seguía sin sentir nada. Un hombre cogió a la niña en brazos y se fue corriendo. La niña me hizo un gesto de despedida.

El solar deslizador se acercaba, iba a realizar un aterrizaje de emergencia en

aquella calle abarrotada.

Volví a mirar a la anciana. Sostenía un pequeño espejo frente a su cara. Eché a correr y me arrodillé junto a ella. No dejaba de repetir «No quiere seguir». La senté en la silla de ruedas y la saqué de la calzada. El solardeslizador aullaba a unos metros sobre nosotros. En el aterrizaje forzoso aplastó un montón de busese, coches-e y patinetes-e. No vi nada más que chispas, humo y fuego.

A la anciana aquello le daba igual. Golpeó el motor de la silla, bajo el asiento. «¡No quiere seguir!». Mientras se peinaba, me lanzaba miradas llenas de reproche, como si yo hubiera roto su silla de ruedas.

—No funciona nada ahora —dije.

—No quiere seguir.

—¿Dónde vive? La llevaré a su casa.

—No quiere seguir.

—¿Dónde podemos repararla?

La anciana metió la mano en su bolso y me alargó una tarjeta de plástico: «Residente número 3353. Residencia de ancianos Rayo de Sol». Por primera vez sentí algo parecido a la esperanza.

—¿Cómo se va allí?

—No quiere seguir —respondió la mujer. Se echó para atrás y cerró los ojos.

A nuestro alrededor todo se volvía cada vez más confuso: «¿Dónde está la estación médica más cercana?»; «¿Qué ha pasado?»; «¿Ha alcanzado también a la Zona A?».

—¿La residencia de ancianos Rayo de Sol? —pregunté a un hombre que corría hacia el solardeslizador en llamas.

Nadie me reconocía como el «superterrorista». Ahora era el simpático cuidador de ancianos y por tanto debía orientarme por mi cuenta. Miré los callejones de los que había salido y traté de ubicar el bar, y también la residencia. Empujé la silla de ruedas en zigzag por en medio del caos-e.

Giré a la izquierda en el primer cruce y vi la entrada del bar. Enfrente estaban los coches de policía, destrozados, pero no se veía a ningún agente. Crucé la calle y me paré delante de una puerta con cristales tintados. Aún estaba pensando en cómo entrar cuando alguien al otro lado abrió la pesada puerta deslizante. El hombre no era mucho mayor que yo; llevaba un chubasquero negro con un lema escrito en amarillo: «Rayo de Sol. Lujo para la madurez».

Se plantó delante de la mujer de la silla de ruedas.

—¡Número 3353! ¿Dónde se había metido? ¡Los terroristas atacan y la buena señora 3353 se va a recorrer mundo!

Un cuidador le puso un paquete de nador sobre el bolso. La mujer tiró las pastillas y volvió a sacar el peine y el espejo. El cuidador blasfemó.

Fingí tener algo que decir.

—Creo que está bien...

—Órdenes de la jefa —me interrumpió el cuidador—. Dos dosis de nadador cada dos horas para cada residente, para que el sol brille hasta que todo se calme ahí fuera. No añadí nada más.

El portero del chubasquero me señaló.

—¿Usted es Rob, por casualidad?

Me quedé mirándolo, sin articular palabra, pensando en la emisión especial del bar.

—¿Cita a las doce? ¿Viene a visitar a su abuelo?

—¿Mi abuelo? —pregunté, sorprendido, y luego caí en las triquiñuelas de Arne—: Ah, sí..., sí... Esto..., ¿dónde está?

El hombre del chubasquero arqueó una ceja, negó con la cabeza y señaló una puerta. Sobre ella ponía «Patio interior con equipamiento de ocio Rayo de Sol». Cuando llegué a la puerta, me giré para despedirme de la anciana. Había tres cuidadores con ella: dos la sujetaban y el tercero le estaba levantando la manga. No quería ver cómo le inyectaban el nadador. Abrí la puerta con las dos manos, furioso.

La lluvia arreciaba. En el patio interior, las gotas caían sobre la pista de tenis, sobre la piscina, sobre las hojas de un árbol de plástico. Bajo él esperaba un hombre de pelo largo y canoso.

—¡Arne! —grité, y corrí hacia él.

Cuando estaba a un par de metros me di cuenta de que no era Arne. El hombre sacó un reloj del bolsillo de su pantalón, igual que hacíamos Jojo y yo como agentes de libros. Proyectó la hora sobre un charco entre nosotros.

—¡Las doce y cuarto, señor Rob! —dijo.

—En realidad es señor Sonntag. Robert, o sea Rob, es mi nombre. Puede llamarme Rob...

—No ha sido muy puntual, señor Sonntag —me interrumpió—. ¡Quince minutos tarde!

No entendía que montara aquel número por quince minutos de retraso, considerando el caos. Me tragué mi enfado.

—¿Está herido? —preguntó, y me cogió la mano.

Al tocarme la almohadilla di un grito. Me agarró por el brazo y me llevó a la piscina. Se agachó y yo caí de rodillas. Metió mi mano en el agua y yo solté alguna imprecación a causa del dolor.

La mano quedó limpia en un par de segundos. Un trozo de cristal, del tamaño de media patilla de móbril, asomaba de ella. Me sentí mal, recordé el escaparate roto y las cajas de pastillas de aroma. Antes de que pudiera decir nada, el hombre agarró el trozo y me lo sacó.

—¿Tenía que hacerlo ahora? —le grité.

—Es para que no hiera a Gutenberg.

—¿Gutenberg? ¿Quién demonios es Gutenberg?

El hombre me llevó a un pabellón y abrió con cuidado una puerta muy ancha.

Entramos y nos quedamos parados delante de un caballo blanco. No había visto nunca un caballo de verdad.

—No estará hablando en serio, ¿no? —dije.

—¿Le gustan los animales?

—Ya me lo preguntó ayer Arne Bergmann.

—¿Sabe montar?

—¿Es una broma?

No lo era. Gutenberg ya estaba ensillado.

—Johannes Gutenberg revolucionó el mundo de los libros en el siglo quince —decía el viejo.

Yo estaba frente al caballo, sin saber qué hacer.

—Al señor Bergmann le pareció divertido llamar así al caballo.

—Ni siquiera sé cómo subir —dije.

—Ahí delante tiene la ayuda para mayores —dijo, y señaló una pequeña escalera con ruedas detrás del caballo.

Me así a la silla y a lo que pude.

—¿Adónde voy? —pregunté.

El hombre palmeó los cuartos traseros de Gutenberg y el animal aceleró casi tanto como un metrodeslizador.

—¡Gutenberg sabe dónde debe ir! —gritó el hombre desde lejos.

El caballo galopaba de patio interior en patio interior. «¡Alto!», oí que gritaba alguien, pero, aunque hubiera querido, no sabía cómo frenar al animal.

Cerré los ojos. Mi única meta consistía en no caerme. Oía voces de la calle principal, pero solo entendía fragmentos: «... Caos...», «... ayuda...», «... policías...», «... mi pieee...», «... fuego...», «... abuela, un caballo...». No quería ver nada de aquello, así que hundí la cara en la suave piel.

—Sigue, Gutenberg, sácame de aquí —susurré.

Era la primera vez que hablaba con un caballo, con un animal en general. ¡Las leyes de sanidad! A raíz de ellas se había prohibido convivir con animales. Mis abuelos habían tenido un perro, un terrier. Seis meses después de que se promulgaran aquellas leyes fue sacrificado, como todos los gatos, perros y hámsteres. Desde entonces, solo había visto animales en los vídeos de la clase de biología.

El permiso especial para el caballo tenía que haberles costado una fortuna a los residentes de Rayo de Sol. Mis abuelos maternos habían muerto en una residencia sin piscina, sin pista de tenis, sin caballo. De hecho, era más un campamento que una residencia. Mis padres estaban pagando la casa y no podían ayudarlos. En aquel entonces sonaba plausible. Y los abuelos tuvieron que ir a una instalación estatal con dormitorios para cien personas.

Nunca fui a visitarlos, pero cada semana hacíamos una conferencia por móvil. Ellos se sentaban en sillas de plástico en la sala de estar, con sus móviles. Detrás veíamos montañas nevadas, y un río brillaba en el sol de la tarde. Podían elegir el

fondo que querían que viéramos en nuestros móviles en lugar del muro gris. El muro gris apareció solo una vez, brevemente, a causa de un fallo técnico. Nunca más.

Las conversaciones no duraban ni cinco minutos. Mis padres se limitaban a preguntarles qué tal estaban; y también se interesaban por la comida, aunque para los abuelos solo había nador. Tres meses después de que ingresaran, recibimos un mensaje de móvil de parte del Ministerio de Ancianidad. Una voz grave de hombre nos expresó su «más sentido pésame». Mis abuelos habían muerto durante la noche «a causa de la edad». No me acordaba de si mis padres habían llorado. Mis padres siguieron el entierro a través del móvil.

El entierro por móvil de mis abuelos paternos había sido años antes. Habían muerto de un fallo cardíaco un día antes de ingresar en la residencia de ancianos. Los dos. No pregunté cuál era la probabilidad de que dos personas murieran a la vez de algo así. Nadie preguntó.

Eso era lo que pensaba mientras iba montado en Gutenberg. Aún veía a la mujer de la silla de ruedas y a los tres cuidadores. Nador contra el hambre. Nador contra los problemas. Nador contra el caos del mundo. Sin duda, mis abuelos paternos eran conscientes de ello y quisieron apartarse de toda esa locura. Seguramente con una sobredosis.

Gutenberg aflojó el paso, siguió al trote. Me costó abrir los ojos, que estaban pegados por el polvo, la lluvia y las lágrimas. Contaba con estar en algún lugar en las afueras de la Zona C, en algún lugar secreto. En los vídeos del proyector, fuera de la Zona C solo existía la peligrosa jungla. Esos vídeos eran el motivo por el que me sentía tan a gusto en los caparazones de piedra y metal del parque. Pequeñas olas, no grandes mareas. Brisas suaves, no vientos huracanados. Con una orden («Parar animación») acababa la tormenta de arena.

Con el móvil podía abrirme camino por la selva cuando quisiera. Así funcionaba. Sin embargo, sobre la grupa de Gutenberg sentí una especie de nostalgia hacia todo lo contrario. Por desgracia, Gutenberg me decepcionó.

Eché un vistazo al paisaje de tiendas andrajosas. Lo reconocí enseguida. «Campamento Esperanza 48», me había explicado una vez el taxista. El caballo se encaminó hacia las tiendas y pasó por delante de las primeras lonas agujereadas. Vi a una docena de personas, niños y viejos, sentados dentro de una tienda alrededor de un montón de basura en llamas. El techo estaba rajado. Unos cuantos críos salieron de la tienda y siguieron al caballo descalzos por el lodo. Hasta que Gutenberg llegó a la lona de una tienda, la echó a un lado y cogió un montón de paja con el hocico. No eran hilos de plástico, como había pensado la primera vez, sino paja de verdad.

Me resbalé de la silla. El pie izquierdo se me enganchó en el estribo y aterricé sobre el barro con las manos. Me dolía todo, no de la caída sino de la carrera. Los niños me rodearon, riéndose. Habría preferido quedarme tirado en la inmundicia, pero Gutenberg me había llevado hasta allí y debía averiguar por qué; pero no podía averiguarlo tirado en el barro. Tenía que levantarme.



Me puse de rodillas, a la altura de los ojos de los niños. Quise apoyarme en Gutenberg, pero el caballo ya no estaba, así que estuve a punto de volver a caer al lodo. Me limpié las manos en el pantalón. Esperaba una señal, algo que me indicara cómo continuar con todo aquello.

—¿Está aquí Arne Bergmann? —pregunté a un chico con pinta de poder contestar a una pregunta así. Pero no podía—. Soy un amigo —añadí.

Una niña pequeña con la cara sucia señaló una escalera. Los peldaños descendían por una pendiente hasta alcanzar un canal.

—¿Tengo que bajar por ahí? —pregunté, sin obtener respuesta.

Cuando llegué abajo vi que el canal estaba lleno de bolsas verdes de basura y botellas de plástico. Había un camino estrecho que llegaba hasta una vieja barca. No medía ni tres metros y estaba pintada de negro. Cuando leí las tres letras blancas, sonreí: «Rob».

Me subí a la barca, solté el nudo de un aro de metal, recogí la cuerda y me dejé llevar por la corriente.

## El encargo

Estuve horas navegando por las oscuras aguas en aquel viejo bote. La lluvia había convertido el estrecho canal en un río. Una y otra vez tenía que desenganchar bolsas de plástico y restos de basura, y evitar islas de plásticos y desperdicios.

Resultaba evidente que era la única persona que se atrevía a ir por aquel canal. Oía gritos, veía humo y olía a quemado, pero no alcanzaba a distinguir nada porque había muros altísimos a ambos lados del desfiladero.

Me latía la herida de la mano, aún estaba sangrando. Necesitaba una venda y desinfectar el corte, pero desde luego no en el canal de basura. Y el canal seguía y seguía. Pronto, una densa niebla me impidió ver nada. Tenía que concentrarme, no podía dejar que la barca chocara contra los cúmulos de basura. Hacía tiempo que había descubierto un agujero en la cubierta. Como no tenía nada con qué tapanlo, me senté encima.

Estaba anocheciendo y empecé a preocuparme. ¿Habría pasado por alto alguna señal de Arne y del gremio? Un muro gris apareció ante mí. El cemento desaparecía en la niebla a diez metros de altura. La barca se dirigía hacia un agujero oscuro. Había un arsenal de cámaras, antenas y sensores sobre el agujero. En la barrera vi letras pintadas en rojo, cada una de ellas más grande que yo: «Atención. Fin de la ciudad. Peligro de muerte».

Quería dirigir la barca hacia el borde, ese era todo mi plan. Sin embargo, la corriente resultaba demasiado fuerte. El timón se rompió. Grité, pero ninguno de los aparatos de vigilancia reaccionó; después de la bomba no funcionaba nada. Ese fue mi último pensamiento.

El agujero aspiró la barca hacia la oscuridad más absoluta. Me tumbé y me tapé la boca con la camisa; olía tan mal como si toda la basura que me había tomado la delantera en las últimas horas se almacenara allí. La barca siguió navegando, cada vez más lejos. Giró en círculos, llevaba su propio curso. En un momento dado me quedé dormido, agotado.

Unos focos me asustaron. ¿Dónde había ido a encallar? A la débil luz, distinguí la silueta de hombres y mujeres uniformados y armados. La barca se había parado justo ante sus botas negras. Dos tipos fuertes me levantaron y me tiraron sobre el suelo metálico. Me dolía la mano, tenía todo el cuerpo entumecido y no podía moverme ni un centímetro. Reconocí enseguida a los del uniforme verde oliva. ¡Los escaneadores de seguridad! ¡Incluso los tres de la sala funeraria estaban allí! De modo que al final lo habían conseguido.

—Bienvenido a Ultramet.

Sentí aquella voz en todo el cuerpo. Era la voz de Nomos. No era posible. ¿Su muerte había sido un montaje? Quise incorporarme, pero uno de los escaneadores de

seguridad tenía su bota contra mi espalda. ¿Está vivo?, eso quería preguntar, pero no conseguía articular palabra; movía la boca pero no podía oír mi voz.

—¡Una ronda de nador para nuestro fugitivo! —gritó Nomos.

Un gigante me arrastró por el suelo, me aplastó contra una silla y me ató con grilletes. Estaba rodeado de gente. Mis padres estaban allí, mirándome por sus móbriles, sin hacer nada.

—Haced sitio al doctor —dijo Nomos.

No podía creer lo que veía. El hombre de blanco, que sacó una jeringuilla de su chaqueta, era Jojo. Se rio y me remangó la manga izquierda.

—¿Has tenido un viaje agradable, amigo mío?

Pero no era la voz de Jojo, sino la de Arne.

Me desperté y vi a Arne. Se inclinó sobre mí, y sus largos pelos grises me rozaron la cara.

—¿Has tenido un viaje agradable, amigo mío? —repitió.

Estuve largo rato buscando una respuesta a esa pregunta. Había huido de los escaneadores de seguridad. Un camarero me habría disparado con una Alpha 5000 de no ser por el ataque. Había atravesado la Zona C a lomos de un caballo llamado Gutenberg. Y al final casi me había ahogado en un canal de basura.

—Entretenido, sin duda —respondí.

Estaba en una cama, con ropa seca que no era mía, en una habitación con paredes blancas y aspecto de cueva. Una venda me protegía la mano herida. Estiré los dedos, aún podía moverlos.

—Un par de los nuestros te esperaban en el canal y sacaron tu barca.

—Como el gusano en el anzuelo —dije en voz baja.

Arne sonrió.

—¿Y dónde estoy? —pregunté.

—En la base. Has pasado aquí la noche, mientras en la ciudad no funcionan los móbriles ni los aromatizadores, y por eso para la gente el mundo se viene abajo.

Necesitaba que me aportase más información sobre el caos, sobre la cifra de víctimas, sobre los daños técnicos, sobre el lugar en el que estaba. Arne, como siempre, no me contó lo que yo quería saber. Casi había echado de menos sus monólogos.

—Ultramet está ganando mucho dinero con las reparaciones. Todo el mundo quiere tener un móbril a prueba de bombas-e, y da la casualidad de que las piezas necesarias están listas en el almacén de la compañía.

Arne me miró. Yo no entendía nada.

—Hace una hora, Ultramet ha anunciado que toda su base de datos ha quedado destruida. Por supuesto, han desaparecido para siempre todos los libros escaneados, la Ultrapedía borrada, todo.

—¿Y en las demás ciudades?

Arne hizo un gesto de explosión con las manos.

—¿Todo borrado?

—«¡Todo el saber para todos! ¡En cualquier momento! ¡Gratis!» —dijo Arne.

Sumé uno más uno, pero no me daba dos. Arne debió de darse cuenta de mi confusión.

—Sin los periódicos, las revistas y los libros en Ultramet, sin Ultrapedia, la empresa tiene el dominio absoluto de la información.

—Por fin controlan qué se puede saber y qué no —dije.

—Felicidades, Rob. Al final lo has comprendido.

—He usado más el cerebro y menos el móbril.

Los dos nos reímos.

—¿Qué ha sido de la biblioteca secreta? —me interesé.

Arne estaba manipulando una máquina negra, antiquísima. Traqueteó, ruidosa y humeante. Me alcanzó una taza con café.

—Tendremos que construir una nueva. Era imposible mover todos los libros por el canal sin que nadie se diera cuenta.

Recorrimos un largo pasillo con ramificaciones y puertas. «Atención: naturaleza. Prohibido subir. ¡Usar solo en caso de incendio!», leí en una de ellas.

—Si necesitas aire fresco, la escalera de ahí atrás lleva al bosque.

—¿A un bosque de verdad?

Arne explicó, explicó, explicó. Yo ya no prestaba atención. ¿Qué hacíamos en aquellos túneles, bajo el bosque con árboles de verdad? Diez minutos después llegamos a un túnel tan grande que cabría un metrodeslizador.

—Antes de la última de las grandes guerras, por aquí pasaban trenes —siguió explicando—. Después de que todo el mundo huyera, la naturaleza reconquistó mucho. Pero aquí abajo no quiso crecer nada.

—¿Y qué hace el gremio en este lugar abandonado?

Arne se recogió el pelo en una trenza sin decir palabra. «Este viejo siempre con sus secretos», pensé, y por primera vez me equivoqué.

—¡Sígueme! —dijo.

Entramos en una sala enorme llena de máquinas. Me acordé del Museo de la Técnica que había visitado en mi época escolar. Eso fue poco antes de que el museo cerrara, porque era mucho más práctico visitarlo a través de Ultramet. Jojo y yo nos habíamos encaramado a las máquinas y nos habíamos escondido. Aquellas máquinas del museo no tenían vida, las de allí abajo resollaban pesadamente. Una veintena de personas trabajaban en ellas.

—Esta es nuestra mina —dijo Arne.

También había oído hablar de eso cuando era niño.

—¿Y qué extraéis?

Arne se quedó pensativo un buen rato.

—Conocimiento. Extraemos conocimiento.

No seguí preguntando, sino que miré a dos mujeres jóvenes que llevaban rollos de papel.

—Esta es nuestra imprenta —explicó Arne.

—¿Cómo habéis traído todo esto desde la ciudad?

—Esto nunca estuvo en la ciudad.

—Entonces, ¿dónde?

—En otro lugar.

—Comprendo —dije, aunque no comprendía nada. Por el momento, me las apañaba bastante bien con las respuestas de Arne—. ¿Y qué libros imprimís?

—Los libros que tú y tus compañeros habéis escaneado en los últimos años.

—¿Tenéis los datos?

—Lo imprimimos todo. Sin censura.

—¿Y luego?

—Queremos repartirlos por las ciudades.

Poco a poco lo entendí. Por eso necesitaban a gente como yo, mensajeros que conocieran la ciudad, que supieran dónde encontrar lectores.

—¿Cómo llegaré a la ciudad con los libros? Espero que no sea por el canal.

Arne meneó la cabeza.

—A ti te buscan en la ciudad. Eres el superterrorista, ¿ya no te acuerdas?

Arne paró una cinta transportadora y señaló un libro. Lo cogí, asombrado por el envoltorio de papel grueso y brillante.

—Esa es la sobrecu... —dijo Arne, con intención de quitarme el libro de la mano. Demasiado tarde. Ya había rasgado el papel.

—... bierta. Se supone que no debes desprenderla. Antes de la guerra muchos libros eran así.

—Jamás he escaneado algo así —dije mientras miraba el libro sin sobrecubierta. En la tapa había una imagen de una pluma con una G y una L—. Nunca la habría visto con esa cubierta rara.

Arne meneó la cabeza. Me quitó el libro de la mano, lo abrió y señaló la primera página. Volví a ver la pluma y las dos letras.

—En tu libro también aparecerá el sello del Gremio de los Libros.

No tenía palabras. Me había cogido tan desprevenido como un par de días antes, cuando nos había sorprendido a Jojo y a mí con sus réplicas.

—¿Mi libro? —pregunté.

Arne me llevó a una pequeña habitación. Me senté en un sillón, parecido a aquel en que me había hundido en nuestra primera cita secreta en el sótano oscuro. La luz entraba en el cuarto a través de un cristal en el techo, pero el cielo apenas se vislumbraba. A nuestro alrededor se amontonaban libros recién impresos.

—Queríamos contar contigo por varios motivos —dijo Arne.

No repliqué nada, solo me hundí más en el sillón.

—¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro en el metrodeslizador?

Asentí, cauteloso.

—Tu amigo Jojo avisó enseguida a Nomos. Tú fuiste curioso, te quedaste sentado conmigo en el compartimento.

«¿Solo por eso?», pensé, decepcionado. Pero Arne siguió enumerando puntos.

—No tienes novia ni ataduras.

Pensé en Fanni.

—Eres un tipo calmado, reflexivo.

Reaccioné con una mirada escéptica.

—Eso es un cumplido —añadió Arne—. Y con nosotros has encontrado algo que no tenías en casa.

Pensé en mis padres, que no hablaban, que no se interesaban por mí.

—Además, renunciaste a mucho dinero por no traicionar a tu profesora. Ella siempre quiso tenerte con nosotros.

¿Y eso era todo? Carecía de sentido.

—Y eras un agente de libros.

Arne se dio cuenta de que aquella explicación no me aclaraba casi nada.

—Tú escaneabas libros, es decir, los destruías. Explicabas a los lectores que no necesitaban libros impresos, aunque en los e-readers ya hace tiempo que no pueden verse más que películas en 3D. Participaste en los seminarios de Scan, S. A., eras un trabajador de Ultramet.

Por fin comenzaba a entender.

—Si tenemos a alguien como tú de nuestra parte, alguien que escriba lo que ha vivido, muchos empezarán a reflexionar. Tú eras uno de ellos, uno de Scan, S. A.

¿Había entendido bien a Arne? ¿Yo, Rob, el agente de libros, debía escribir lo que me había ocurrido? Al principio quería abandonar, olvidarme de todo, enseguida. ¡Yo no era escritor, y punto! Pero me acordé de lo que había dicho Fanni en el metrodeslizador: «Solo necesitas un poco de tiempo para ser tú mismo».

—¿Dónde está Fanni? —pregunté, finalmente.

—Tenemos que ser precavidos. Está trabajando como mensajera en otra ciudad; se ha mudado allí con su hijo. Los dos están en buenas manos. Leerá tu libro y lo distribuirá. Eso es todo.

Arne se dio cuenta de mi decepción.

—Al menos, de momento —añadió.

Le pregunté por Thomas, el escritor. Arne me pasó la mano por la cabeza. Hacía días que no me la afeitaba, seguro que le pinchaban los pelos. Al menos, eso esperaba yo.

—Thomas te ayudará a escribir —me dijo, y luego me entregó un pesado aparato gris plateado.

—¿De qué museo habéis robado esto?

Arne levantó la tapa de la pantalla y señaló el teclado.

—¿Cómo queréis que titule el libro? —pregunté.

—El gremio secreto de los libros —dijo Arne antes de desaparecer en un túnel oscuro.

Pensé en el colegio. Habían pasado años, pero aún me acordaba de aquella reliquia de plástico. Puse los dedos sobre las teclas. La primera palabra de mi libro fue «clic».

# Gracias

Gracias a todos los compañeros del Gremio de los Libros de las Zonas A, B y C. ¡Y también de las otras ciudades y fuera de sus fronteras! Especialmente a Aenne, Alexandra, Anja, Arne, (Be)Linda, Eva, Gwendolin, Katja, Katrin, Kerstin la de la ciudad M y Kerstin la de la ciudad F, Matthias, Michael, Oli, Sibylle, Steven, Tilman y Thomas; por supuesto, a mi vieja profesora y, sobre todo, a Fanni (conocida como Britti en muchas ciudades) y a nuestra banda.